

CASTILLO SOLÓRZANO, ALONSO DE (1584-1648)

LA NIÑA DE LOS EMBUSTES, TERESA DE MANZANARES

Preliminares

Aprobación

Aprobación

A Juan Alfonso Martínez de Vera

Prólogo al Lector

Capítulo Primero Da cuenta Teresa de quién fue su madre; cómo salió de su patria, engañada, hasta llegar a Madrid.

Capítulo Segundo En que da razón cómo lo pasó la gallega en el mesón y cuán celebrada fue en el río hasta su casamiento.

Capítulo Tercero En que refiere Teresa su nacimiento y ocupaciones pueriles hasta la muerte de sus padres.

Capítulo Cuarto En que prosigue lo que le pasó en servicio de sus maestras.

Capítulo Quinto De cómo Teresa halló con su industria ejercicio con que salió de sirviente; da cuenta de su medra y lo que sobre esto le sucedió.

Capítulo Sexto En que hace Teresa relación de cómo se casó, con quién y las costumbres del novio, hasta su muerte.

Capítulo Séptimo Donde, prosiguiendo con su historia, dice haber entrado a servir a una señora de dueña; da cuenta de la vida que en su casa tenía y otras cosas hasta salir de allí.

Capítulo Octavo De la salida de Madrid a Córdoba; el robo que la hicieron unos bandoleros en Sierra Morena, y cómo se libró de sus manos, con otras cosas.

Capítulo Noveno En que da cuenta de la plática que tuvieron entre ella y el ermitaño, y cómo él la hizo relación de la causa de haber dejado el mundo.

Capítulo Décimo Cómo Teresa fue vestida por el ermitaño y llegó a Córdoba, y cómo allí se acomodó a usar de su antigua labor, con otras cosas.

Capítulo Undécimo En que se hace relación de un embuste que hizo, con lo que sobre ella sucedió hasta dejar a Córdoba.

Capítulo Duodécimo En que se refiere la sobreburla que se le hizo al licenciado, y cómo dejó Teresa a Córdoba y se fue a Málaga.

Capítulo Decimotercero Donde hace relación de el mayor de sus embustes en Málaga y lo que dél sucedió.

Capítulo Decimocuarto Que prosigue con el engaño de ser hija del capitán, la estimación en que la tenían y cómo se vino a saber el embuste, hasta salir de Málaga.

Capítulo Decimoquinto En que da cuenta de su casamiento con Sarabia, y cómo se entró a comedianta, con lo más que le pasó hasta salir de Granada.

Capítulo Decimosexto De lo que le sucedió en Sevilla; cómo hizo una burla a unos médicos, que fue ocasión de enviudar.

Capítulo Decimoséptimo En que cuenta su tercero casamiento con un caballero del Pirú, y cómo enviudó brevemente dél por un extraño suceso, con otros que le sucedieron.

Capítulo Decimooctavo En que da cuenta cómo salió de Sevilla con su casa y llegó a Toledo, donde estando allí de asiento tuvo cierto empleo, y de una burla que hizo a dos enamorados, con lo demás que sucedió.

Capítulo Decimonoveno En que da cuenta la entrada en Madrid, y lo que allí le sucedió, con un hurto que la hicieron, por donde se, fue a Alcalá y se casó cuarta vez.

PRELIMINAR

Desde que ocupé la pluma en la primera línea deste pequeño volumen, puse la mira en hacer elección de v. m., para que a su sombra pasasen muchos yerros que tendrá, más seguros de la censura de tantos detractores que se hallaran sin tal patrocinio, que delincuentes contra los preceptos del Arte (como hijos de ingenio tan lego); sólo tendrán de alabanza el haberse acogido a tan buen sagrado.

Atrevimiento ha sido poner a v. m. en tal empeño, y no le disculpan sino mis buenos deseos, que han querido en esto dar muestra de mi voluntad, haciendo a v. m. dueño de mis pensamientos. Si no fueren como merece el protector, de generosos pechos es el perdonar estas osadías por el acierto de ponerse en tal seguro. V. m. admita este servicio por primicia de muchos que le pienso hacer en mayores asuntos, cuya persona guarde Nuestro Señor, como deseo.

Don Alonso Castillo Solórzano

PRÓLOGO AL LECTOR

Teresa de Manzanares, hija nacida en las verdes riberas de aquel cortesano río, se presenta con sus embustes a los ojos de todos; su travesura dará escarmiento para huir de las que siguen su profesión. Y esto sea disculpa de haber sacado a luz su vida,

formada de los sucesos de muchas que han servido de hacer aquí un compuesto. Si malicioso y mordaz te atrevieras a censurar este breve discurso, lo sucinto dél te dará poca materia para dilatados vituperios; considérale con la intención que le escribí, que fue para advertir descuidados y escarmentar divertidos, no para ser blanco de Zoilos, que ponen su atención más en calumniar leves yerros que en enmendar pesadas culpas de su mala inclinación. Ingenio arguye una buena censura, fundada en fuertes razones, si no la adulterase el querer hacer alarde de superior juicio a la vista de tantos que pueden decir que quien en esto se ejercita tome la pluma para hacer otro tanto y verá si comete yerros; los muchos los muchos que aquí hallarás supla tu discreción, corrigiendo en secreto y honrando en público.

Vale

LA NIÑA DE LOS EMBUSTES

Escribo la vida, inclinaciones, costumbres y máquinas de una traviesa moza, de una garduña racional, taller de embustes, almacén de embelecocos y depósito de cautelas. Con sutil ingenio fue buscona de marca mayor, sanguijuela de las bolsas y polilla de las haciendas. Con lo vario de su condición fue malilla de todos estados, objeto de diversos empleos y, finalmente, desasosiego de la juventud e inquietud de la ancianidad. Parte destas cosas heredó por sangre y mamó en la leche, y parte ejecutó con travieso natural y depravada inclinación, pudiendo bien decirse por ella aquellos dos versos de un romance antiguo:

*dellas me dejó mi padre,
dellas me ganara yo.*

Teresa de Manzanares es el asunto deste pequeño volumen, nombre que se le puso en la pila con el agua del bautismo, y el apellido con la del río de Madrid, en cuya ribera se engendró este bullente azogue con alma o esta alma infundida en azogado cuerpo.

Sus pueriles travesuras la dieron nombre de La Niña de los embustes (título que honra este libro), prosiguiendo con ellos por todo el discurso de su vida, como ella misma hace relación al lector, a quien se la cuenta desde el origen de sus padres. En ella podrá advertir los daños que se pueden prevenir para guardarse de engaños, para abstenerse de vicios, huyendo de vida tan libre y condición tan oscura.

CAPÍTULO PRIMERO

Da cuenta Teresa de quién fue su madre; cómo salió de su patria, engañada, hasta llegar a Madrid

Habrà de saber el señor letor, de cualquier estado que sea, que como los hijos, en tiempos de tanta malicia como éste, tienen la mayor certidumbre el serlo de la madre (hablo de la gente de bajo estado), yo comienzo mi historia con referirle el origen de la nuestra, que, si bien me acuerdo, tuvo su patria en Galicia, en la villa de Cacabelos. Su padre se llamó Payo de Morrazos, y su madre, Dominga Morriño. Mi abuelo no era bien

tinto en gallego, sino de los asomados al reino; quiero decir de los ratiños, que ni son de Dios ni del diablo; que como en los bizcos está dudoso el saber a qué parte miran, así él, ni bien era cristiano ni dejaba de serlo: tan bárbaros hombres se hallan tal vez en aquella tierra. A los de aquel paraje les dan nombre de maragatos, y ellos cumplen bien con la mitad del nombre cuando se ofrece ocasión.

Vino a Cacabelos con una partida de vacas (a una feria que allí se hace cada año), y halló repastando otra, cuya guarda era Dominga Morriño, mi señora abuela. La igualdad del oficio pastoral, la soledad del campo (mientras se llegaba el día de la venta), ocasionaron a los dos de modo que en él no faltó osadía para emprender, ni en ella ganas para admitir.

Era doncella en cabello, por falta de albanegas, Dominga, y en pocos coloquios tuvo buen despacho mi abuelo en su pretensión, con que se vino a formar de aquella calabriada mi señora madre, obligando la suya a mi agüelo que se quedase a vivir en Cacabelos, que fue fácil de acabar con él, por haberle herido el virote de Cupido y hecho despojo de aquel montaraz serafín.

Encubrió cuanto pudo Dominga su preñado; mas conocido el bulto por sus padres, con un poco de celo del honor (que no les faltaba) inquirieron quién era el dueño del chichón que Dominga no pudo encubrir, con lo cual se hizo la boda de los dos muy en conformidad de la parentela, por ver en Payo de Morrazos presencia para emplearla en todo agreste ejercicio. Llegóse el noveno mes y salió a luz el valor de Galicia y la gala de Cacabelos, que fue mi madre, a quien pusieron por nombre Catuxa, que allá es lo que acá en Castilla Catalina. Criose la muchacha en todo lo que acostumbraban allá a los hijos de la gente común; paladeáronla con ajas y vinos, y salió una de su linaje; fue la primer moza que dio el ser a los pliegues de las sayas, pues lo que en otros parecía grosería, en ella era perfección. Usó poco el calzarse, aunque tal vez se traen botas en aquella tierra; fue la causa desto el verse de pequeños pies, ajeno de las mozas de aquel país, que todas los tienen grandes.

A los quince años de su edad llegaba (que un culto dijera tres lustros) cuando de achaque de un magosto, que es un hartazgo de castañas asadas (así se llama en Galicia), murieron sus padres en una noche. Quedó la mozuela niña huérfana y sin hacienda, con que fue fuerza ampararse de una hermana de su madre, que era mesonera en el mismo lugar. Esta la llevó a su casa, donde la servía como una esclava, acudiendo, así al servicio de los huéspedes, como al monte por leña para guisar de comer.

Era Catuja de Morrazos, naturalmente, aseada y limpia y con razonable cara, que para aquella tierra es un prodigio, pues parece que la naturaleza repartió en ella con pródigas manos la fealdad. Verdad sea que el rústico traje la aumenta más, y lo poco que se precian las mujeres de asearse y componerse. No era así Catalina, que, sin hacer agravio a ninguna, era la gala de Cacabelos. Alentábanla a estimarse las alabanzas de los huéspedes que cada día tenía en su casa (que es lugar pasajero), los cuales, como venían acostumbrados a ver demonios con cofias de estopa, parecíales la Catalina ángel en su parangón. Muchos aficionados de paso tuvo que la dijeron su pena; mas ella (si bien se holgaba de oírlos) rigurosamente los despedía, que por los documentos de la tía deseaba conservar su honra, esperando por su buena cara el mejor labrador de Cacabelos.

No se le lograron los intentos como pensó, porque llegando el día de la feria que allí se hace, pasaba de la ciudad de Compostela a Madrid un canónigo de aquella santa iglesia, y habiendo de asistir en la corte, quiso comprar una mula para rúa, y detúvose a esto en Cacabelos. Traía en su servicio un criado, natural de Segovia, de los refinados hijos que aquella ciudad cría. Era gran socarrón, alegre, decididor, con su poquito de músico, gran persona de ponerse a caballo sobre una jácara y durarle una jornada sin descansar. Sin esto era un diluvio de pullas, un torrente de chanzonetas y una sima de donaires. Queríale bien su amo, así por haber hallado en él fidelidad como por verle siempre de buen humor.

Duraba seis días la feria, y no vino en los primeros cabalgadura a propósito de lo que el canónigo pretendía, y así, oyendo decir que hasta el último día todos los de feria venían mulas, no quiso irse sin comprarla. En este tiempo, Tadeo (que así se llamaba el criado) comenzó a hacer fiestas a Catalina, ya celebrando su buena cara, ya dándole músicas con un discantillo que consigo traía para divertirse en aquel viaje. Como la moza hubiese visto pocos humores de la data del Tadeo, gustaba mucho de sus donaires y solemnizaba sus chanzonetas, oyendo con mucho gusto las jácaras que cantaba, con las cuales y la labia del mozo, adornadas con promesas que la hizo de llevarla a la corte, se rindió aquel fuerte, que no hay amante encogido ni dudoso en prometer, y así Catalina se vio con esperanzas de ser cortesana y en posesiones de dueña.

Efectuase la compra de una buena mula, muy al propósito para el intento del canónigo, con que esotro día determinó de proseguir su jornada. Llevaba una acémila delante con prevención de cama, por saber con experiencia cuán malas las hay en el reino de Galicia, y aun hasta llegar a Castilla la Vieja. En ésta acomodó Tadeo a Catalina, llevando intento de llegar con ella a Madrid y allí vestirla y que corriese por su cuenta, y así, avisada la moza que el día siguiente, dos horas antes de amanecer, había de partir, ella no quiso irse, como dicen, las manos en el seno, sin darle un arañón a la bolsa de la tía, que la tenía buena con la ganancia del mesón. Fiábase la vieja mucho de la sobrina y dormía con ella. Levantase aquella noche quietamente y, tomando la llave de una arca, fue a darle golpe a la moneda, y por dar en el talego mayor, fue su suerte tal, que encontró con el pequeño, que tendría hasta cuatrocientos reales en plata; éstos acomodó en el lío de dos camisas suyas, y así salió a verse con su Tadeo, el cual la aguardaba, porque ya estaba el acemilero apercebido. No se había levantado la tía, aunque estaba despierta, por ver que su sobrina lo estaba, y presumiendo que ella y un mozo del mesón darían recaudo. Con esto pudo la Catalina irse a hurtas del mozo, saliendo a ponerse a caballo fuera del mesón, con que dejó su patria, llevándose los cuatrocientos reales escondidos entre las camisas sin haber dado cuenta del hurto a su galán, que no le fue de poca importancia.

Llegóse la hora de partir el canónigo, y haciendo Tadeo cuenta con la huéspedada, partieron de su casa, no echando la vieja menos a la sobrina, porque a aquella hora siempre solía ir por agua a la fuente.

Prosiguieron sus jornadas hasta llegar al pie del puerto que llaman del Rabanal, gozando Tadeo todas las noches de su hermosa ninfa gallega; mas allí, considerando que le sería embarazo la moza en tan largo camino y que si su amo sabía su empleo no lo había de recibir bien, trató de dejarla en Fuencebación, un lugar donde posaron aquella noche; y esto hizo usando un engaño con ella, y fue que la dijo que, por haber acrecentado carga en la acémila, no podía ir en ella, mas que tenía concertado con un arriero que la llevase

por su cuenta hasta Benavente, adonde por ciertos negocios que el canónigo tenía que tratar habían de estar dos días, y que de allí buscaría en que fuese hasta Madrid. Púsola en posada diferente y habló con el huésped a parte en lo que la había de decir a la mañana.

Era Catalina muy bozal en caminos, como quien no había salido de su lugar en su vida, sino, sólo por leña al monte, y así creyó cuanto la dijo Tadeo. Ese día, al amanecer, salió el canónigo (más temprano que otros), por pasar el áspero puerto, con lo cual quedó la pobre moza aguardando el prometido arriero (que nunca vio) hasta bien entrado el día, y preguntando al huésped que cuándo había de venir, él la desengañó, diciendo que aquel gentil hombre que allí la había traído le dio doce reales para que la diese y dijese que él no la podía llevar consigo por temor de su amo. Aquí comenzaron los trabajos de la gallega Olimpa, viéndose dejada del segoviano Vireno. No dijo aquello de "¡plegue a Dios que te anegues, nave enemiga!", ni "¡mal huracán te sorba!", que no sabía nada de marinaje, y su engañador caminaba en una mula. Mas, convertida en llanto y con dilatados sollozos, que parecía sorber caldo, dijo mucho de aquello de "*Ducho a demo el home*", que es la mayor maldición que el idioma gallego tiene. Recibió los doce reales, porque los duelos con pan son menos. Veinte le había dado Tadeo al huésped; mas él, con poco temor de Dios y daño de la opinión del galán, se aplicó para sí los ocho.

Viose la olvidada Catalina confusa sobremanera en lo que haría de su persona. Volver a su tierra no le parecía cosa conveniente, así por su reputación como por el dinero que había tomado a su tía; quedarse en aquel lugar tampoco le estaba bien, por ser corto y malo. En estas dudas estaba, cuando infundiéndosele un valor olímpico, más de correo de a pie que de mujer encogida, se determinó proseguir poco a poco su viaje hasta Madrid, y que si llegase con bien a aquella corte, tratar de vengarse del desdén de Tadeo.

Con las faldas en cinta, como dicen, y con ellas los zapatos, por no los romper (propia prevención de las damas de su país), se puso en camino informada del viaje que había de llevar; en la tal información supo cuán cerca estaba de la Cruz de ferro, tan nombrada en aquella tierra; pasó por cerca della y hízola oración, sin tener cuidado de la promesa que todas las gallegas la hacen, pues ya Tadeo, con su buena diligencia, la había sacado dél.

Prosiguió con sus jornadas, hallando en ellas tal vez quien (teniéndola compasión) la daba bagaje para aliviar su cansancio, y no se sospeche que esto era por interés de su persona; que desde que vio el mal pago de Tadeo, nunca admitió martelo ni oyó requiebro, temiéndose de otro engaño: que de los escarmentados se hacen los arteros.

Por sus jornadas, ya cortas, ya largas, llegó a aquella insigne villa, madre de tantas naciones, gomia de tantas sabandijas, y como a una de ellas, la amparó y recibió en sus muros. Admiróle la máquina de edificios, la mucha gente que pisaba sus calles, y en la de la Cava de San Francisco vino a parar, guiada de un arriero que la había traído en un macho de los suyos desde el lugar de las Rozas hasta la posada. En ella se apeó y viéndola la huéspeda, la dijo si venía a la corte para servir. Catalina la respondió, con semblante triste, que a eso la habían condenado sus trabajos, si hallase casa a propósito.

—En la mía —replicó la huéspededa— os tuviera yo de muy buena gana; mas ha dos días que recibí una criada en lugar de otra que casé, y así tengo el servicio que he menester. Pero en casa de una hija mía os acomodaré; que también tiene casa de posadas, y yo sé que no os descontentaréis de estar allí, que hay ocasiones de medrar las que la sirven, y más vos, que traéis lo más facilitado con la buena cara que tenéis.

Agradecióle Catalina la merced que la hacía, y la huéspededa la llevó a su aposento, donde la regaló y dio de comer. Esa misma tarde la llevó a casa de su hija, de la cual fue gustosamente recibida, así por traerla su madre como por ver en Catalina partes para ser bien servida della.

Tenía esta mesonera otra mozuela de razonable cara, y había menester dos para ser sus huéspedes mejor servidos. Esta, como viese que en Catalina la venía alivio para su trabajo, la recibió con muestras de muy grande amor, trabándose desde aquel día una firme amistad entre las dos.

CAPÍTULO SEGUNDO

En que da razón cómo lo pasó la gallega en el mesón y cuán celebrada fue en el río hasta su casamiento

Ya tenemos a mi señora madre (buen siglo haya) acomodada en un mesón de los de más nombre que había en la calle de la Cava de San Francisco, cobrando desde su llegada el nombre del "Mesón de las dos hermosas", por ella y la otra moza que halló en él. Esta, como amiga que se dio de mi madre, aquella noche la hizo breve relación de lo que había que hacer en casa, de los intereses que se tenían con los huéspedes, a cuáles debía servir con solicitud y a cuáles con no tanta; cómo se había de portar en materia de amores; cuán sin afición había de vivir con ninguno, llevando su fin a solo su provecho y viéndole primero antes de hacer su empleo. Pero que lo más importante para su estimación era el estar bien vestida, para lo cual pidiese a su ama que le adelantase tres o cuatro meses de salario. Tomó Catalina la lición de Aldonza (que así se llamaba la compañera) muy en la memoria, y a lo último la dijo que no pensaba obligar a su ama a que le diese lo que no había servido; que un pariente suyo tenía que la daría lo necesario para vestirse, y que así esotro día le buscaría y la vería brevemente en otro pelo. Holgóse Aldonza que con tanta brevedad pudiese lucirse; mas después le vino a pesar, porque no le estuvo bien tener tan buen lado.

Era por tiempo de entre las dos Pascuas, y cerca de la de Pentecostés, para lo cual propuso Catalina salir en limpio, que hubiese que ver en ella, y así, fingiendo ir a verse con el pariente, trujo dineros, con que rogó a su ama le comprase lo necesario para vestirse. Era buena mujer la huéspededa, y viendo que el lucimiento de su criada le era mejoría de su casa y crédito de su mesón, se holgó que sin pedirla nada adelantado tuviese con qué vestirse, y así se ofreció a salir a comprar con ella lo necesario.

Valióle el no revelar el hurto Catalina a su galán el verse vestida, pues eso fue la piedra fundamental para su medra. Llegó con su ama a la calle de Toledo, donde hay bodegones de vestidos, hallando allí siempre guisados los que pide el gusto para adorno de las sirvientas de mantellina. Allí compraron en acomodado precio un manteo azul, con su poca de guarnición pajiza; una basquiña y jubón de estameña parda, guarnecido

el jubón; mantellina de bayeta de Segovia, que oyendo dónde era, casi no quiso comprarla Catalina, acordándose de su galán. Pasaron a una tienda de lencería, dónde sacó dos camisas, valonas y cofias, y no se le olvidaron del calzado, que quiso de golpe ponerse el que traen las fregonas de más presunción en la corte, bien mirado en tiempo de lodos, pues su limpieza acredita la curiosidad y gala de la que los pisa sin detrimento suyo. Con todo este ajuar volvieron a casa, no faltando para cumplimiento del arnés sino algo desto que se trae en la cara y dos sortijas de plata, cosa conveniente en el fregatriz estado, aunque ya le vemos subido de punto con algunas de oro, donativos de los que, hartos de perdices, gustan tal vez de comer vaca.

Llegaron, pues, a casa, y mostraron a Aldonza las galas recién compradas; en que no se empleó aún todo el dinero del hurto, guardándola Catalina en una arca que otro día compró. Ya la compañera estaba un poco envidiosa del lucimiento que esperaba tener Catalina; disimuló su recién nacida pena, y propuso no manifestarla por no parecer que se tenía en tan poco que temía ventajas de otra. De allí a dos días, sin acompañarse Catalina de su ama, corrió las almonedas de la plaza de la Cebada, donde halló una basquiña y jubón, traído de una mezcla honesta, que compró en acomodado precio para que la excusase de traer de ordinario los vestidos que poco antes había comprado, no olvidándose del aderezo del rostro, que ya la habían dicho la que le estaría mejor para curarse de los aires y el sol del camino, ni de las sortijas de plata.

Llegó el día de la Ascensión, que tenía diputado Catalina para salir vestida de nuevo; hizo por la mañana las haciendas de casa, y para asistirles a los huéspedes a la comida púsose de gala, dando admiración a su ama, más envidia a Aldonza y gusto a los huéspedes, porque con la buena cara que tenía y los vestidos tan ajustados a su cuerpo, parecía que toda su vida había andado en aquel hábito: tal despejo mostraba en él.

Era apacible la gallega, graciosa en su lenguaje y de no mal natural; de suerte que con esto, dentro de pocos días, ya no cabía la casa de huéspedes. Eran muchos los aficionados de la moza, y ella se portaba con ellos de modo que, por el poco recato y estima, nunca ganó opinión de fácil ni desenvuelta. Granjeaba voluntades y hallaba medra, cosa que fue echando de ver la compañera por los galanes que Catalina le tiranizaba. Acudía cada una la semana que le tocaba a lavar al río, y por haber cantidad de ropa siempre, se ocupaban tres días en su limpieza. Para echar de sí Aldonza a la compañera y que no asistiese a la posada, dio en fingirse mala de un brazo, con que era fuerza ir Catalina cada semana a ocuparse tres días de ella en el río. Si por acá tenía aficionados, no menos los tuvo extramuros de la villa.

No había lacayo de estimación lucido en librea que no se confesase su amartelado. Ella, con el buen despejo en hablar, voz en cantar y donaire en el baile de la capona, era imán de las raciones lacayas y motivo de los regocijos de las riberas del cristalino Manzanares; después que en ellas se acreditó y llevó la palma de hermosa entre el gremio fregatriz. Nunca tomó paño en sus manos para lavarle, que no faltaba quien, a costa de sus salarios, le pagase la lavadura porque en tanto le diese audiencia.

Anduvo algunos días neutral, sin inclinarse a ninguno de sus pretensores, y así los traía perdidos tras de sí. Entre más de ocho que andaban en la danza, había uno que si no se portaba con librea de lucidos colores, sirviendo a grande o a título, andaba bien tratado, vestido de ventidoseno negro, calzas, ropilla y capa terciada; éste era natural de Gascuña, en Francia, a quien en nuestra España llamamos "gabachos". Había sido

ocupado en el oficio de buhonero, trayendo caja y vendiendo por la corte; proveíale su casa un francés rico, que tenía tienda de por junto, con el cual había ganado tanto crédito que le fio más de lo que fuera bien. Fingió el tal buhonero que le habían robado, con que quebró para con el francés que le proveía; púsole en la cárcel, donde le tuvo algunos días; mas como no hubiese remedio de poder cobrar dél, creyóle el hurto, y así, de compasión de verle padecer preso, le perdonó más de tres mil reales que le había fiado, y salió de la trena. Con éstos se halló en su poder el gabacho, habidos con tan poca conciencia por conocer la bondad del que le fio. Entró a medias en el trato con un tabernero, y él, por disimular, entró a servir de lacayo a un letrado de los que abogaban en los Consejos. Tenía a su cuenta un caballo anciano, en el que el jurista andaba de buena presencia y adornado con la honorífica gualdrapa. Era lucido el dueño y de los más acreditados en las letras de la corte; con éste salía a las siete de la mañana por el verano, y en dejándole en Palacio, había de volver por él a las diez; por la tarde acudía desde las tres a Provincia, salía a las cinco, y gastaba todo el día entre sus negociantes, sin salir de casa.

Con este oficio tenía el de despensero, en que ocupaba una hora por la mañana, antes de ir al Consejo, en la cual, mientras él compraba, le limpiaba un francesillo el caballo y gualdrapa, gastando de esta añadidura a su costa el letrado por verse bien, servido de su lacayo despensero el cual no era lerdo en sisarle cuanto podía, y había bien en qué, por ser mucha su familia.

Este, pues (cuyo nombre era Pierres de Estricot), era el mayor aficionado de la gallarda Catalina y el más puntual en servirla, sin haber día que no gastase con ella algo, así de colación, merienda o dádiva de cintas, valona o calzado, con que la hembra le estaba más aficionada que a los demás. Admirábase Aldonza de ver en la opinión en que estaba su compañera, y que si su traza había aprovechado para ausentarla de día, por la noche le deshacía sus máquinas, como la tela de Penélope.

Un día que en el río había dado suspensión en el baile a sus amantes y envidia a las ninfas de la limpieza, anochecióle allí por haber tardado en enjugársele la ropa; asistióla a su compañía el aficionado Pierres, prevenido de sportillero para llevar los paños y de un jumento de aguador para que ella no se cansase en subir la cuesta de la Puerta de la Vega. Mientras descansaba del trabajo de haber doblado la ropa, le pudo decir el derretido gabacho, en el mal aliñado lenguaje que hablaba, que era medio en gascón y medio en castellano, estas razones:

—Seora Catalina, ya voasté habrá echado de ver en mi asistencia cuántas ventajas hago a lis competidores que tengo, y asimismo en la liberalidad con que la sirvo en lo que se ofrece, por lo cual debe tener más atención an mi persona que de los demás, pues casi todos llevaráu la mira a solo su apetito y dejalla luego, y yo la tengo en merecer ser su marido. Aunque sirvo de lacayo, como ve, puedo dejar de serlo sin que me falte el sustento, pues gracias a Dios tengo más de cuatro mil reales, con que tengo a medias cierto trato con que se aumenta mi caudal cada día; si se determina a que nos juntemos en consorcio, será de mí estimada como merece su persona y regalada como la propia reina. Este caudal que traigo en compañía le tendré yo solo tomando modo de vivir, ron que me prometo antes aumento que disminución. Su gusto, aquí que estamos a solas, me holgaré de saber: voasté me li diga.

Era el gabacho de buena presencia, y estábale inclinada Catalina, la cual se holgó no poco de verle con caudal. Aunque recelosa del engaño del segoviano (a quien no había podido hallar en Madrid), quiso que la evidencia la desengañase, y así le dijo que estimaba su voluntad, y que en cuanto a disponer de sí no se determinaba hasta que con más certeza viese que lo que decía era verdad; que ella había de tocar el dinero primero y verlo en depósito de su amo, y que entonces se haría el casamiento, porque tenía tanto escarmiento de los engaños de los hombres, por uno que la hizo quien la desterró de su patria y dio a conocer las ajenas, dándole palabra de ser su marido, que estaba desde entonces con propósito de no creer más de lo que viese con sus ojos. Aquí le dio a entender cómo no iría virgen a su tálamo.

Pierres, que era hombre de buen estómago y que aquel defeto ya le daba por sabido, aceptó el partido de Catalina, y así, en esa conformidad, volvieron a Madrid, quedando de concierto que dentro de cuatro días el gabacho llevaría su dinero en poder del amo de su moza, y que hecho depositario de él, se estaría en su poder hasta tener las bendiciones de la iglesia. Con esto llegaron a la posada, donde aguardaban a Catalina con algún cuidado por verla tardar más que otras veces. Queríala su ama tanto, que no la dijo nada por su tardanza.

Acabado de dar recaudo a los huéspedes, Catalina dijo a sus amos que quería hablarles a solas, y así se retiraron con ella a su aposento, donde les dio cuenta del empleo que se la ofrecía y la seguridad que su francés le daba. No les dio gusto esto, porque en Catalina tenían muy buen servicio y bien acreditada su casa de huéspedes, y por la fama de su buena cara, voz y donaires, jamás se vaciaba; procuraron estorbarla el casamiento, poniéndola por delante los engaños que había en la corte y que aquel dinero podría (no obstante que le depositaba) no ser suyo, sino de algún amigo que se le daría para efectuar el consorcio. Esto y otras cosas le dijeron a Catalina, más no por eso la disuadieron de su propósito, conociendo ella (que no era necia) la causa por que la apartaban de casarse, que era por servirse de ella y serles importante en casa. Vista del mesonero y su mujer su resolución, vinieron en que se efectuase su gusto con el concierto que habían hecho.

No anduvo descuidado el gabacho, estimulado del amor de la moza, que antes del término puesto ya tenía cuatro mil reales depositados en poder del amo de Catalina y tomado recibo dellos para su seguridad. Con esto se hicieron las amonestaciones, y mientras pasó el término dellas, la hija de mi madre (que soy yo) se forjó en las riberas del señor Manzanares, porque persuadida de Pierres (ya con seguridad que quien entregaba su caudal no la faltaría como el segoviano), no supo hacerle resistencia, brindada de la soledad del campo. En aquella ribera se formó Teresa de Manzanares, dándome el apellido el mismo río. Finalmente (por no alargarme), los dos se casaron, siendo aquel día muy célebre entre los lacayos y fregonas de Madrid. Los novios salieron muy lucidos, sin tocar el dinero depositado, porque Catalina le tenía granjeado de huéspedes con su buena labia y liberal proceder en un año que sirvió en el mesón, y Pierres hubo del letrado, su amo, el vestido para casarse, que presumiendo no le dejaría de servir, le quiso obligar con lucirle el día de su boda.

Duró el baile de ella hasta que la noche dividió a la gente. Pierres se quedó en el mesón con su mujer, y esotro día trataron de mudar de albergue. Habían los dos novios comunicado en qué sería bueno ocuparse, y quedó resuelto que tomasen una casa para hacerle de posadas, comprando de aquel dinero los ajuares necesarios. Esto pusieron por

ejecución esotro día; compraron de aquellas almonedas ropa para seis camas en buen precio, sillas y demás adornos forzosos, y con ellos dieron en la calle de Majadericos, adonde tomaron casa capaz para aquella ropa, por probar la mano y ver cómo les iba; queriendo Pierres volver a ser buhonero, por ver que el francés que le fiaba se había ido a Francia. Con esta conformidad, ve aquí vuestra merced (señor lector) casada a mi madre, señora de su casa, y mi padre dueño de una lucida caja de buhonería.

CAPÍTULO TERCERO

En que refiere Teresa su nacimiento y ocupaciones pueriles hasta la muerte de sus padres

A los nueve meses de casados, ya Teresa de Manzanares había visto este mundo, saliendo a él con buen alumbramiento de mi madre. Fue grandísimo el gusto que tuvo el francés con mi nacimiento y igual a él, el cuidado con que me crio hasta edad de siete años; salí con razonables alhajas de la madre naturaleza en cara y en voz; mi viveza y prontitud de donaires prometieron a mis padres que había de ser única en el orbe y conocida por tal. Ya hacía mis mandados trayendo vino para los huéspedes y otras cosas de una tienda vecina a nuestra casa, imprimiéndoseme lo de la risa como carácter, que no se me borró en toda la vida. Era un depósito de chanzonetas, un diluvio de chistes, con que gustaban de mí los huéspedes, y me las pagaban a dineros, con que mis padres me traían lucida.

Hubo una junta de gabachos en que mi padre se halló, y rematóse el festín en una cena que fue bien proveída de carnes y mejor de vinos; los brindis se menudearon de modo, que ninguno volvió en sus pies a su casa. Trujeron a mi padre a la suya atravesado en un frisón de un coche del embajador de Francia, que en casa de su despensero se había hecho la jera. Nunca tan confirmada zorra le había visto mi madre, aunque muchas veces se había asomado a serlo. Recibióle con tristeza, prenuncio de lo que de allí resultó, que fue darle a la media noche una apoplejía, con que no bastó remedio humano, ni le tuvo la medicina para volverle en su acuerdo para que siquiera se confesara, y así murió esotro día a las cinco de la tarde. Estos daños vienen de la gula y embriaguez, y nunca se puede prometer menos quien la usare.

Quedó mi madre viuda y en su casa, con algún caudalejo, con que prosiguió en tener casa de posadas, viendo que le iba bien en aquel modo de vivir; siempre tenía una criada y a mí, que le servía de mandadillos menudos; pero viendo en mí buena habilidad para todo, quiso que aprendiese a labrar en casa de dos hermanas viudas que vivían en aquellos barrios. Allí acudí a labrar, aventajando en esto a todas cuantas condiscípulas tenía en menos de un año, cosa que admiraba a las maestras. Era yo tan inquieta con las demás muchachas, que siempre las estaba haciendo burlas, haciéndolas creer cuanto quería, que eran notables disparates, todos con orden, a salir con mis burlas, con lo cual granjeé el nombre de La Niña de los embustes, que dilaté después porque no se borrara mi fama.

Hallándose mi madre viuda, moza y vacío el lugar que dejó mi padre, quiso que le ocupase un huésped que hacía días que estaba en casa, temiendo no poder pasar los rigores de un recio invierno que aquel año hubo, y así se enlazó en ambos una firme

amistad, que la obligó a hacer expulsión de mí, acomodándome a dormir en la cama de la criada, cosa que yo sentí en extremo, y aunque niña, bien se me traslució la causa por que se hacía aquella novedad conmigo, con lo cual tuve tanta ojeriza al huésped, que no le podía ver delante de mis ojos, de suerte que su presencia me helaba en lo más sazonado de mi humor, y así, todas las veces que podía quedarme a dormir en casa de mis maestras no iba a casa, acomodándome en la cama de una hija que tenía la una de ellas, doncella, de edad de diez y ocho años, moza de buena cara.

Era la profesión del huésped familiar de mi madre arbitrista, hombre de grandes máquinas, fabricadas entre sueños y puestas en ejecución despierto, por una que acertó a salirle bien (hurtada de un amigo suyo que murió, siendo compañeros de posada, en que medró con el ingenio del otro tener trescientos escudos); prosiguió con el ejercicio arbitrario, y vino a dar con el juicio por esas paredes, cansando a ministros y gastando memoriales en balde, pues todos se reían de él.

Mejor le iba con el arbitrio de haber granjeado la voluntad de mi madre, pues con ella hallaba comida y posada de balde y andaba vestido como un rey. Traíale desvelado un arbitrio, que era no menos que el desempeño de toda España, cosa que él tenía por muy fácil con la traza que daba, con que se prometía una gran suma de dinero, y a mi madre hacerla rica para toda su vida. Tenía una labia en explicar su arbitrio entre la gente ignorante, que creían todos que saldría con él, y entre los boquimuelles era una mi madre, cosa que le costó la hacienda y la vida, porque habiendo este hombre presentado sus memoriales en el Consejo y comunicado con los ministros dél su arbitrio, viendo ser sin pies ni cabeza, no solo no le admitieron, mas, por eximirlo de sus cansancios y necias máquinas, le mandaron que dentro de ocho días saliese desterrado de la Corte.

Sintiólo terriblemente el licenciado Cebadilla (que así se llamaba), y viendo ser forzosa su partida y haber de dejar a mi madre que le sustentaba, quiso pagarle lo que la debía con una buena obra, y fue que la noche antes de irse (que ocultó a mi madre) la descerrajó un cofre y dél la sacó más de cuatrocientos escudos en plata que tenía granjeados con su trabajo. Madrugó aquel día mucho, y dejándola muy descuidada del hurto, tomó mulas y partióse a su tierra, que era Mallorca. Queriendo ese día mi madre abrir el cofre, vio quitada la cerraja de él y vacío de la moneda que había ganado con no poco trabajo; hizo sus diligencias en buscar al ladrón, mas fueron en balde, porque él se supo guardar bien con la pena del hurto. Cayó mi madre enferma, y agravósele la enfermedad de modo, que en ocho días acabó con su vida, dejándome huérfana, de edad de diez años, y pobre, que era lo peor, porque en pagar los gastos del entierro y el alquiler de la casa (que lo debía de un año) se consumió casi todo el menaje de ella.

Hallé a Amparo en aquellas dos hermanas, mis maestras de labor, y recibíenme en su casa, pasando a ella lo poco que había quedado de la de mis padres, que era la ropa de dos camas, sillas y uno o dos cofres vacíos. Aquella noche, primera que dormí en su casa, hiciéronme las dos ancianas un largo sermón en orden a decirme cómo quedaba huérfana de mis padres y pobre, y de las tales sola la virtud les era su dote y remedio; que procurase siempre inclinarme a ella, pues era lo que me había de valer, que ellas en cuanto pudiesen, no me faltarían, queriendo su compañía. Aunque de tan poca edad yo ya tenía bachillería para agradecerles esta merced y prometerles hacer lo que cristianamente me aconsejasen, con que me quedé en su servicio, querida dellas como si fuera hija suya.

CAPÍTULO CUARTO

En que prosigue lo que le pasó en servicio de sus maestras

Tres años continué en servir a mis amas, en los cuales supe todo lo que había que aprender en materia de labor, y juntamente con ello a leer y escribir con mucha perfección, porque desde pequeña fui inclinada a esto, y la inclinación lo facilita todo.

Tenía Teodora, la hija de una de mis dos amas (como he dicho), muy buena cara, y traíanla bien vestida, aunque honestamente, pues como fuese lucida y por ello bien vista, acudieron galanes a servirla. Tres eran los que andaban paseando su calle con deseos de tener lugar de verla: un médico, un gentilhomme de un señor de título y un estudiante. Los deseos de ellos ya se veían al fin a que tiraban; no se conocía sino solo en el médico que aspiraba a consorcio.

Todos eran mozos y no de la condición que las viejas querían para Teodora, porque quisieran ellas más juicio y más provechosa ocupación, porque el médico más asistía a la calle a buscar remedio a su dolencia que a dársele a los enfermos para ganar dineros y adquirir fama. El gentilhomme, sirviendo, claro manifestaba no tener propios ningunos, pues necesitaba del socorro de su amo; era gran músico y de las mejores voces que había en la Corte. El estudiante no había acabado sus cursos de leyes en Alcalá, faltándole los tres años de pasante para esperar provecho de él. Era aficionado a las Musas más que a los textos (plaga de quien huye el dinero, como la gente de lugar apestado). Esta trinca de galanes festejaba a la señora Teodora, a la cual no la pesaba del cortejo, porque no hay mujer que la pese de ser querida. Era yo el archivo de sus secretos y la llave de su corazón, y así confería conmigo lo requestada que era de estos tres galanes por recaudos y papeles, aunque no se mostraba inclinada a ninguno, ni jamás respondió a papel que la diesen.

Quien más entrada tenía en casa era el médico, y esto por haber venido en compañía de otro que curó a la madre de Teodora en una peligrosa enfermedad que tuvo, de donde se originó el conocimiento y de allí el amor. Deseaba el

Quien más entrada tenía en casa era el médico, y esto por haber venido en compañía de otro que curó a la madre de Teodora en una peligrosa enfermedad que tuvo, de donde se originó el conocimiento y de allí el amor. Deseaba el segundo mostrar su habilidad en cantar más cerca que de la calle, y buscaba todos los medios posibles para tener entrada, pero no había orden. El tercero (que era el poeta) estaba desahuciado de tener lugar en casa de Teodora, por ser mozuelo y no tener ocasión con que poder visitar a su madre y tía.

Era yo acariciada de todos tres, deseando trabar conversación y tener conocimiento conmigo. Unos días anduve muy severa con ellos, en las ocasiones que salía fuera de casa por lo necesario para ella; mas como era inclinada a la travesura, me pareció traer embelesados a estos tres amantes. Vime primero con el médico, haciéndome enconradiza con él; apenas me hubo visto, cuando, deteniéndome, me dijo:

—¿Es posible, señora Teresa (que ya todos me sabían el nombre), que vuestra merced sea tan esquiva con quien la desea servir, que no merezca un rato de audiencia en tantos días como ha que la pretendo? Sin duda se le ha pegado a vuestra merced la esquividad de su ama, pues con ella trata así a quien la quiere bien; humánese vuestra merced y atienda un rato.

Yo me paré y le dije:

—Crea vuestra merced, señor doctor, que las que servimos en casas tan recatadas como la de mis señoras, debemos andar con mucho tiento en esto de que nos vean hablar con nadie, y menos con vuestra merced, que está declarado por pretendiente de la señora Teodora; que a no haber esto de por medio, sabe el cielo que a ninguno de cuantos pasean aquella calle deseo que mi señora favorezca como a vuestra merced; y esto me debe, en las ocasiones que se han ofrecido de hablar de sus pretendores, que a todos ellos le antepongo por lo que le estoy inclinada.

—¿Es posible —replicó el médico— que tanto bien tengo en vuestra merced sin haberlo sabido? Puesto me ha con eso en obligación de regalarla y servirla, como lo verá por la experiencia. Ahora la suplico me diga cómo estoy en la gracia de la señora Teodora.

—Si he de decir la verdad, como vuestra merced me dé palabra de que no diga que lo sabe de mí, a vuestra merced muestra inclinación solamente —dije yo—, porque se huelga mucho cuando la hablan en sus cosas y alaban su persona.

—¿Qué haré yo —acudió el doctor, loco de contento de lo que oía— para que se digne de responder a un papel mío, que algunos la han dado y a ninguno ha gustado de dar respuesta?

—Eso sé yo bien —dije yo—, y que entre los que ha recibido de otros galanes solo los de vuestra merced ha guardado, y los demás ha hecho pedazos, porque dice que tan discreta enamorada prosa no ha leído en su vida.

Todo esto era echar leña al fuego de mi médico, el cual, oyéndome esto, me echó los brazos al cuello diciendo:

—¡Ay, mi Teresa, no sé cómo exagere el contento que con oír eso he recibido! Hoy ha sido su presencia de ángel para mí, pues como tal me ha consolado. No se volverá a casa sin ser servida de mí, si no como deseo, como lo pide la ocasión de haberme cogido en la calle; véngase conmigo.

Seguíle y llevóme a una tienda, en la cual me compró cintas, arracadas y valonas, y pasando a otra, un muy curioso calzado de medias, ligas, chinelas y zapatillos, diciéndome que perdonase, que en otra ocasión vería cuánto más se alargaba conmigo. Agradecíle el favor y díjome que cuándo quería dar un papel a mi ama. Yo le respondí que esotro día le tuviese escrito, que yo haría fácilmente el oficio de intercesora suya, y que le aconsejaba que procurase regalar a su ama, que siempre había oído decir que los regalos eran eslabones de que se hacía y forjaba la cadena del amor.

Estimó mi consejo y prometió hacerlo, con que me despedí de él, pareciéndome que para primera visita no había surtido mal, pues salía de ella con ferias, prometiéndome,

así del médico como de los otros galanes, más medra a costa de sus bolsas sin que Teodora lo supiese. Volví a casa, ocultando el donativo de la vista de mis amas, depositándole en mi arca.

No se descuidó el doctor el siguiente día en aguardarme al mismo puesto donde el pasado me había hablado; ya traía su papel escrito, saludóme, y dándomele, me llevó consigo a una casa donde tenía una caja, y en ella cuatro pares de medias de seda y oro de diferentes colores, y otros tantos pares de ligas conformes a las medias, con guarniciones de puntas de plata y oro; mucha cantidad de tocas, cintas, guantes y flores para la cabeza; bien valía el presente buen dinero. Confieso que viéndole me arrepentí de haberle obligado a tal exceso, no sabiendo el modo que tener para guardarlo de los ojos de Teodora; de su parte le agradecí la generosidad, y de la mía le ofrecí darle el papel y procurar respuesta.

Con esto volví a casa en ocasión tan buena, que todas mis amas estaban en misa, y sola una niña, discípula de labor, me aguardaba. Abrióme, y sin manifestarla lo que traía, di con ello en el secreto de mi arca. Sucedió esa tarde asistir los tres galanes en la calle, como lo acostumbraban, y Teodora a hacerles ventana, a quien yo acompañaba; quise darla un tiento para saber cuál era más bien recibido en sus ojos, y diciéndome que ninguno, la repliqué:

—Pues yo sé cierto que el médico os desea con buen fin.

—¿Cómo lo sabes? —me dijo ella.

—Sus acciones lo manifiestan —acudí yo—, y el haberse él declarado con personas que a mí me lo han dicho, y yo tengo por perfecto amor aquel que se manifiesta no solo con acciones, sino con obras.

—¿Pues cuáles son las del médico? —dijo Teodora—. Que hasta hoy no he visto que se haya alargado a eso.

—Y si lo hiciera —dije yo—, ¿qué se le siguiera?

—Tales pudieran ser —dijo Teodora— y tanto me pudiera obligar, que teniendo firme experiencia de su voluntad hallara entrada en la mía, porque estoy informada que espera heredar a un tío suyo.

Hallé el cabe de paleta y no quise dejar de tirarle, y así la dije lo que con él me había pasado, y cuán verdadero amante era. Saqué el papel y dísele, pidiéndola perdón de haberme atrevido a tomarle sin su licencia, y díjela que la subiría el presente, sin decirle lo que era por menudo, con intención de que de él participase un par de medias y otro de ligas. Era Teodora un poco vana y no tenía mucho de lo de Salomón, y así hízola buen estómago lo del presente, y con este gusto mostró no displacerse de haber admitido el presente, ni de darla el papel, el cual leyó allí en ocasión que pudo el médico verlo desde la calle, de que me holgué mucho. Significaba en él, con bien pensadas razones, su voluntad, el fin a que la dirigía, los desvelos que por ella pasaba, y sin tratar del presente le suplicaba respondiese al papel, firmándose en él "perpetuo esclavo de vuestra merced".

Otros había tenido Teodora más enamorados que aquel de que pudiera haberse pagado más; mas fue gran cosa la cortapisa del donativo, que es gran batería la que hacen en cualquier mujer las dádivas, que al fin (como dice el antiguo brocardico) quebrantan peñas. No lo era mucho Teodora, y así como una manteca blanda y como una corderilla mansa, después que encareció la buena nota del papel, quiso verse ya con el presente en las manos. Mandóme subirle a su presencia; yo lo hice, reservando empero para mí las medias y ligas que más me contentaron, que fueron unas de nácar y plata. Compúselo bien y subí la caja; esto se pudo hacer sin que lo viesen las viejas, que estaban en visita con dos beatas de su misma edad. Abrí la caja delante de Teodora, y abriéronsele a ella más los ojos viendo los vivos colores de medias, ligas, cintas y rosas con todo lo demás ya referido. Ya estaba con lo visto tan de parte del médico, que si en su mano estuviera, aquella noche se la diera de esposa: tanto las envanece a las que son amigas de galas que se las ofrezcan.

Respondió esa noche al billete del doctor con ayuda de vecinos, porque aunque muchacha, tuvo el papel más de mi nota que de la suya. Lo que contenía era estimar su voluntad, dándole esperanza, que con perseverancia en ella obligaría mucho a su madre y tía para llegar a verse del todo favorecido, y de camino agradecía el presente con grandes exageraciones en que quisiera Teodora gastar un pliego de papel si yo no lo resumiera en breves razones. Quería corresponderle en la firma poniendo como él "esclava de vuestra merced"; mas yo la reprendí su arrojamiento diciéndola que en muchos días no había de merecer ese favor. Mas ella lo hacía solo por si esto sacaba más presentes a la traza de aquel, que le había ganado mucho la voluntad. Di esotro día el papel al Avicena de poquito, con el cual hacía cosas de hombre fuera de juicio: tal le tenía el contento.

Prometióme montes de oro, no acabando de darme las gracias del buen tercio que le había hecho con su dama; despedime de él prometiéndole no me descuidar en su servicio, con que revalidó la promesa.

No me contenté con traer al médico solo en la danza del amor, pues es más de estima cuanta más gente se ve danzar, y así me procuré ver con el galán sirviente en palacio, por no decir escudero. Los mismos lances me pasaron que con el médico, los cuales excuso por huir de prolijidad y haber mucho que decir en el discurso de mi historia.

Dile a entender cómo el médico regalaba a mi ama, por ver si esto le animaba a otro tanto para excederle, y quiso mi buena suerte que había llegado el plazo de la paga de su salario, con que se animó a enviar a Teodora un corte de tafetán doble negro para un vestido con su guarnición y adherentes, y a mí me dio la misma tela para un jubón. Sentí ser el presente en especie que no pudiese circuncidarle, como había hecho con esotro. Llevé todo aquello a casa con otro papel, y viéndome con Teodora, la dije:

—Señora, no hay sino buen ánimo y no mostrar afición a nadie; hoy he hecho la mejor hazaña que mujer del mundo acabó, pues he sacado de poder de un hombre de palacio un vestido para vuestra merced; valor ha sido grande quitarle a un hombre en un día lo que guardaba para matar el hambre en muchos. Ahora veo cuán poderosa fuerza es la del ciego Dios que hace anteponer su deseo al sustento de una sabandija palaciega.

Mostréla el tafetán y recaudos necesarios, con que Teodora se acabó de retratar de juicio, considerándose ser ella sola la deidad de Madrid, pues por su belleza la

contribuían los galanes, en tiempo que cerraban el puño a toda demanda. Leyó el papel, no menos enamorado que sucinto, que como el galán tenía más vivo el ingenio a puras dietas, excedió en la prosa al Galeno, que solo tiraba a las sustancias sin andarse por los arrequives de la filatería. Prometía por cortapisa de su papel darle a Teodora una música aquella noche, que ella aguardaba muy alborozada, porque era aficionadísima a oír cantar, y tenía muy buena voz y mayores deseos de aprender a tocar una guitarra, y yo no menos que ella con la ocasión de tener también razonable voz.

Esa tarde no quise dejar de andar todas las estaciones, y así me vi con el estudiante. Era grande socarrón; recibíome afablemente, diciéndome:

—Señora Teresa, gala de la mantellina y donaire de la pedante serafinidad, no pondero con hipérboles ni exageraciones cuánto júbilo ha sentido mi alma con ver esa angélica presencia de vuestra merced; válgame ella en la de mi señora Teodora, para que conozca deste su amante la más fénix voluntad que ha visto el orbe. Todas mis potencias ocupo en amar a su ama y mi dueño; la memoria siempre la tiene presente, considerando sus partes tan dignas de ser amadas; el entendimiento busca exquisitos modos para darla, entre mil atributos que maquina, el que merece su beldad; la voluntad está prontísima a adorarla; no he dejado hermana de todas las nueve que ministran el ambrosía al délfico planeta, protector suyo, que no invoque para hacerla encomios a sus perfectas facciones; dos resmas de papel tengo escritas de octavas en su alabanza, que pienso imprimir, dándoles el título de la Teodorea, derivada de su dulce nombre, que fue quien me subtilizó la vena, avivó el ingenio y me dio conceptos. Sírvase vuestra merced de hacer presentación a su señora destes servicios, para que pronto, en su tribunal, alcancen el premio que merecen.

No pensé que acabara el licenciado en aquella hora hallándome confusa con tanto almacén de palabras; que es peor escuchar un verboso, que sufrir un dilatado tormento en un potro. Con todo (si va a decir verdad), lo decía con tanta gracia, que a mí me dejó pagada de lo crespo de su prosa, y si hubiera de estar en mi mano el premiar a los tres amantes, éste se aventajara á los demás, que tenía gallardo entendimiento; a mí me enamoró.

Diráme v. m., señor lector, que no fuera yo mujer, pues escogía lo peor, a que respondo que como disculpa a un amante el casarse bajamente por la hermosura de una mujer, así me puede disculpar a mí por el buen entendimiento del licenciado Sarabia, que así se llamaba. Con todo, le quise dar algún tiento en el ánimo por ver el qué tenía, y así le dije cómo sus competidores andaban muy finos en obligar a mi ama con presentes. Un poco se atajó con esto, conociendo yo en su semblante que le había pesado que a esto hubiesen llegado; mas encogiéndose de hombros dijo:

—El verdadero amor, señora Teresa (si hemos de seguir la opinión de muchos que trataron de él), ha de ser sin interés alguno; desnudo le pintaron los antiguos por eso, que amor vestido ya deja de serlo y es interés. Si la señora Teodora mira bien esto con los ojos de su prudencia, yo sé que seré preferido a mis dos competidores sin dádivas de por medio. No digo que no las diera con más generoso ánimo que esos caballeros; pero un hijo de familia, estudiante por un lado y poeta por otro, mire v. m. qué caudal podrá tener para ofrecer a las aras de la señora Teodora lo que merece su deidad. Resuélvome en que no siendo la dádiva igual a la persona que se da, que antes es desprecio que estimación suya. Grande cantidad de finezas haré yo por su servicio, menos las que

tengo reservadas por mi imposibilidad; gran suma de encomios oirá de mi boca, destilados de este ingenio, a costa de muchos desvelos, que dilatados por la corte no la harán menos celebrada que lo fue la hermosa Laura del Petrarca. Esto la ofrezca v. m. de mi parte y una perseverancia firme en quererla, y de lo demás no se trate si v. m. gusta.

El despejo con que dijo esto ocasionó un cuidado en mí, que desde aquel día quise bien a aquel hombre, teniendo ya celos de que con tanto afecto se mostrase aficionado de Teodora, pareciéndome que, según la voluntad se iba empeñando en quererle, todo lo que la suya se enderezaba a servirla era tiranizármela a mí. Hízoseme tarde, y así me despedí de él, sin darle con demostración alguna a entender la nueva pena que en mi pecho llevaba.

Esta noche, a las doce, cuando todos estaban en quieto silencio, se puso en la calle don Tristán (que así se llamaba el galán músico); acompañábanle otros dos amigos, todos con instrumentos bien templados, y después de haber, con un sonoro pasacalle, pedido el silencio a los que les podían oír, cantaron este romance:

Teosinda, ninfa que al Tajo
favoreció sus cristales,
con más prendas de hermosura,
ya es gloria de Manzanares.

Ufanos están sus bosques;
si pisa su verde margen,
y el seguro de que el Sol
pueda atreverse a agostarle.

La amenidad de las flores
vivos aromas esparce,
por imitar de su boca
los que exhala más suaves.

Acrecienta su hermosura
cada vez que al campo sale
en la juventud deseos
como envidia en las beldades.

Trineo que deste Sol
es flor de Clicie constante,
alabando su belleza
esparció la voz al aire.

Quién habrá que iguale
a este Sol que los campos nace,
que si rinde las almas, alegra las selvas
y calma los aires.

El es sólo quien gana las voluntades;
extraño hechizo de amor

puso el cielo en tal beldad,
pues no hay libre voluntad

exenta de su rigor:
a poder tan superior,
resistencias poco valen,
que si rinden las almas, etc.

Cantóse a cuatro voces este romance con grande destreza, dando mucho gusto a Teodora, y más de ver que la letra se había hecho a propósito con su disfrazado nombre, dando más ciertas señas con decir haber salido de Toledo, donde había nacido, para venir a Madrid.

Quiso don Tristán dar muestras de su habilidad solo; y así, templando su instrumento, cantó esta letra:

Si en cuidados, en penas y celos
se conocen las muestras de amor,
yo cuidando, penando y celando,
manifiesta se ve mi pasión.
Amor que es pasión que inflama,
por más que su ardor se emboce,
por el humo se conoce
adónde asiste su llama:
cobren mis finezas fama
y quilates su valor,
que cuidando, penando y celando, etc.
La pena con el desdén
mal se encubre, que es mortal,
y manifiéstase el mal
adonde espera su bien;
no hay amante en quien no estén
esperanzas en verdor,
si cuidando, penando y celando,
manifiesta se ve su pasión.

Apenas acabó el enamorado galán de cantar esta letra, con dulce voz y diestros pasos de garganta, a satisfacción de Teodora, que la tenía enternecida, cuando de tropel fue embestido de cuatro hombres que, armados de broqueles y espadas, le comenzaron a acuchillar. Arrojó el instrumento de las manos (malogrando el cuidado que en él puso su artífice), y sacando la espada se comenzó a defender con valor; los compañeros que con él habían venido a ayudarle a dar la música eran pagados, porque de aquello vivían, y no se extendía su esfuerzo de la garganta a las manos, y así, con su dinero en las faltriqueras, que habían recibido de antemano (por temerse de perros muertos como las damas de placer), tomaron la calle abajo con mucha priesa, dejando a don Tristán en poder de sus enemigos, que le maltrataban, de suerte que con seis heridas quedó tendido en tierra pidiendo confesión.

Conocióse ser el autor de este desmán el médico, que, diestro en la hoja, del tiempo que la ejercitó en Salamanca, sabía ser homicida de a dos manos, con las purgas y el acero.

Dejaron él y los cómplices la calle, y a nuestro don Tristán muy al cabo, pidiendo a voces que le trujesen confesor. A ellas salió un clérigo vecino, y compadecido de él le entró en su casa, ayudado de un criado suyo, adonde le confesó enviándole en el ínterin a llamar a un cirujano que le curase.

Alborotóse la vecindad, despertaron mis amas y halláronnos a la ventana; quitáronnos de ella con no pocos golpes, afeándonos la liviandad de haber salido a oír la música. Acudió gente a la casa del clérigo, y no faltó su poco de alguacil, que acertó a pasar por allí, con su añadidura de escribano y zarandaja de corchete. Comenzó a hacer luego información de la pendencia, examinando testigos, mientras al pobre de don Tristán (habiéndose confesado) le curaban.

Hallóle muy mal herido el cirujano, y apartóse dél con muy pocas esperanzas de su vida. Así lo declaró al alguacil, el cual fue examinando vecinos de la calle, y no faltó alguno que dijo haber conocido al médico, y con esto también dijo la afición que los dos tenían a Teodora y que nunca salían de la calle, si bien a ella la salvó alabando su virtud y recogimiento. No estaba el herido en estado para tomarle su declaración, porque una herida que le dieron en la cabeza le tenía fuera de su sentido. Dejó el alguacil allí, por guarda suya, al corchete, y fuese a la casa del médico, donde no solo no le halló, mas ni la cama en que dormía, que todo lo había traspuesto, visto lo que dejaba hecho. Luego se comenzó a divulgar haber sido la pendencia por Teodora, con que vino a oídos de su madre y tía, que lo sintieron sumamente, pagándolo la pobre moza y yo, porque nos maltrataron mucho y estuvimos condenadas a rasura, castigo de las garzonías de palacio. Con lo que se libraron de otras fue con mudar de barrio, yéndose a vivir a la Red de San Luis, en una casa a la malicias, que tomaron solo por no tener vecinos que las registrasen.

Dentro de tres días murió don Tristán, que nos causó grande lástima, y Teodora le lloró algunas lágrimas, viendo que por su causa había perdido la vida. El médico se ausentó de Madrid, porque si le cogieran peligrara, que era don Tristán bien nacido y su amo le quería bien, y tomó muy a su cargo el buscar al homicida; mas él se puso en salvo por huir de verse en poder de la justicia.

De los tres competidores solo el licenciado Sarabia quedó en la tela, armado de versos y no de las armas reales en acuñada moneda. Ya deseaba yo encontrarme con él, que le había cobrado grande afición; pero las viejas me celaban de modo que no me dejaban salir de casa, y así aguardaba a que se les pasase el enojo y recelo que de nosotras tenían, disimulando Teodora las galas, que sabía tan poco, que ya quería manifestarlas si no fuera por mí.

CAPÍTULO QUINTO

De cómo Teresa halló con su industria ejercicio con que salió de sirviente; da cuenta de su medra y lo que sobre esto le sucedió.

No era mi habilidad tan poca que en materia de labor de costura y cualquier curiosidad no la aprendiese luego que la viese hacer. Valióme esto para salir de criada de aquellas

ancianas viejas y subir a que me estimasen por compañera suya; cómo vino a ser esto, diré al señor lector.

Llegóse la Cuaresma, hasta la cual no fue posible dejarme salir mis amas fuera de casa, temerosas aún del pasado suceso; mas asegurándose ya del susto, volví a salir a comprar lo necesario, bien cuidadosa de ver al licenciado Sarabia, a quien no había perdido de mi memoria. No poca diligencia hizo él (según después supe) por saber dónde había sido nuestra mudanza; mas como Madrid es tan grande, y nosotras vivíamos recogidas, sin darme lugar a salir fuera si no era a misa, no pudo dar con nuestra posada.

Sucedió, pues, que un día que mis amas me enviaron a visitar a una amiga suya que estaba enferma y vivía en la calle de Cantarranas, la hallé ya levantada de su indisposición, y en su compañía una mujer de buena cara, que, a lo que después supe, era de la comedia y una de las mejores representantas que por entonces había.

Estaban en aquella sazón diez autores de comedias en Madrid, haciendo sus compañías de nuevo, que siempre por la Cuaresma hacen su capítulo general los representantes, como por Pentecostés las religiones. Volviendo, pues, a esta mujer, estaba ocupada con la amiga de mi ama (a quien iba a visitar) en una extraordinaria labor; a mí me lo pareció, por no la haber visto, y era forjar de pelo postizo un copete con sus rizos y guedejas, tan bien rizadas que engañaran a cualquiera, juzgándolo, puesto en la cabeza, ser del propio pelo. Esta invención (nueva en la corte e inventada en aquella forma por aquella mujer) era para ahorrar prolijidad en tocarse, pues estando todo hecho, en el espacio de un cuarto de hora está una mujer compuesta.

Atenta estuve mirando del modo que se forjaba y cómo se componía y rizaba el cabello. Después, aguardando más de una hora hasta verle puesto en perfección, atrevíme a la tardanza a costa de tener un poco de rencilla con mis amas; pero no me estuvo mal, porque me valió después mucho. Tomé la respuesta de la amiga de mis amas y volví a casa con ánimo de poner en ejecución otra invención como aquélla, pareciéndome que sería necesaria para muchas mujeres que quieren abreviar con su compostura, y para suplir canas y falta de cabello. Riñeron las viejas mi tardanza; mas yo, diciéndoles la causa por que había sido, se sosegaron.

Llegóse un día de fiesta, en el cual quise (ayudándome Teodora) fabricar la invención del copete. Tenía ella mucho pelo que la habían quitado en una enfermedad que tuvo, con el cual se comenzó la obra, y de la primera vez salió con tanta perfección hecha de mis manos, como si toda mi vida hubiera usado aquel ministerio, cosa que, puesto el copete en la cabeza de Teodora, dejó admiradas a las ancianas mi presta habilidad, viendo cuánto la adornaba el rostro y cuán estimada había de ser aquella invención si se comenzaba a usar della en la corte.

Salió Teodora con ella otra fiesta a misa a la Victoria, donde se vio con algunas amigas suyas, de las bizarras de Madrid. Repararon en la novedad del pelo, y alabaron mucho lo bien tocada que estaba. Ella, que era muy rollar, pudiendo pasar plaza de ser cabello suyo, les dijo cómo era postizo de raíz; quisieron informarse las amigas cómo estaba asentado, y por no destocarla allí, remitieron el verlo despacio en su casa aquella tarde, adonde la querían pasar visitándola. No se descuidaron, que las novedades para las mujeres es la cosa que más apetecen. Mostróles Teodora (estando yo presente) el pelo postizo en forma de copete, y cada una propuso hacerse otro. Díjoles cómo yo era la

maestra de aquella invención, y todas me comenzaron a hacer mimos y lisonjas y a prometer cada una servirme. Yo les pedí cabello del color de los suyos para poner en ejecución mi obra y en algo más cantidad que era menester, porque me sobraba para mí. Esotro día me enviaron el cabello y algunos regalos por el trabajo que ponía en su servicio y adorno. Yo les hice tres copetes curiosísimos, con que se lucieron, y me trujeron nuevas parroquianas a casa. Tanto se fue dilatando la fama de mi habilidad, que ya no nos dábamos manos para nuestro ejercicio.

Nunca Teodora se dio maña a saber hacer aquella labor; entendía en aderezarme el pelo y prevenírmelo para que yo lo pusiese en su perfección. Con esto lo pasábamos bien, comenzándose con estima la invención, pues no sacaban ninguno de aquellos copetes, que yo puse nombre de moños menos que con desembolsar cuatro escudos, y si era señora la que le pedía, lo que menos daba eran cien reales. Vieron las viejas presto el aumento por su casa, y conociendo ser yo la causa dél, me vistieron y trataban como a la misma Teodora; ya yo presumía de dama, con mi moño, que no era el peor de los que salían de mis manos, porque la buena muestra atrae la gente.

No se vaciaba la casa de mujeres de todos estados: unas, peladas de enfermedades; otras, calvas de naturaleza; otras, con canas de muchos años. Todas venían con buenos deseos de enmendar sus defectos, y porque se les supliesen, no reparaban en cualquier dinero que les pedía. Las viejas lo pasaban con sus niñas mostrándoles labor, y Teodora y yo, con mis moños. Parecióles que, conociendo yo ser la maestra de aquella invención y ellas las que se echaban el provecho en la bolsa, no podrían conservarme en su compañía, y trataron de curarse en salud y prevenir remedio con ofrecirme que en su casa me querían, de allí adelante, tener, no como criada, sino como compañera, y que la ganancia se partiese. Acepté esto, porque me estaba bien no perder su lado, que era buena gente y la ganancia mucha. Fuese aumentando más cada día, de suerte que toda la corte acudía a nuestra casa, y las mayores señoras de ella se preciaban de tenerme por su amiga.

Acudía a sus casas y, con un buen despejo y no pocas lisonjas que oían de mí, salía de sus presencias no solamente bien pagado mi trabajo, mas con algunas dádivas de consideración, como era el vestido desechado (que para nosotras es como nuevo) o la sortija. Lo que eran las dádivas particulares, no entraban en partija con las viejas, que eran derechos míos; con ellas me vestí y puse lucidísima.

Ya el licenciado Sarabia había hallado nuestra posada, y continuaba el galanteo de Teodora. Ofrecióse verme con él un día en San Luis, adonde de ordinario íbamos a misa, y allí le dije que no se cansase en pretender enamorar a Teodora, que no sería admitido jamás en su gracia, porque la apremiaba su madre a que viviese recogida. El, viendo mi desengaño y que ya yo estaba en hábito para poder ser galanteada, y con más razón que Teodora, porque tenía mejor cara, me dijo:

—Señora Teresa, yo nací para servir en la casa de esas ancianas señoras; esto tengo propuesto, y supuesto que no ha lugar el servir a la señora Teodora, a v. m. le toca admitirme por suyo, asegurándola que con no menos afición la entrego mi libertad.

Sonreíme un poco y díjele:

—Señor Sarabia, brevemente muda v. m. de aires, no soy tan boquimuelle que crea eso de la libertad; piénselo bien, y cuando esté fijo en la determinación, avíseme.

Con esto me despedí dél, no poco contenta de que mudase de intento, proponiendo, si hallaba en él perseverancia en amarme, favorecerle en lo lícito, porque a otra cosa no me extendiera por cuantos tesoros tiene el orbe, que esto era como una devoción de monjas, y por darle motivo que me hiciera versos, que gustaba mucho de ellos.

Dilatóse mi buena habilidad a cubrir cabezas de hombres, que parecían calaveras con vida, comenzando la prueba de esto en la calva de un señor de título, hombre mozo que tenía este defecto. Era marido de una señora condesa, grande aficionada mía, la cual le persuadió a que se pusiese en mis manos. En tan buena hora se determinó, que yo le hice una cabellera tan ajustada y con tanta propiedad a su pelo, que los que no le habían visto calvo juzgaban ser cosa natural.

Pasó la palabra, y había más hombres en casa a que les encubriesen sus faltas que a los confesores. Vióse nuestra casa en pocos días de otro pelo; yo, estimada; Teodora, con aumentos para su dote y en vísperas de casarse, porque ya tenía edad para ello. No se determinaban a esto su madre y tía, por temerse que yo luego las había de dejar.

No se olvidó Sarabia de lo que le había dicho, y para darme la respuesta andaba rondándome la puerta; no halló entrada en algunos días; mas por tenerla a su gusto, trujo por discípula de labor a una hermanica suya de edad de diez años, para que estuviese entre las retiradas, que había división en las discípulas: las de gente ordinaria asistían en el portal de casa a la enseñanza de la tía de Teodora, y su madre era maestra de las hijas de gente principal, retirada en una sala más adentro, que caían sus ventanas a un pequeño jardín, y otra que estaba antes de ésta servía para el recibimiento de nuestras parroquianas de pelo, donde las dábamos despacho.

Aquí, pues, trujo Sarabia a su hermana, encomendando a la madre de Teodora su enseñanza, y por continuar en nuestra casa, él mismo la acompañaba por la tarde y mañana, y volvía a su posada. Con estos vino a hacer familiar en casa, y tan afecto a las dos ancianas, que hacían mucha estimación de él.

Regalónos a Teodora y a mí, aunque de poquito, y era yo muy celebrada en sus versos. También era músico, con razonable voz, con que vino a ser nuestro maestro de tonos, que antes le había tenido Teodora en un viejo que ganaba la vida a enseñar tonos a mujeres; mas con esto usaba el oficio de tercero, ganando más en este trato que con las letras. Este trujo ciertos recaudos a Teodora, que ella no admitió, antes dio traza como no volviese más a su casa. Adviértese de paso a los padres que tienen hijas que miren los maestros que les dan, y lo consideren primero, porque no metan algún "paladión" en su casa que sea causa de abrasar su fama.

Volviendo al hilo de nuestra historia, en breve tiempo salimos Teodora y yo diestras en cantar, de suerte que nos celebraban. Valióse de la traza de Sarabia un hidalgo de Madrid, galán en su opinión, si bien corvado en las de todos, porque no tenía menos que dos corcovas, sobre que salía la cabeza harto oprimida con los dos bultos. Este, pues, que también mi amartelado, con mayores demostraciones de obras que el licenciado. Llevaba otra hermana a la labor, y así también alcanzaba un bocado de conversación, siéndole de tósigo el verle allí Sarabia, por el estorbo que le hacía.

Era el corcovado hombre de humor, de graciosos dichos y muy entretenido, y no sabía Sarabia qué modo tener para desterrarle de nuestra casa. Sucedió, pues, que un día, hallándose este sujeto con otros amigos en casa de un capellán del rey, nuestro vecino, que tenía una mona, comenzaron a darle matraca de cuál de los dos tenía mejor cara, porque era el hombrecillo algo asimiado de rostro; pasó la fiesta, viendo encogida a la mona con el frío que hacía, con decirle que le remedaba en lo corcovado. El, esforzándose por no parecer que estaba corrido, comenzó a haberlas con la mona, preguntándola cuál era más corcovado, con que atajó la mofa que de él se hacía convirtiéndola en risa de oír el razonamiento que tenía con el sagaz animalejo.

Esto supo el licenciado Sarabia, lo cual fue asunto para tomar la pluma en la mano y escribir estas décimas, que yo le di al corcovado un día que nos visitó, que si bien me acuerdo eran éstas:

Décimas

Un semicoloquio entona
mi musa, alegre y jovial,
entre un simio racional
y una apersonada mona.
Válganme de esta Helicon
las doncellas zahareñas,
con opiniones de dueñas,
que pinto en dos campeones
un diluvio de razones
y una tempestad de señas.

Estábase un corcovado
(glosa de dos redondillas)
viendo a una mona en cuclillas,
quizá por falta de estrado.
Atento el hombre anudado
a su agobiado modelo;
dijo: "Ya con menos duelo
puedo confiar de mí,
pues hoy, mona, ha visto en ti
mi corcova su consuelo".

La cortina de los dientes
corrió la mona con risa
batiéndolos muy aprisa,
que fue decirle "Tú mientes,
gibado; si esto no sientes
muy poco en el duelo estás;
mas tú me responderás
que agravio aquí no recibe
el que tan cargado vive,
pues no puede estarlo más".

"Corcovado soy de bien
—la dijo— y menos que tú."
Mas la que nació en Tolú
se volvió a reír también:
"No me ofende tu desdén,
monilla ruin, y si intentas
agraviarme, cuanto inventas
barre de mi honor la escoba,
que de corcova a corcova
corren pullas, mas no afrentas".

La mona, sin más disfraces,
pecho y espaldas rascó,
con que al hombre le llamó,
corcovado de a dos haces.
Haga con la mona paces,
nuestro camello galán,
y si en lo vivo le dan
busque consuelos a pares,
el que de dobles pesares,
es eterno ganapán.

Leyó estas décimas para sí el gibado galán, mudándosele con cada verso de varios colores el semblante, en que mostró estar corrido; dobló el papel y dijo:

—Mucho me holgara de saber quién es el poeta de estos versos para hacerle otros en pago del cuidado que tiene conmigo.

—No lo sabemos —dije yo—; que aquí nos dieron ese papel con sobreescrito para mí y recomendación que a v. m. se diese.

—Ya v. m. cumplió con su legacía —dijo él—; mas no me prometiera que había de recibir pesares de quien me debe amor. Si ha sido desengañarme por este camino de que v. m. no gusta que entre aquí, sin sátira fuera obedecida; pero ya con ella lo habrá de ser, despejando la casa para acudir a otra donde, aunque encorvado, me hacen más merced.

Levantóse con esto de la silla, y sin aguardar a mis satisfacciones se fue hecho más mona que la del capellán vecino. Quedamos Teodora y yo muertas de risa de ver su corrimiento, y ayudó a solemnizarla el licenciado Sarabia, que acudió luego a ver qué efecto habían hecho las décimas. Hicímosle relación de todo, con que dio por bien empleado el tiempo que se ocupó en escribirlas, pues habían despedido de aquella casa aquella sabandija. Con esto continuó en servirme; pero duróle poco el vivir con esperanzas de alcanzar favores de mí, como se verá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO SEXTO

*En que hace Teresa relación de cómo se casó, con quién y las costumbres del novio,
hasta su muerte*

Entre padres e hijos es cierto que aun suele faltar la paz, y así no se maravillará, señor lector, que faltase entre mí y las dos viejas, que, cudiciosas de adquirir moneda a costa de mi sudor y habilidad, y con poca ayuda de Teodora, me reprendían y reñían si tal vez me salía a divertir con alguna amiga o a ver una compañera nueva, diciéndome que mejor me estaría, así al provecho como a la reputación, el no salir de casa.

Ya yo era de diez y seis años, edad en que la que no es entonces mujer de juicio, no le tendrá en la de cincuenta, y corríme de que me quisiesen apremiar a estar siempre trabajando en mi labor, llevándose de ella tanto provecho como yo, y siendo la mayor parte del trabajo mío, y así, mostrándoles dientes, dije que yo no las servía como hasta allí, que no era mucho desorden salir a divertirme, tal vez de la continua asistencia de la labor; que si les parecía esto exceso, procuraría no darlas enfado buscando vivienda donde pudiese usar de mi libertad sin estar sujeta a sus reprensiones.

Sintieron mi sacudimiento, y temiendo perderme, y conmigo su ganancia, no hallaban satisfacciones que dar a lo dicho, procurando desenojarme, dando por disculpa que ellas lo hacían con celo de madres, y por ver que el salir me estaba mal a mi reputación si quería hallar buen empleo. Yo las dije que bien sabía de quién me acompañaba, y que estuviesen ciertas que las que tenían por amigas no serían causa de que yo perdiese un átomo de mi opinión. Con esto se dejó la plática, quedando yo no poco estomagada de su impertinente celo, fundado en su codicia.

Tenía un hidalgo honrado y rico dos niñas (que la mayor sería de diez años) a que aprendiesen labor en casa de las ancianas, y él acudía a casa muchas veces a visitarlas, el cual, aficionándose a mí, quiso saber quién eran mis padres, y hallándose un día a solas conmigo me lo preguntó; yo ya sabía algo de su intento por una vecina suya con quien él había comunicado el haberle yo parecido bien, y por si tiraba a lo bueno, le dije:

—Señor Lupercio de Saldaña (que así era su nombre), yo no tengo de negar a vuesa merced quién sea mi padre; era un caballero de Burgos que se llamaba don Lope de Manzanedo, y mi madre, Catalina de Morrazos. Húbola doncella, y nací deste desmán; casóla con un francés, y siempre pasé plaza de hija deste, porque mi padre murió luego, teniendo intento de llevarme a su patria, que era viudo, y allá meterme monja en un convento. Esto (como digo) atajó la muerte, aunque dejó mandado a don Jerónimo, su hijo y mi hermano, que lo pusiese en ejecución; mas él, menos generoso que su buen padre, por ahorrarse mi dote y aplicársele, no ha hecho caso de mí. Con esto le digo que soy hija natural de este caballero, y muy su servidora de vuesa merced.

Holgóse el hidalgo de saber mi descendencia y que fuese tan calificada, con lo cual trató de admitirme por su esposa, que era viudo. De esto fue la medianera una su vecina, que me persuadió a ello. Reparaba yo mucho en la edad, porque tenía más de setenta años, aunque se mandaba bien y estaba ágil; mas la amiga me dijo cuán rico estaba, cuán apacible era y lo que me regalaría; que cuando reparase en la edad no me había de dar cuidado eso, que de tal suerte le podía aficionar queme mandase un pedazo de su hacienda con que después mejorase de empleo en hombre de mi edad.

Yo estaba con tanto deseo de salir de la sujeción de las viejas, que me determiné a casar aunque fuese con tantos años, y así el casamiento se trató secretamente, sin que ellas supiesen nada de él, hasta que la misma noche que el novio me llevó a casa de una hermana suya, viuda, adonde nos desposamos, no lo supieron.

Quedaron muertas cuando vieron mi resolución, y quejéronse de mi recato, pues no habían de ser estorbo de lo que fuera mi gusto, en particular, tan aventajado casamiento.

Quien mostró notable sentimiento de perder mi compañía fue Teodora, que me tenía mucho amor. Compúseme de tocado, porque de vestidos, en casa de la hermana del novio, me tenían prevenido uno muy costoso para salir a desposarme. Con todo, llevé yo el mejor que tenía, que no era inferior al que después me puse, por haber sido dádiva de una mujer de un Grande de España en albricias de haberle acertado a hacer dos moños.

Llevé a las viejas y a Teodora conmigo en el coche, y llegando a la casa donde había de ser el desposorio fui recibida en ella de la hermana de Lupercio con mucha afabilidad. Tenía casi tantos años como él; holgóse mucho con ver mi persona, y llamó de buena dicha a su hermano, el cual vino con sus amigos y deudos, y luego nos dimos las manos. A la mañana habíamos de recibir las últimas bendiciones de la iglesia, por lo cual el novio, después de cenar conmigo, me dejó en compañía de su hermana y se volvió a su casa, aguardando a esotra noche todas sus finezas.

Vino el día, con otro vestido diferente del pasado me fui a velar, y de la iglesia a la casa de mi velado, que hallé excelentísimamente adornada, así de colgaduras como de estrado, camas y plata, que era el hombre rico por haber sido antes marido de dos mujeres que le trujeron grandes dotes, y de la última eran aquellas dos niñas, las cuales me agasajaron con muestras de tanta alegría como si fuera su verdadera madre. No menos la mostré con ellas, por considerar que así granjeaba más la voluntad del viejo.

Aquel día estuvieron las viejas en la boda, y su hija, y hubo gran fiesta. Harto sintieron verme puesta en estado, por lo que perdían; yo las dije que se asentarían las cosas, y que de secreto tendría yo mi granjería en la labor de los moños, la cual les enviaría allá, y con esto daría opinión a Teodora. Consoláronse con la traza, y siendo hora de irse a sus casas, ellas y los demás huéspedes se fueron a recoger y nosotros hicimos lo mismo.

No había estado en Madrid el licenciado Sarabia en el tiempo que se trató el casamiento, y cuando vino fue el día del desposorio. Mucho sintió verme en estado, aunque no vivía sin esperanza de que, casada con hombre tan viejo, me acordaría de él. Viviera engañada si el casamiento me saliera como yo pensaba.

El siguiente día, que era de estafeta, entre las cartas que le trujeron a mi esposo recibió una del licenciado Sarabia, cuya letra conocí, que él tuvo inteligencia con el cartero y modo cómo se la diese. Enviábale en ella un satírico romance, que, por comunicarle conmigo y hacer chacota del mi viejo, le tomé de memoria, y decía así, advirtiendo primero que mi esposo, por mentir los muchos años que tenía, se escabechaba las canas de la cabeza y barba, grande defecto en los de su edad siendo tan conocida de todos, con la cual acción manifiestan menguas en el juicio como si aquello les hubiese de alargar la vida. Va de romance:

Vejezuelo, vejezuelo,
el que las canas te tiñes,
que casaste de cien años
con una niña de quince.

De los cientos de tu edad
ya tus ojuelos nos dicen,
mostrando tantos capotes,
ser juego de pocos piques.

Conocidas son en ella
las pérdidas sin desquite,
pues gustó jugar un juego
donde los treses no sirven.

Y aunque a la primera juegues
la ganancia no cudicies,
porque quien no tiene resto
no puede querer envite.

Un viejo en leyes de amor
ignora glosas civiles,
pues aunque sus textos sabe,
jamás en Derecho escribe.

Del ingenio en que distilan
viene a ser el viejo un símil,
que en faltando el fuego están
de balde los alambiques.

Falta el vigor a la edad,
y con sombras del eclipse
queda cual reloj de sol,
en hora menguada el índice.

Si en la esgrima del amor
con tu esposa no compites,
solo armarse de paciencia
es remedio en quien no esgrime.

Tu blandura y tus halagos
más a tu esposa la afligen,
que eres cual gozque en su casa,
que festeja y no resiste.

Proteste agravios de amor,
y no a sufrirlos se obligue,
que pensión sin gozar renta
es muy necio quien la admite.

Sus amigas, lastimadas,
los pésames la aperciben
del sufrimiento de mártir
por la entereza de virgen.

Llevó, como he dicho, mi viejo en chacota el gracejo del romance, pareciéndole que a las bodas siempre la ociosa juventud de la corte hacía aquellas sátiras. Esto decía muy satisfecho, como si hubiera hecho obras que desmintieran al bien escrito romance, que yo leí una y muchas veces, pareciéndome cada día más donairoso, y no lo quisiera tan verdadero.

Veme aquí el señor lector mujer de casa y familia, y con un retumbante don añadido a la Teresa y un apellido de Manzanedo al Manzanares. No fui yo la primera que delinquiró en esto, que muchas lo han hecho, y es virtud antes que delito, pues cada uno está obligado a aspirar a valer más. Mi esposo pasaba por la transformación, que era con quien había de cumplir; un don más en la corte no lo pone en costa quien a tantos (puesto de improviso) ampara cada día.

Doña Teresa de Manzanedo pasó los dos meses primeros de la boda gustosamente (hablo de lo que se puede platicar, que de lo oculto no trato). Era regalada, servida, festejada, y estaba el viejo muy enamorado de mí; salíamos algunas veces los dos en coche, que algunos amigos de mi esposo le prestaban, y como yo fuese conocida de muchos a quien cubrí sus cabezas sin ser ellos grandes ni yo rey, unos me hacían la cortesía y otros me llegaban a hablar, dándome la norabuena de mi empleo, y yo les hablaba con afabilidad, que toda mi vida la tuve con todos.

Con esto continuado, vinieron a engendrar en mi viejo unos recelos que después se hicieron celos necios, pues yo no le daba causa para tenerlos de mí. Confirmáronse más con verme dos veces hablar desde el balcón de mi cuarto con dos caballeros destos enmendados con mi artificio. Reprendiómelo, y de allí adelante puso candados a las ventanas y vidrieras, con que no era señora de salir a ver la calle. Acortóme las salidas a visitar a mis amigas, y estorbó que ellas no viniesen a verme, con que comencé a comer la corteza del pan de la boda, que era muy dura; deshacíame en llanto, teníamos cada día mil disgustos y hallábale cada hora más insufrible. A tanto llegó su extremo, que me prohibió las galas y las guardó debajo de llave, sin dejarme vestir más que un hábito de San Francisco. Con esto estaba desesperada, y mis ojos nunca se enjugaban. Si había de ir a misa, él me acompañaba, y había de ir por la calle cubierto el rostro; en la iglesia no se apartaba de mi lado mientras duraba la misa, y acabada, aún no me daba lugar a encomendarme a Dios, que al instante nos habíamos de volver a casa.

Con esta vida me vine a consumir de suerte que no era mi cara la que antes. Sola una visita no me vedó, que fue la de mis viejas y su hija Teodora, y esto era porque tenía sus hijas a la labor en su casa. Con ellas descansaba el rato que nos dejaba a solas, que eran raras veces, porque aun en las visitas quería estar presente. Mil veces estuve dispuesta a pedir divorcio en la mala vida que me daba; mas esta negra honra me lo estorbó. ¡Qué mal hacen los padres que tienen hijas mozas y de buenas caras en darles maridos desiguales en la edad como éste, pues raras veces se ven con gusto, que la igualdad de edad es el que le fomenta y adonde reina siempre la paz y el amor! De lo contrario, hemos visto muchas desdichas y flaquezas que no se cometieran si los empleos se

diesen al gusto de quien los ha de hacer, sino que este negro interés tan válido en el mundo es causa de estos desaciertos. Valga éste por aviso a los padres que tienen hijas para remediar.

Supo el licenciado Sarabia mi desconsuelo y triste vida, y escribióme un papel muy tierno condoliéndose de mi trabajo y ofreciendo su persona si era menester para su remedio. Este me trujo una criada de mis viejas a quien no se le negaba la entrada en casa, ni se examinaba a lo que venía como otras. Respondíle a él agradeciéndole su sentimiento y descansando con él en referirle mis desdichas. Continuóse esta correspondencia de suerte que cada día tenía papeles suyos y él míos, porque al venir la criada con las niñas podía dármelos y llevar respuestas dellos. Tan desesperada me vi con el celoso humor de mi mal viejo y con el desabrimiento que conmigo tenía, que me resolví en favorecer al licenciado Sarabia y a procurar lugar para que entrara en casa. Sea este recuerdo para los viejos celosos y para los mozos también; que oprimir a sus esposas y encerrarlas sólo sirve de que busquen modo para su deshonor; teparle el curso a la fuente es hacerla correr después con más violencia. Yo estaba contenta ya con mi estado; pasábalo gustosamente, porque el regalo y las galas suplían la desigualdad de edad, o los defectos de la ancianidad, por decir mejor. Volvióse marzo; vime opresa, sujeta y afligida con celosas impertinencias, y resolvíme en que lo que mi esposo temía sin causa lo experimentase con ella.

Continuada la correspondencia con el licenciado, yo le di la traza para poder verme, que me costó no pocos desvelos; previniéndole primero que me hiciese una llave maestra para lo que se ofreciese. No se descuidó, como interesado en la fiesta, y enviándome la llave le di aviso de cuándo pudiese venir con la traza dada. Recogíase mi esposo temprano a casa las raras veces que salía, y éstas era dejándome en mi cuarto cerrada y llevándose la llave. Pues el día del concierto, ya de noche, que aún no habían cerrado las puertas de casa, se entró por ellas el licenciado dando voces, que le favoreciesen, que le querían matar. Venían en su seguimiento cuatro amigos suyos bien puestos de armas con las espadas en blanco. Estaba el viejo en unos aposentos bajos, donde él asistía a aquella hora a rezar sus devociones. Pues como viese aquel hombre en su casa, huyendo de los otros, salió a favorecerle con la espada en blanco, dando voces a los que le seguían que le dejaran. Ellos (que ya estaban industriados en lo que habían de hacer) se salieron a la calle; el viejo cerró la puerta y llevó a Sarabia a su aposento, el cual, fingiendo turbación, no acertaba a darle las gracias del socorro. Preguntóle cómo había sido acometido y por qué ocasión, a lo que respondió que la ocasión no la sabía, sino que viniendo descuidado por la calle, a una esquina le habían salido de través aquellos cuatro hombres y dicho: "Este es; ¡muera!", y al instante le comenzaron a acuchillar, por lo cual le fue forzoso acostarse al refugio de su casa, que le había librado de aquel peligro; que él era un hombre pacífico, y sin tratar de otra cosa que de sus estudios, por lo cual tenía por cierto que le habían tenido por otro de su hábito. Esto dijo, siempre sobresaltado, que lo supo fingir muy bien, el socarrón de Sarabia. Díjole el viejo que no tuviese pena, que en su casa estaba, donde se holgaba que hubiese hallado amparo.

Llegaron a este tiempo dos criados de casa que habían salido a unos recaudos, por cuya causa se habían dejado las puertas abiertas. Llamaron a la puerta, con que fingió Sarabia alborotarse; salió el anciano a una ventana de reja a saber quién llamaba, y conociendo a sus criados, él mismo los bajó a abrir, a quien contó lo que había sucedido. Subieron adonde estaba Sarabia, y preguntóles muy temeroso si habían encontrado a alguien en la

calle al entrar en casa. Ellos dijeron haber visto debajo de las rejas de una que estaba enfrente dos hombres parados y que habían hecho ruido con broqueles.

—Cierta es mi desdicha —dijo Sarabia—: ellos me aguardan para quitarme la vida. ¡Oh, pobre de mí, que me hallase sin armas cuando me acometieron, que todavía sé manejarlas razonablemente! No sé qué me haga, que no querría dar a v. m. ningún enfado esta noche, donde tanta merced se me ha hecho —dijo volviéndose al viejo.

El le dijo que se sosegase; que allí cenaría, y que después reconocerían la calle, y si no viesen en ella a nadie se iría con sus criados a su posada. Agradeció Sarabia el favor y merced que le ofrecía, y así se pasearon hasta las nueve de la noche, haciendo el viejo que los bajasen a aquel cuarto de cenar.

Después de haber cenado mandó el viejo a sus criados que mirasen si había alguien por la calle, saliendo a ella a reconocerla. Mostraron rehusarlo, con lo cual, indignado el viejo y llamándolos gallinas, les quiso acompañar; el estudiante se lo estorbaba, con que él, picado de la valentía (que la había tenido cuando joven), porfió en que con su espada había de salir con ellos a asegurar la campaña. Hízolo así, dejando cerrado al licenciado en aquel cuarto, diciendo que lo hacía por más seguridad suya. Pues como se viese el vejete y sus criados en la calle, descubrieron un hombre embozado en la pared de enfrente, a quien llegaron a reconocer con mucho ánimo. El, que los vio venir, comenzó a irse la calle abajo con pasos acelerados, y el viejo y sus criados a seguirle hasta que le dejaron en otra calle. Cuando volvieron a casa, muy ufanos de haber hecho aquella heroica facción, ya estaban los otros tres amigos del Sarabia a la puerta del viejo arrimados, con las espadas desnudas y las rodela embrazadas, los cuales no solo les impidieron la entrada, mas con muy valientes cuchilladas los fueron retirando por aquella y por otra calle, alejándoles cuanto pudieron.

Viose el viejo afligidísimo y daba al diablo al estudiante y aun a quien le había encaminado a su casa. No supo qué hacerse, porque temía el volver a encontrarse con aquella arriscada gente; entretúvose con los criados un par de horas en un cementerio de una iglesia, y oyendo dar las doce y que las campanas de los conventos tocaban a maitines, le pareció que ya se habrían ido a acostar, presumiendo que le habrían tenido por el estudiante y que por esto le acometieron. Volviendo, pues, a casa, hallaron la misma gente a la puerta de ella, y con el ruido de las rodela mostraban percibirse para darles otra ruciada de cuchilladas; no aguardaron a verse en la refriega los criados, que, dejando al viejo solo, se valieron de sus pies y no parecieron en aquella ni en otras cuatro calles ni hasta ahora han parecido. El, que se vio desamparado de su gente, tomó por mejor arbitrio irse en casa de un amigo, que estaba lejos de allí, a dormir aquella noche, echando mil maldiciones al estudiante que era causa de la inquietud en que se veía, yendo consolado de llevarse las dos llaves consigo, con que nos dejaba encerrados a mí y a Sarabia en separadas estancias.

Dejémosle en casa del amigo, que le recogió y consoló en su aflicción sin prometerle ayuda, porque tenía más años que él, y volvamos a casa. Luego que el viejo salió della y ocuparon la puerta aquellos amigos de Sarabia, yo, con la llave maestra, abrí mi cuarto, dejando dormida mi gente, y entré donde estaba, sin haberle valido al viejo todo su recato: que sirven poco desvelos y prevenciones contra la resuelta determinación de una mujer.

Vime con Sarabia; lloré mi trabajo, y él, consolándome en mi aflicción, procuró no perder la ocasión con la que nos dio el haber echado de la calle al viejo y tener tales guardas a la puerta, que nos aseguraban que no le dejarían entrar. No pensé hacer tal flaqueza; mas los celos sin ocasión pedidos y los recatos sin causa ejecutados, juntamente con la opresión en que me vi, me hizo determinarme a lo que sin nada de esto no hiciera. Sirva esto de advertencia a los que, imprudentes, tratan así a sus mujeres; que lo excusen, porque el afecto de la venganza es vivo siempre en ellas, y así la ponen en la ejecución contra quien las oprime sin causa. Allí se pasó la noche; mas viendo que la aurora comenzaba a desterrar sus sombras, los guardas avisaron que se iban, y yo, despidiéndome de mi Sarabia (aunque contra su gusto y el mío), me volví a mi cuarto, cerrando las dos puertas, sin haberme sentido ni las niñas ni los criados bajar ni subir. La puerta de casa se quedó apretada como el viejo la dejó, el cual, luego que vio la luz del día, vino de casa del amigo huésped a la suya, abrió el cuarto bajo, y con un airado semblante dijo a Sarabia:

—Váyase con Dios, señor licenciado, que no quisiera haberle conocido, pues tan caro me ha costado su visita.

—A mí me pesa —dijo él— que por favorecerme hayáis recibido tal trabajo; desde esta reja he visto la superchería de aquellos hombres viles, deshaciéndome de estar cerrado aquí y no poder salir a perder la vida a vuestro lado. No exagero el cuidado con que he pasado esta prolija noche, que en toda ella no se han cerrado mis ojos (decía verdad en esto, pero no era de pena). Perdonadme el enojo que habéis recibido por mí, que siempre estaré reconocido a servir a v. m.

—No quiero ese reconocimiento —dijo el viejo—, sino que v. m. haga cuenta que no me ha visto en su vida.

Dicho esto, cerró el aposento y subióse a mi cuarto, de donde le salí a recibir desatinada y descompuesta, como que esto procedía de haber pasado mala noche por su mal suceso; echéle los brazos al cuello, diciendo:

—Señor mío, ¿es posible que por un hombre no conocido os hayáis metido en tanto empeño que os hubiese de costar la vida?

—¿Cómo lo sabéis vos? —dijo él.

—Desde la puerta de esa escalera vi el origen de la salida vuestra, y detrás de esas ventanas he estado oyendo lo que pasó en la calle, y de ahí no me he quitado en toda esta noche, afligida con mil congojas y bañada en lágrimas. Decidme, mi señor, dos hirieron? ¿Y qué se han hecho vuestros criados?

—No me los nombréis, señora, por Dios —dijo él—, que si aquí hallara esos pícaros los hiciera tajadas. Yo vengo indispuesto de la mala noche que he tenido; venid a desnudarme y llámenme al médico.

—Esto sería peor —dije yo—. ¡Ay, desdichada mujer! Esto me faltaba.

Después de mis penas comencé a afligirme, y sabe el cielo que no me pesaba de que viniese tal: tan cansada me tenía su compañía. Finalmente, el viejo se echo de burlas en

la cama, y dentro de veinte días de la mala noche le dio tal enfermedad, que acabó con su vida. Hizo su testamento, y por ser su hacienda de las mujeres que había tenido, no pudo mandarme más que mil ducados y todos mis vestidos y joyas. Pidióme muchas veces perdón de los disgustos que me había dado, y decía que quisiera tener más vida, no tanto por vivir, cuanto por enmendar los yerros que en orden a pedirme celos había hecho.

Confieso que el amor de marido tiene grandes raíces aun con los que obligan tan poco como éste, y que sentí entrañablemente su muerte, muy pesarosa de haber sido su origen por vengarme de sus terribilidades. Lloréle mucho e hice que le sepultasen con mucha pompa; puse tocas largas, monjil grosero y manto de anascote. Fui visitada de amigas y aun regalada, que las que lo son de veras en la corte saben en tales ocasiones asistir con cuidado. Quiso verme Sarabia una noche; mas yo le envié a decir que no se acordara más de mí ni de aquella casa si no quería que le estuviese mal, con que me dejó.

CAPÍTULO SÉPTIMO

Donde, prosiguiendo con su historia, dice haber entrado a servir a una señora de dueña; da cuenta de la vida que en su casa tenía y otras cosas hasta salir de allí

Hacíanme las tocas, manto y monjil una honorífica y venerable viuda, y aunque en este hábito, no me descuidaba de la cara, por conservar la tez y curarla de lo que el llanto la había maltratado. Bastó el recaudo que envié a Sarabia para no frecuentar más mi calle, dejando mi mútelo, del cual no quisiera acordarme; ya se hizo aquella ligereza; una no es ninguna, y así quedé con propósito de ser espejo de mujeres.

Supo una señora de título, de las que cubrían sus canas con mi industria, mi desgracia, y pareciéndola que para su servicio era yo cosa muy a propósito, pasó en su coche por mi calle, y mandó saber si estaba sola. Dijéronla que sí, y subió a mi cuarto, queriendo que el exceso de visitarme le conociese por obligación; abrazóme con mucho amor, significándome que aquel día había sabido mi desgracia, la cual había sentido mucho, y que luego determinó salir a verme y a llevarme a su casa, donde quería tenerme en su compañía y hacerme mucha merced, como lo vería. Tantas cosas me dijo y tanto me persuadió con caricias, que no pude resistirme ni dejar de hacer su gusto, y así para otro día la prometí ir a servirla; diome de nuevo abrazos, y fuese muy contenta. Yo puse mis cosas en razón; entregué mis vestidos para que se vendiesen; recogí mi dinero, y con dos cofres de ropa blanca y cosas necesarias y un escritorio de Alemania, previne aquel día la partida.

No se descuidó la señora (era condesa) en enviarme su coche aquella tarde, en el cual fui acompañada de una de las dos viejas, que aprobó la elección que hacía, diciéndome que yo vería las mercedes con que me favorecía la condesa. Hallámosla muy gustosa; abrazó a las, dos, y dijo la vieja:

—He traído a mi casa a doña Teresa por lo mucho que la quiero, para tenerla en ella como a hija, no como a criada.

Extrañó el lenguaje a dos dueñas que la acompañaban, arqueando las cejas y mirándose la una a la otra; conocí de sus semblantes no se haber holgado con la razón de su ama, y

desde luego me di por envidiada. Entré luego donde estaban dos hijas que tenía, a quien llegué a besar las manos. Recibiéronme muy afables y con cortesía; hallé con ellas asentadas a la labor cosa de seis criadas, todas de buenas caras, que me recibieron con gusto. Yo les dije cuán ufana venía a aquella casa, por saber las personas principales que en ella servían, y que así me ofrecía a su servicio, y correspondieron a mi oferta con otras muy corteses. Finalmente, yo quedé en palacio; señaláronme aposento donde tuviese mi cama y cofres, que fue en compañía de una dama.

Aquella noche fui muy regalada en la cena de la mesa de mi ama, dándome un plato della sin haber tocado a él, el cual repartí entre las compañeras para comenzar a obligarlas por estar bien en su gracia, que es lo más importante para conservarse en palacio.

Era custodia y guarda de aquella reclusa doncellería y continente congregación una dueña, que lo debía de haber sido de la condesa doña Sancha, mujer del conde Fernán González: tantos años debía de tener. Por no mentir, ella había criado a la madre de mi ama, a ella y actualmente era aya de sus hijas. Esta era la que, gobernaba aquella virgen manada, su predicadora, y con quien ellas estaban muy mal, porque la mucha edad la tenía en asomos de caduca y declarada por impertinentes. Como tan antigua en la casa, observaban las criadas sus estatutos inviolablemente; en orden al ahorro de sus raciones era grandísima ayunadora por esforzar esto, y seguían todas sus estilo, excediendo de las obligaciones del precepto, y dilatándose por el calendario adelante: a San Dionisio, ayunaban por el dolor de la cabeza; a Santa Lucía, por la vista; a Santa Polonia, por las muelas; a San Blas, por la garganta; a San Gregorio, por el dolor de estómago; a San Erasmo, por el de vientre; a San Adrián, por las piernas; a San Antonio Abad, por el fuego; a San Vicente, mártir, por las fiebres; a San Antonio de Padua, por las cosas perdidas; a San Nicolás, obispo, por remediador de doncellas, y, finalmente, a San Crispín, por la duración de su calzado. Sacaban del ayuno tres provechos, que eran: adelantarse en la virtud para mayores grados de gloria, preservación de apoplejías y aumento de su dinero, que sabían guardar con siete ñudos y treinta llaves, en particular la vieja (cuyo nombre era doña Berenguela). Esta fue la primera mujer a quien vi aderezar la rotura de una zapatilla con un remiendo de cadeneta, gastando más en hilo y tiempo que pudiera con un zapatero.

Era el conde grande amigo de soldados, por haberlo sido en su mocedad y tener por ello cargo de Su Majestad, que actualmente ejercía, y así gustaba de comer siempre con cuatro o seis capitanes, por tratar en la mesa de cosas de la guerra, a que era tan inclinado. La condesa y sus hijas comían aparte, a quien servíamos las criadas. Aquí andaba solícita nuestra doña Berenguela en quitar platos, anticipándose (aun con su vejez) a las mozas; no era celo de servir, sino razón de estado para no tocar en la ración, pues cuanto sacaba de comida, no teniendo seguridad de sus arcas, lo depositaba todo en las dos mangas de su monjil, que debía traer forradas en vaqueta, pues tan fielmente guardaban una líquida lebrada sin verterse, como una pierna de capón asado. Mas era tan mirada y advertida, que la una manga era diputada para las cosas de pescado, y la otra para las de carne; que era tan buena cristiana, que no quería mezclar uno y otro, por no pecar el día del ayuno con mezclas de carne y pescado.

A título de alacena habían tomado en las mangas posesión los ratones, y no es encarecimiento, que esto se verificó estando un día rezando el Oficio Divino de Nuestra Señora (ejercicio que usaba siempre), en el cual, ocupada con mucha devoción, la vimos

acompañada de dos gatos, que la cercaban cada uno de su lado muy atentos a las mangas; todas pensábamos que la querían dar asalto a lo que encerraba en ellas, y tuvimos curiosidad a esperar a ver en qué pararía tal atención y particular asistencia. Aferraron cada uno con su manga, hallándose conturbada de los dos gatos la vieja, de lo cual casi se desmayara con el susto que la dieron; bien se pensó que la acometían por los relieves de la mesa, mas presto vio el desengaño, hallando a cada gato con su ratón en la boca, con que se le quitó el temerario juicio que había hecho de que se acusara a su confesor: tan escrupulosa era. Anduvo el suceso dilatado por la casa, de suerte que llegó a los oídos de nuestros dueños, que lo rieron y celebraron grandemente. Bien pudiera correrse y afrentarse la tal doña Berenguela y servirle de enmienda de su golosa costumbre; mas iba enderezada al ahorro sobre que no se ahorrara con su mismo padre, pues con esto estaba intacta su ración, si no su monjil de no traer muchas mangas, que ella por lo corto de vista no veía.

Portéme siempre caballerosamente en casa, porque como tenía dinero, trataba de regalarme, sin tener mi confianza puesta en la ración, no obstante que era siempre regalada y favorecida de la condesa y de sus hijas, dándome un plato todos los días, con el cual, y lo de la ración, podía convidar cada día una dama a comer conmigo, variando con unas y con otras, con que las tenía a todas muy a mi devoción, si no eran a la doña Berenguela y a otra dueña, las cuales nunca me quisieron dar la investidura de doña Teresa, sino solo me llamaban la privada o la moñera, como trataba de componer el pelo de la condesa y sus hijas.

A mí se me daba muy poco de que me mordiesen y murmurasen por los rincones, como estaba segura en la privanza de las señoras, de las cuales tenía casi cada día dádivas, sin acordarse de las demás criadas, que también lo sentían; pero hallo en todos casi esta misma condición, que no son como la disciplina que salpica a todas partes, sino como la puñalada que todo va a una.

Dos años me conservé en palacio, restándome en el ínterin mi dinero de la manda de mi esposo que le tenía dado a los Fúcares. No hay privanza segura, particularmente cuando hay émulos; yo caí de ella y perdí la casa de la condesa desta suerte. Entre las criadas que había estaba una hija de un maestresala de casa, viudo y hombre de edad. Estudió en ser bien mirada de un paje que poco hacía que había subido de serlo a gentilhomme. Tenía el maestresala hacienda; siendo en esto fénix de los maestresalas, porque parece que con tal cargo se le pega la desdicha de los poetas y astrólogos, que no es llegarles moneda a treinta pasos. Pues como el galán viese que siendo hija única con hacienda y de buena cara le estaría bien para esposa, dio en servirla con cuidado; escribiéronse algunos papeles, en que se concertaron cómo se había de hacer la boda. Esta dama era la que tenía en mi aposento su cama, y una de mis mayores amigas; mas puedo jurar con verdad que era tal su recato, que nunca me dijo su afición, quizá por temerse que, como era privada, no se lo dijese a mi ama. Sucedió estar enfermas doña Berenguela y la otra dueña, por lo cual en un día de jubileo me encomendaron a mí la guarda de aquellas damas, que salían en coches a ganarle. Fuimos al Monasterio de San Francisco, donde se hacían las diligencias y adonde tenían concertado los amantes de verse; con la mucha gente pude perder a la enamorada dama, y ella, viéndose con su galán, se salió con él de la iglesia y se entraron en un coche, que los llevó a casa del vicario, en cuya presencia se desposaron, llevándola de allí el galán a casa de una tía suya.

Después de haber todas rezado, echando de menos a la ya desposada señora, fue buscada de mí con grande cuidado, dándome grande pesadumbre que no pareciese; el portero que nos acompañaba no dejó capilla en toda la iglesia que no buscara dos veces; mas su cansancio era en balde; en esto nos detuvimos largas horas. Visto, pues, que no parecía, con harto temor de lo que podía oír de mi ama, un día que me encomendaba la guarda de su familia, nos volvimos a casa, yendo yo bañada en lágrimas. Ya en ella se sabía el casamiento de la dama, porque por excusar que no la buscasen desasosegados, escribió un papel a su padre, dándole cuenta de su determinación, y él le puso en manos de la condesa, a la cual hallé hecha un león contra mí. Sufrí cuanto quiso decirme, y en cuanto a la culpa que me imponía, satisfice con que las demás criadas dijese si había estado en nuestra mano remediarlo.

Retiréme con esto a mi aposento, adonde me comencé a afligir de suerte, que no había consuelo para mí. Faltábame lo peor, que era la venida del conde, el cual luego que llegó a casa y supo de su maestra lo que pasaba, habiendo él culpado mi poco cuidado, y aun mostrado sospechas de que con mi consentimiento había sido, mandó que se me hiciese la cuenta de lo que se me debía y me despidiesen, sin bastar ruegos de la condesa para desdecir su determinación; antes, por verla tan de mi parte, aceleró al contador para que hiciese aquello con brevedad. No se descuidó, de suerte que a la noche ya se me había dado cuanto se me debía, y con ello, el aviso de que estaba despedida de casa.

No dejé de sentir verme echar della con tanta violencia no teniendo culpa; llevélo en paciencia y di con mi ida grandes alegrías a las dos dueñas y aun a las criadas, que por más que me lisonjeaban no estaba aquella amistad muy firme estando de por medio mi privanza. Decía la doña Berenguela desde la cama donde estaba enferma:

—Vaya la moñera con Dios a hacer moños y déjenos aquí, que con pagárselos en su casa podía mi señora excusar el traerla a la suya, a hacerla igual con tantas principales criadas como tiene.

Algo de esto oí aquella noche; mas como me había de ir esotro día por la mañana, quíselo llevar con cordura y no me dar por entendida. Pasé mala noche; vino el día, y ya me tenían prevenido coche para irme; quise despedirme de la condesa; mas fue dicho que su señoría sentía tanto mi partida, por ser contra su voluntad, que no tenía corazón para que entrase a despedirme della. Envióme una pieza de plata y a decir que la avisase dónde tomaba casa. Con esto me bajé a poner en el coche, despedida de las criadas y aun de las dueñas, diciendo a la Berenguela al salir:

—Ya vuestra merced, señora, ha visto en casa el día que esperaba tan a medida de sus deseos; procure la privanza de mi señora y de aumentárselo para los ratones.

Con esto la volví las espaldas. Fuime de allí a casa de mis viejas, las cuales se alegraron mucho con mi vista, y más con saber venía a vivir con ellas, por parecerles que con mi compañía tenían la flota del Pirú en las ganancias de los moños y cabelleras.

CAPÍTULO OCTAVO

De la salida de Madrid a Córdoba; el robo que la hicieron unos bandoleros en Sierra Morena, y cómo se libró de sus manos, con otras cosas

En casa de las dos viejas volví a usar mi ejercicio de los moños y a tornar a acreditarme en la Corte, no perdiendo por esto el doña Teresa de Manzanedo, que con este nombre me honraban todos, procurando tenerme contenta para suplir sus faltas con mi industria. Entre las damas que acudían a mi posada a que las hiciese moños iban dos damas, naturales de Córdoba, y recién venidas a Madrid, las cuales alababan tanto mi habilidad y cuán estimada fuera en su patria por no haber llegado a ella aquella invención. Con esto me hicieron determinar a dejar la Corte, asegurándome grande ganancia allí. Di cuenta de esto a las viejas, y procuraron disuadirme de mi propósito; mas yo estaba tan resuelta en él, que no aprovechó su persuasión para quedarme. Dispuse de mis ajuares, encargándolos al ordinario de Sevilla para que me los llevase a Córdoba; el dinero que tenía en los Fúcares lo acomodé en letras para Córdoba, y tomando cien escudos para el camino, acompañada de un criado (que había sido de mi esposo, de aquellos que le desampararon la noche de la burla), salimos en dos mulos de Madrid, un sábado por la tarde, en la compañía de dos sacerdotes y un estudiante, que iban el mismo viaje.

Seguimos nuestras jornadas sin sucedernos cosa que sea de contar hasta el fin de Sierra Morena, que llegando a una aspereza de camino, por donde era forzoso caminar de uno en uno, nos salieron ocho hombres con escopetas, y trabándonos de los frenos de las mulas, nos mandaron apearse de ellas. Todos se afligieron, y yo mucho más por no haberme visto en aquellos lances, y ya estaba arrepentida de haber dejado la Corte. Maldije mi corta suerte y mi resuelta determinación que a tal lance me había traído, pudiendo estar quieta y con no poco descanso.

Apeados que fuimos de las mulas, quitaron dellas los cojinetes y portamanteos, sin osar nadie replicar a la voluntad de aquellos ladrones; después que los tuvieron juntos nos llevaron a pie a un hondo valle, adonde a los hombres les mandaron desnudar sus vestidos. Rehusaron aquello; mas las amenazas de aquella facinorosa cuadrilla y el temor de perder las vidas los hizo obedientes, dejando sus vestidos hasta quedarse en jubones y calzoncillos de lienzo. Así los dejaron atados cada uno a un roble, y cargando con la ropa y cojines, dieron con ellos y conmigo en otra estancia más oculta, que era una espesura de árboles, adonde tenían formada una barraca de ramos; allí me encerraron sin tocarme en el vestido, y dejándome sola con el desconsuelo que puede pensar el lector, se salieron a fuera a hacer división de los bienes de todos. Hicieron sus partijas fielmente, y acordaron que mis vestidos también entrasen en ellas, y mi cuerpo en poder del que le cupiese por suerte. Con este decreto entraron a desnudarme, sin moverles mi llanto a que dejasen tal propósito; quedéme en solo un corpiño y en faldellín de cotonía; del pecho me quitaron una cruz de oro y las letras que llevaba de mil escudos para Córdoba, diciendo el mayoral de ellos:

—¿Hase visto en lo que han dado estos caminantes; en traer su dinero en papeles, no considerando que nos lo quitan a nosotros de nuestros aumentos?

Rompieron las letras con los dientes, de rabia, y enviando a los cinco compañeros a buscar de cenar, se quedaron los tres en la barraca. Allí, brindados de esta malograda hermosura (que nunca yo tuviera), trataron de echar entre ellos suertes de quién había de ser mi dueño, estando yo (que oía esto) deshaciéndome en llanto y rogándole a Dios me quitase la vida antes que me viese deshonorada del que me poseyese. Cayóle la suerte a

uno de los más robustos de los tres, el cual les dijo que le dejasen a solas conmigo. Halláronse envidiosos de que hubiese cabídole la suerte, y no queriendo pasar por el concierto, poniendo mano a las espadas, dijeron que la mujer había de ser común a todos o morir sobre ello. Era alentado el que ya se llamaba mi dueño, y sacando su hoja se salió a acuchillar con los dos fuera de la barraca. Comenzóse la pelea con grande furia; mas yo viéndolos encarnizados en ella y aun heridos, me salí de la barraca por un agujero que tenía, y embreñándome, así, desnuda como estaba, por aquella sierra, caminé sin llevar senda cierta gran parte de la noche con no poco temor de que me siguiesen aquellos hombres. Oía de cuando en cuando unas dolorosas voces que se duplicaban con los ecos de aquellas soledades, y éstas me atemorizaban grandemente.

Bajando, pues, de una parte a otra, acerté a ver en una cumbre una pequeña luz, adonde comencé a guiar mis pasos, pensando que estaría cerca; engañéme en la distancia, porque primero caminé más de media legua que llegase al pie de la cumbre. Descansé allí un rato, y prosiguiendo mi camino, subí la cuesta con no pocos trabajos; mas al fin me vi en su cumbre y cerca de una ermita, de donde salía aquella luz por una ventana della. Llamé a la puerta con grandes golpes. Y al cabo de grande rato oí responder de lo hondo de la ermita una cansada voz, que me decía:

—¿Quién llama?

Yo respondí con fatigado aliento:

—Una desdichada mujer es, que ha llegado a este refugio por grande milagro del cielo; por Dios os suplico, quien quiera que seáis, que si tenéis clemencia de mi trabajo me deis entrada en esta ermita, que aun aquí no estoy segura de que me venga siguiendo una facinorosa gente que ha querido quitarme el honor después de haberme robado.

A este tiempo había la hermana del mayor planeta salido a comunicar su luz a los mortales, con la cual pudo el ermitaño (que era el que había respondido) verme por las junturas de la puerta de la ermita, según después me dijo.

Compadecióse de mi desdicha, y encendiendo luz en la lámpara, que ardía siempre, me abrió; así como entré me arrojé a sus pies, bañándoselos en lágrimas y dando tantos sollozos, que no me dejaban darle las gracias de haberme recogido en su morada; levantóme el santo varón y llevóme a sentar en un poyo de la iglesia. Era un hombre de buena estatura y de edad de cincuenta años, entrecano, y con la barba y cabello muy largos; vestía un saco de sayal, y sobre él traía un manto con su capilla; al cuello traía un grueso rosario y de él pendiente una cruz mediana que traía ceñida con un cordón de cerdas. Sin este rosario traía pendiente de la pretina otras diez cuentas gruesas, y en su remate una muerte de boj. Después que estuvimos los dos sentados me rogó le dijese la causa de mi venida; yo le hice relación de ella, exagerándole la crueldad de aquella bárbara gente, y que por milagro del cielo había escapado de ser deshonorada de ellos.

—Bien lo podéis decir, hija mía —dijo el venerable ermitaño—; mas tal Señor tenemos, que no solo tiene cuidado de los que le sirven con almas racionales, mas aun del humilde gusano de la tierra. Esa cuestión la movería el demonio, y Dios ordenó que, en tanto, tuviédeses ánimo para huir de su violencia y conservar vuestro honor. Gracias al cielo que estáis aquí segura; descansaréis lo que resta de la noche, y a la mañana

(placiendo a Nuestro Señor) daremos orden en lo que habremos de hacer, para que prosigáis vuestro camino hasta Córdoba, que es adonde me decís que vais.

Con esto entró en su retiró, que era un corto aposento, de donde sacó un traspontín de hojas de enea y espadañas, en que él se reclinaba sobre una tabla; éste le tendió allí en la iglesia, y dándome una manta con que me cubriese, se despidió de mí diciendo que olvidase cuidados y que pusiese la confianza en Dios, que me remediaría, y procurase reposar. Con esto se fue, dejándome allí sola a la luz de la lámpara de la iglesia; mullí mi traspontín, y cubriéndome con la manta pasé lo que faltaba hasta venir la aurora sin dormir sueño, acordándome del aprieto en que me había visto, en el cual perdí cien ducados de oro, mis vestidos, alguna ropa blanca y dos o tres joyuelas y sortijas que también me quitaron. El faltarme las letras no me daba pena, pues con pedir otras estaba remediado.

Llegó la aurora a dar consuelo a los mortales, alegría a los campos y alborozo a las aves. Las que trinaban por aquellos verdes campos despertaron al anciano varón, el cual se levantó; abrió su ermita y fueme a dar los buenos días, diciéndome que cómo había pasado la noche. Yo le respondí que bien, pues no me podía ir mal en tan santa casa y en su compañía. Sentí mucho verme desnuda; echólo de ver el viejo, y sacando otro manto suyo me lo dio para que me abrigase con él, prometiéndome que remediaría presto mi desnudez. Yo se lo agradecí con lágrimas; hicimos los dos oración, y dándome algunas frutas y pan con que me desayunase, nos pasamos así hasta medio día, en que tenía prevenida su comida, que fue de unas hierbas cocidas y unos pescados, por ser aquel día de vigilia. Después que hubimos comido y dado las gracias a Dios, nos salimos asentar a dos asientos que estaban a la puerta de la ermita, por gozar desde allí del campo. El que dio principio a la plática fue el ermitaño, para qué guardo diferente capítulo.

CAPÍTULO NOVENO

En que da cuenta de la plática que tuvieron entre ella y el ermitaño, y cómo él la hizo relación de la causa de haber dejado el mundo

Sentados, como tengo dicho, a la puerta de la ermita, aquel santo varón habló desta suerte:

—Cuán poca sea la seguridad de esta vida nos lo avisan, no solo sucesos que llenan historias sacras y profanas, pero los que cada día vemos que pasan. Los que vivimos somos peregrinos que caminamos sin sosiego hasta llegar a laJerusalén triunfante; en la militante no hay prometernos quietud tranquila, placer consumado ni gusto perfecto: todo tiene su punta de acíbar. El poderoso y rico, en medio de su opulencia, seguro con su potestad, o por robarle le quitan la vida, o una breve enfermedad le hace dejar las riquezas en cuya custodia puso todo desvelo. El que se ve en el cargo y la dignidad, no le goza sin la pensión de los que le envidian el puesto que tiene y le están censurando el menor átomo de sus acciones, hasta que le ven desposeído de lo que antes tuvo. La juventud más lozana suele perder su lustre sujeta a cualquier accidente; la hermosura más perfecta, en breves días se halla trocada y a las puertas de la senectud; finalmente, quien viviere en este mundo y siguiere sus gustos, pretendiere sus honras, buscare sus acrecentamientos, anda errado, sabiendo cuán breve término los ha de gozar. Ayer, hija

mía, veníades caminando a Córdoba contenta y con deseo de llegar a ella, y donde menos pensábades hallastes quien os estorbó el viaje, robó la hacienda y puso a pique de perder vuestra honra. No os fiéis de las cosas del siglo. Procurad en él vivir ajustada a los mandamientos de Dios, siendo muy temerosa de Su Majestad, que es principio de sabiduría; acordaos de la brevedad de la vida y la durable que nos espera si somos lo que debemos.

Estos sanos consejos os puedo dar, hija mía, como escarmentado de las cosas del mundo y retirado de él. Yo me vi joven, gallardo, enamorado y divertido en sus cosas; un desengaño de lo que somos y de la inestabilidad de sus gustos me hizo cuerdo en apartarme de este daño aquí, donde habrá que vivo cosa de diez y ocho años poco más; pido por estos lugares convecinos lo que he menester para pasar la vida en esta soledad, donde es mi consuelo la oración, mi divertimento mirar estos campos y por ellos engrandecer a su Creador. La causa de retirarme aquí quiero deciros, porque os entretengáis y os sea de recuerdo para que no os envanezca el veros moza y en verde juventud; tenedme atención, que esta es mi historia:

Nací en la antigua ciudad de Málaga, hijo de ilustres padres y rico de bienes de fortuna, pues para mí y un hermano segundo tenían bien ochenta mil ducados que dejarnos después de sus días; éramos los dos los más lucidos caballeros de aquella ciudad, los primeros que se hallaban en sus regocijos y fiestas públicas con lucimiento y, finalmente, los que teníamos más amigos. Libres vivíamos, en cuanto a no rendir parias a ese Dios de amor, pero ajustados siempre a no salir de la obediencia de nuestro padre, que nos procuró criar con temor y respeto inclinándonos a la virtud, y así salimos obedientes discípulos de tal escuela.

No cursábamos los lascivos entretenimientos de los caballeros mozos, que desenfrenadamente corren por ellos, llevados de sus insaciables apetitos, polilla de sus haciendas y saludes; nuestro ejercicio era hacer mal a caballos, con la ocasión que nos da la Andalucía con los que en sus riberas del Betis sustenta con sus pastos y alienta con sus cristales; tal vez gustábamos de la caza de todas maneras, estando tan diestros en la cetrería como en tirar una escopeta en el monte; otras veces acudíamos por no nos mostrar extraños a una casa que tenía dos mesas de trucos, juego a que yo fui aficionado, y allí nos divertíamos.

Sucedió que sobre la compra de un caballo que trujeron allí de Córdoba nos barajamos un caballero y yo na más que de palabras y ninguna pesada; entráronse amigos de por medio, hicieron las paces; pero yo me quedé por dueño del caballo, dejando de esto sentido al competidor en la compra. Dentro de un mes ofrecióse hallarme en la casa de los trucos, al tiempo que este caballero jugaba un partido. En él hubo una duda que fue necesario tomar votos de los que estábamos mirándoles; Yo di el mío, que vino a ser en favor del que jugaba con el caballero, y aunque pudiera darle en secreto, como los demás, por parecerme haber sido muy patente a todos y fuera de duda, no me recaté de hacerlo así. Fue condenado por los más votos; perdía y estaba picado, y quiso despicarse conmigo dejando el taco y diciendo:

—Bastaba que el señor Feliciano (que este es mi nombre) me condenase sin ser en alta voz para que todos siguieran su voto, que a algunos hubiera de parecer contrario; yo soy desgraciado con él, y así estoy con presupuesto de no sufrir más demasías en orden a oponérseme a todas mis acciones.

Salióse con esto de allí y no dio lugar a que le satisfaciese, que lo iba a hacer, deseoso de que no presumiese de mí que por torcida voluntad yo le hubiese condenado, sino por no tener justicia en lo que pedía. Pasóse aquel día, y esotro por la mañana me dio un criado suyo un papel, en el cual me desafiaba y señalaba parte donde me esperaba a las dos de la tarde con sola su capa y espada. Mucho quisiera excusar por tan leve causa el ponerme en desafíos; mas porque mi contrario no me tuviese por cobarde, sin dar parte a nadie en casa desto le respondí que aceptaba el desafío y acudiría al puesto a la hora que señalaba.

Era donde nos habíamos de ver en un campo cerca de un monasterio de religiosos descalzos y de unas huertas. Fui a él, hallando allí a don Rodrigo (que así se llamaba mi contrario). Saludóme cortésmente y yo a él. Apartámonos del camino, y en un sitio solo y sin impedimento de gente, me dijo:

—Aquí, Feliciano, podéis oponeros contra mí con la espada en blanco, como lo hacéis en otras ocasiones con la contradicción que en vos hallo a todas mis acciones.

—Engañado estáis y presumís mal de mí no conociendo mi sana voluntad —dije yo—; mas bien se ve que la vuestra no es la que debe de corresponder a mis deseos, pues fuera de la razón os fiáis tanto de vuestras manos que pensáis aventajarme. Yo quisiera satisfaceros a dos cosas en que me habéis imaginado contrario vuestro; sé que está de mi parte la verdad, y así no pienso cansarme, sino ponerme en puesto donde me castigéis si tuviéredes poder.

Saqué la espada y él hizo lo mismo; acometímonos con destreza, que él lo era y a mí no se me habían olvidado las lecciones de mi maestro en armas; duró el acuchillarnos más de una larga media hora, sin hallarse ninguno de los dos herido. Bien quisiera descansar don Rodrigo, y así lo dijo: mas yo le respondí que quien tan alentado venía para castigarme, que lo ejecutase. Encendióse con esto en cólera, y sin guardar reglas de destreza se arrojó contra mí con una punta; yo se la rebatí con la daga, y hallándole a mi lado izquierdo le tiré una cuchillada con que le hice una peligrosa herida en la cabeza, de que le comenzó a salir mucha sangre que le caía sobre los ojos. Viose con esto acongojado, y procurando retirarme con otra punta, no le saliendo como pensaba, dio un grito que vino a ser seña para que saliesen detrás de un vallado dos amigos suyos, si bien con mascarillas, los cuales me acometieron. Acusé su villanía y comencé a defenderme. Venían bien armados, con que pudieron entrarse conmigo y darme a su salvo dos heridas, una en el pecho y otra en el brazo de la espada, con que no la pude gobernar. No quiso don Rodrigo que yo saliese de la pendencia sin saber a lo que sabía su riguroso acero, y así, viéndome sin manos, me dio dos heridas en la cabeza a su salvo con que me dejó en tierra pidiendo a voces confesión. Dejéronme con esto en aquel campo, y, a más correr, se fueron por desusados caminos a la ciudad. Yo quedé en aquel sitio, dando voces que me socorriesen, y fue suerte mía que viniese de una huerta una señora viuda en compañía de una hija suya y acertase a pasar por cerca de mí. Oyó las voces y mandó a un criado que supiese lo que era; llegó donde estaba, y viome como os he dicho ya, casi falto de aliento, revolviéndome en mi sangre y pidiendo confesión. Llegó a decírselo a su señora, y ella, haciendo acercar el coche, me hizo meter en él y llevó a aquel convento que os he dicho, de donde hizo salir un religioso que me oyó de confesión.

No era lejos la ciudad, pues no estaba medio cuarto de leguas, con todo le pareció largo trecho para llevarme, y así rogó a los religiosos me pusiesen en una cama. Ellos, compadecidos de mi desgracia, lo hicieron, y en el ínterin que me desnudaban y ponían en ella, mandó aquella señora que en el caballo de la silla que tiraba el coche fuese el cochero a la ciudad y que llamase a un médico y un cirujano que me viniesen a curar. Hízolo el hombre tan bien, que con mucha brevedad estuvieron allí; viéronme las heridas y no les contentaron mucho, y menos mi disposición, que estaba muy sin aliento de la mucha sangre que había perdido. Dejéronme hecha la primera cura, al tiempo que mi padre, hermano y amigos acababan de entrar a verme, que el mismo cochero los había hecho relación de cómo me dejaron.

Preguntáronme quién me había puesto en aquel estado. Yo dije que no era tiempo de declararme en aquel particular, sino de encomendar mi alma a Dios, tal me hallaba entonces. Quedóse allí mi hermano, y mi padre salió a dar las gracias a la señora viuda de haberme traído al convento y hecho llamar al médico y cirujano. Ella le significó cuánto pesar tenía de mi desgracia; convidóle con el coche, y él se fue acompañándola hasta la ciudad.

La ausencia de don Rodrigo le declaró por delincuente en mis heridas; mas por entonces no se supo quién habían sido los cómplices en el delito.

Dentro de diez días hallaron mejoría en mí, de suerte que de allí a otros diez dijeron el médico y cirujano que podían llevarme en una silla a la ciudad. Hízose así, adonde en casa de mis padres vine a estar en breves días fuera de peligro, si bien muy flaco. Visitábame un escudero de aquella señora viuda cada día; y en uno que me halló a solas me dio un recaudo de parte de su señora doña Leonor, que era la hija de su ama. Contenía el recaudo darme la norabuena de la mejoría y significarme cuánto había sentido mi desgracia, la cual le había costado muchos desvelos y cuidados. Estimé la merced que me hacía y ofrecíme a que, dándome Dios entera salud, sería uno de los más asistentes servidores suyos que tuviese, reconocido siempre de aquel favor. Con esto partió el escudero; no paró en este recaudo, que dentro de unos ocho días, que me comenzaba a levantar, vino y me trujo un regalo de dulces de parte de esta dama y una banda bordada con cifras de su nombre y el mío para que descansase el brazo, que aún no estaba del todo sano; mandábame traerla en su nombre, que tendría gusto particular en esto y que de lo que se me ofreciese la avisase.

Yo tomé recaudo de escribir, y con los mayores encarecimientos que pude exageré el gran favor que me hacía sin haber méritos de mi parte para ser digno de él. Este papel ocasionó respuesta, y de aquí enlazamos una correspondencia fomentada con un muy firme amor, que duró cosa de seis meses. En este tiempo hablaba con mi dama por la reja de un jardín casi todas las noches, favoreciéndome con grandes veras doña Leonor.

Tenía esta señora un anciano tío, hermano de su madre, que se hallaba sin hijos y con mucha hacienda, la cual había de dejar a su sobrina como se casase a su gusto, que la que tenía de parte de sus padres era poca, si bien su calidad era grande. Saliéronle algunos casamientos a mi dama y ninguno le satisfacía al viejo, no le contentando los novios por defetos que les ponía. Había tenido ciertos encuentros con mi padre, y nunca se tiró bien con él, mostrándosele contrario en cuanto se ofrecía, y ahora en esta ocasión muy parcial con el padre de don Rodrigo, que no volvió más a Málaga, antes se

embarcó para Italia con deseo de ver aquella tierra, y aun quedarse en ella y servir al rey por esta causa.

No traté de dar a mi padre cuenta de mi afición, por saber que por este caballero no había de recibirle bien. Con esto estábamos los dos amantes aguardando a que la muerte, en su mucha edad, nos dejase contentos y con hacienda; pero no sucedió así, que en sobrando un hombre en un linaje, vive más que dos Matusalenes.

Ofreciósele a mi padre un negocio en la corte, y por hallarse cansado para asistir a él libró ese cuidado en mi diligencia, enviándome allá. No encarezco cuánto sentí ausentarme de mi dama; pero siendo fuerza, hube de obedecer a mi padre, y ella y yo llevar con paciencia este pesar. Al despedirme de sus ojos los vi llenos de lágrimas, acompañándola con el mismo sentimiento. Pedíla que me escribiese todos los ordinarios, y que fuese firme en guardarme la fe y no admitir a otro que a mí por esposo suyo, aunque su tío la compeliere a ello. Así me lo prometió, pero no lo cumplió, como se verá adelante.

La causa de no admitir ningún casamiento el tío de doña Leonor para su sobrina no era porque hubiese defetos en los pretensores, que con muchos le estaba muy bien emparentar y aun tenerlo a mucha dicha. Era que este caballero había estado en Indias mucho tiempo, donde dejó un hijo bastardo, que sería ya hombre de cuarenta años, a quien había escrito que se partiese a España para hacerle esposo de su sobrina, y de secreto había hecho traer la dispensación y la tenía en su poder. Quiso mi corta suerte que el novio esperado viniese en aquella primera flota, desembarcando en Sevilla con salud, y acudiendo luego a Málaga fue recibido de su padre con mucho gusto, y manifestando a todos ser su hijo trató luego las bodas, dando de esto parte a su hermana y ella a Leonor. Lo que sintió verme ausente no se puede ponderar, porque sin duda alguna se saliera de su casa y se fuera conmigo adonde yo la llevara. Viose la pobre, lejos de ejecutar esto, cerca del plazo del consorcio y apretada de su madre y tío, y al fin, aunque contra su gusto, se desposó con el capitán don Sancho de Mendoza, que así se llamaba el novio. Escribíome una carta con mil lástimas, significándome no haber podido hacer más resistencia que la que se hizo, y que se había casado con un hombre muy fuera de su gusto, con quien viviría muriendo todo lo que la vida le durase, que, a no perder el alma, se la quitara antes que darle la mano a hombre tan aborrecido de sus ojos. Lo que sentí está nueva deo solo a la discreción vuestra, hija mía, que amando con tantas veras de creer es cuán al alma me llegaría el sentimiento. Del que tuve caí enfermo, que estuve muy a pique de perder la vida, y obligué a ir a mi hermano a Madrid a asistirme en cuanto durase la enfermedad.

El negocio de mi padre se redujo a un pleito muy reñido con un hombre poderoso, y rico, con que duró más de tres años. No me pesó desto, por no volver a Málaga, pues había de sentir mucho ver a mi dama casada. Supe que el primer año de su empleo tuvo una hija que era el consuelo de sus aflicciones. Murió su tío y suegro, y quedó el capitán hecho absoluto señor de toda su hacienda, que serían más de tres mil ducados de renta. Era hombre muy miserable, de la data de muchos que vienen de Indias; pero éste no tenía la causa por qué serlo, porque las haciendas de los indianos ganadas con trabajo obligan a ser bien guardadas, y esto les hace ser miserables; ésta se le había venido al capitán sin poner ningún cuidado de su casa, con la cual debiera ser generoso.

Verle de esta condición desesperada a su mujer; yo me estaba en Madrid, tan ajeno de entretenerme los ratos que me dejaba el pleito y otras pretensiones como si estuviera en un desierto. Cayó mi padre enfermo, y fue el último mal que acabó su vida. Fui avisado de su peligro, púseme en camino, mas cuando llegué a mi patria ya había dado cuenta a Dios y su cuerpo ocupaba un nicho de su capilla: Mucho se consoló mi viuda madre con verme, que era yo su Benjamín, aunque el hijo mayor, en el amor, se entiende. Yo estuve retirado en casa cosa de un mes, y cuando después de este tiempo salía de ella, era o a un monasterio de religiosos o al campo, de suerte que nunca me pudo ver doña Leonor, aunque lo deseó mucho. Obligóla esto a perder el recato de casada y a escribirme un papel acusando mi extrañeza de vida y dándome hora para que por la reja del jardín, donde solíamos hablarnos, la viese.

Volviéronseme a enternecer las heridas y traté de obedecerla escribiéndola (después de darle cuenta de las causas de mi melancolía) que sería muy puntual al lugar donde me mandaba. Llegóse la hora, fui y vime con ella; hubo gran cosa de llanto y quejas de su esposo, si bien no le perdió el decoro con mi vista, sino en solo salir allí. Díjome cuánto se holgaba de verme, que no me escondiese de sus ojos y que creyese que ya su amor se había convertido en otro, que era de tenérmele como a hermano. Yo estimé el favor que me hacía y prometíla servir en lo que me mandaba, pues era cosa que tan bien me estaba. Parecióle hora para despedirme, por no ser echada de menos por su esposo, que había dejado en la cama, y así nos dividimos. De allí en adelante continué el acudir adonde ella se hallaba por darla gusto, aunque para mí era martirio, que cada vez que la veía ajena de mi poder perdía la paciencia.

De esta suerte pasé dos años sin querer tratar de casarme, ni aun que me lo mentasen. Sucedió en este tiempo la mayor desgracia que se ha visto hasta hoy, por cuya causa estoy aquí. Fue, pues, que habiéndose ido doña Leonor y sus criados a holgar orilla del mar en un coche, y llevando consigo a su hija, que sería de cinco años, el coche se rompió, y siendo ya casi cerca de anoecer, hubo de volver el cochero por otro coche en que llevarlas. En el ínterin que él y un criado partieron a esto, anocheció, hallándose solas cerca del mar, en ocasión que ocho moros, que en hábito de cristianos habían entrado en Málaga, volvían a embarcarse para partirse luego. Vieron la presa al ojo y una barca prevenida. Abrazáronse con las mujeres. Quien entre todas se resistió más fue doña Leonor, dando grandes voces y echándose en tierra. Quisieron entre dos moros llevarla; mas ella, que era varonil mujer, pudo sacar a uno un puñal de la cinta y herirle con él. Visto esto por el herido, en venganza de su herida desenvainó la espada y usó de la mayor crueldad que ha hecho bárbaro, que fue cortar de un golpe la cabeza de la dama, acabando la mayor hermosura que tuvo la Europa. Hecho esto, con la demás gente se embarcaron, llevándose también la niña.

Corrió la voz de esto luego por Málaga, porque llevó la nueva un pescador, que se escondió de miedo de los moros, porque no le prendiesen; acudió luego toda la ciudad a la marina, donde vieron aquel trágico espectáculo, que causó compasión y llanto a todos. Las cosas que hacía su esposo eran más de hombre loco que de cuerdo: tal le tenía el sentimiento de la pérdida de su esposa y cautiverio de su hija. Lleváronle a casa, y con él el cuerpo de la malograda señora.

No me excedió el capitán en sentimiento, que fue tan grande el mío, que me llevó con una enfermedad a los últimos términos de mi vida. Convalecí de ella, y habiendo en mi convalecencia pensado lo que debía hacer, una noche me salí de casa en un cuartago de

campo, y en él me alejé de mi patria cuanto pude, dejando escrito un papel a mi madre, en que la daba cuenta cómo determinaba dejar el mundo y servir a Dios; que se consolase con la presencia de mi hermano, a quien hiciese señor de toda su hacienda, que mi parte se la renunciaba.

Con esto me vine a Sevilla, donde en el Monasterio de las Cuevas, que es del Orden de la Cartuja, tomé el hábito; pero no fue tan buena mi suerte que pudiese profesar, por otra grave enfermedad que me dio. No se supo jamás que yo allí fuese religioso. Tan enfermo me vieron los monjes, que me pusieron en conciencia que dejase la aspereza del hábito. Hícelo así, y curáronme allí hasta que estuve en mis primeras fuerzas. Salí de aquella santa casa con no poco pesar de verme indigno de ser su religioso, y tomando un saco como éste que traigo pidiendo limosna, llegué hasta Adamuz, donde estuve dos años en una ermita que está dentro de aquella villa. Parecióme mejor entrarme a vida de más aspereza, y así, eligiendo este sitio, he fabricado este edificio de limosnas, adonde ha diez y ocho años que estoy. Aquí he sabido que murió mi madre, y que mi hermano está muy bien casado y con hijos; el capitán, marido de doña Leonor, no se ha casado, ni hasta hoy ha tenido nuevas de su hija. Verdad sea que él es tan civil, que por no gastar en diligencias lo ha dejado así, cosa que todos le culpan. Mas dícese que de aquel sobresalto no está con entero juicio. Téngole por cuerdo en haberle perdido en tal ocasión, que no podía menos en tal desgracia. Esta es mi historia; ved si he tenido causa para haber conocido la poca seguridad del mundo.

Yo aprobé su elección, admirada de la trágica historia de la dama. En esto pasamos aquella tarde, diciéndome el ermitaño que quería otro día llevarme a Adamuz para tratar de vestirme y de enviar a Córdoba, que estaba de allí media jornada. Con esto nos retiramos a la ermita, donde pasamos en ella aquella noche como la pasada.

CAPÍTULO DÉCIMO

Cómo Teresa fue vestida por el ermitaño y llegó a Córdoba, y cómo allí se acomodó a usar de su antigua labor, con otras cosas

Luego que la aurora comunicó su luz a los mortales, el ermitaño me despertó, que con el desvelo de la noche pasada me había dormido. Púseme en pie, y dejando cerrada la ermita tomamos el camino de Adamuz, que distaba este lugar de la ermita tres cuartos de legua. Fuímonos poco a poco a nuestro placer, ocupando el tiempo que tardamos en contarme el ermitaño devotos ejemplos. En unos me exageraba la gran misericordia de Dios, y en otros su tremendo castigo. Con tan gustosa conversación llegamos al pueblo, donde a la entrada de él estaba la casa de un labrador que aposentaba al ermitaño cuando allí iba. Fuimos recibidos dél con mucho agrado, que la sincera santidad del anciano varón merecía tal agasajo; él le dio cuenta de mi desgracia, de la cual ya él tenía noticia por haber acudido allí los dos sacerdotes que venían en mi compañía desnudos como los dejaron atados aquellos ladrones. De ellos supieron mi desgracia, habiendo dado en el lugar no poca compasión, por la cual salió la justicia con más de treinta hombres de cuadrilla en busca de aquella facinorosa gente. Mas como no tenía lugar seguro, cuando ellos llegaron a la sierra y a la parte que los sacerdotes dijeron, ya se habían ido de allí.

El ermitaño, en compañía de su huésped, salió por el lugar a buscar con que socorrerme, y como el venerable viejo era allí tan bien recibido entre la gente devota y compasiva, halló con que me vestir de cosas desechas; de ellas al fin tuve con que cubrir mi desnudez, y asimismo cabalgadura en que llegar a Córdoba. Comí allí, y luego me puse en camino, agradeciendo al ermitaño la caridad que conmigo había usado, y rogándole que me encomendase a Dios; él se ofreció a hacerlo, pidiéndome que siempre me inclinase a la virtud, que procediendo así nunca me faltaría Nuestro Señor.

Con esto me partí, y esa noche llegamos a Córdoba, yéndome a apeaar al parador de los carros, adonde acudía a dejar sus cargas el ordinario que me había traído mi ropa. Hallé allí cuidadoso de partir esotro día a Madrid, no sabiendo a quién había de entregar aquella hacienda. Holgóse con mi llegada y sintió mi desgracia, de la cual le hice relación, aunque ya se la había hecho Hernando, mi criado, con no pocas lágrimas, dos noches hacía. Holguéme mucho que hubiese llegado a Córdoba por tener quien me sirviese, que era mozo fiel y de verdad.

Hízome el carretero entrega de mi ropa, aunque fue menester para vestirme descerrajar los cofres y hacerles otras llaves, por haber perdido en la refriega las que traía. Aquella noche la pasé más quietamente que las pasadas, pareciéndome estar ya en puerto de salvación y libre de trabajos. A la mañana escribí con el carretero a Madrid, así a mis viejas como a los Fúcares, para que me enviasen nuevas letras, diciendo la desgracia que me había sucedido; sin esto escribí también a los mismos por la estafeta que se partía aquella noche. Descansé en aquella posada dos días, en los cuales me vino a buscar mi criado; pero contar las cosas de regocijo que conmigo hacía, fuera alargarme mucho.

Buscamos casa cerca de la plaza, y hallárnosla a propósito para mi ejercicio. Comencé a manifestar mi habilidad yéndome a las iglesias a verme con las más bizarras damas que allí veía, con quien me introducía y les decía lo que habían menester para andar bien tocadas, ofreciéndome a servir las, con que en menos de un mes ya tenía grandes conocidas, que fueron las que bastaron para hacer mi mercadería muy vendible, y fuéralo más si no fuere por estos mantos de anascote y sombrerete (que se usan allí), cosa que estorbaba mi buen despacho. Con todo me iba bien de ganancia, y se me gastada la mercadería con la buena ayuda que hallé en una criada que recibí, que parece que había nacido para aquello; no vi tan curiosas manos en mi vida.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

En que se hace relación de un embuste que hizo, con lo que sobre ella sucedió hasta dejar a Córdoba

El primero de los galanes calvos que vino baja la cabeza a mi obediencia fue un caballero estudiante cuyo nombre era don Jerónimo de Godoy, familia muy noble en aquella ciudad. Era de edad de veinticuatro años, muy galán, grande músico y excelente poeta. A éste le hice una cabellera con que le dejé otro del que antes era, que cierto esto de ser uno calvo cuando es tan mozo como éste es un gran defecto, y puédensele disculpar las diligencias que hiciere por ocultarse. Dejéle hecho un Narciso, y quedó tan agradecido a mi cuidado, que, demás de pagármele muy bien, era de los que más continuamente acudían a mi casa, pues pocos días se pasaban sin que me viese.

Cantábamos algunos tonos juntos, no dejando yo mi labor, con que pasábamos las tardes; también él lo hacía por su particular interés, porque como a mi casa acudían las damas a hacer sus moños, participaba tal vez de su conversación, aunque no de sus defectos, que esos (con su licencia) yo los sabía en otro aposento más adentro.

Un día, entre éstos que me visitó, vino muy melancólico a mi casa. Yo, que se lo eché de ver, quise saber la causa, y no hallé modo cómo pedírselo. Díjele que cantásemos.

—No estoy para esos solaces, señora doña Teresa —me respondió—, que reina hoy Saturno en mí aunque bien pudiera Marte, según me hallo colérico.

—¿Y contra quién, mi rey? —dije yo.

—Contra una dama que, aunque no había de ser la pendencia con ella, quisiérala tener con su galán por darla pesadumbre.

—¿No podría yo saber quién es —repliqué—, con confianza de que guardaré secreto?

—No es de las que v. m. conoce —dijo él—, porque trae hábito, que con él no necesita de pelo.

—Viuda es, según eso —dije yo—; aunque no sea de mis sufragáneas, conozco ya muchas en la ciudad.

—Pues así es —dijo él—; sin nombrarla, porque importa, diré la ocasión que ha dado a mi enojo.

—Vaya de historia —dije yo. El, prosiguiendo, dijo:

—Habrà cosa de seis meses que en una festividad que había en la iglesia mayor me hallé con otros caballeros de mi edad; esto fue cerca de unas damas embozadas que, con solemne risa, nos miraban y tenían entre sí gran chacota. Quise atreverme a saber de ellas la causa de su contento, si era a costa de alguno de los que allí estábamos, y así me acerqué a ellas y dije:

—Muchos deseosos tienen vs. ms. de saber por qué se ríen tanto, temiéndose (y yo el primero) que es a costa nuestra su risa, por defectos que deben de ver en nosotros. Todos hemos comprometido (toque a quien tocare) que vs. ms. nos digan quién es el que padece entre los filos de sus tijeras.

Una de aquellas damas dijo:

—Si tanto lo desea saber el señor embajador, sepa que él es el asunto de nuestra risa.

—Daré mucho que hacer en esa materia —dije yo—, por tener tantos defectos; pero yo perdono el que me han censurado como me lo declaren.

—Encubierto anda —volvió a decirme la dama.

—Pues aun lo encubierto no se escapa de vs. ms. —dije yo—, sin duda son zahoríes que penetran con la vista las cosas secretas.

—Han sido públicas hasta ahora —volvió a replicarme.

—Ya está v. m. entendida —dije yo—; habrán vuestas mercedes murmurado de mi cabellera. No lo podrán hacer de lo mal hecha que está, como les daba antes ocasión la fiera calva que ha cubierto, que por ser asombro de tales serafines traté de encabellecerla con la ocasión de tener la maestra en Córdoba, a quien vuestas mercedes conocerán también como yo, aunque no por este defecto.

Cayóles en gracia que yo hiciese gala del sambenito con tan buen despejo, y así me admitió la que solamente había hablado a conversación. Yo la tuve un rato con ella sin descubrirse, y confieso que me dejó picado con su donaire, que le tiene grande en hablar. No fue posible que se descubriese, ni yo pude penetrar nada por el manto, por ser de tres suelas. Fuéronse de allí, y yo, disimuladamente, las seguí, teniendo particular cuidado con la que me dejaba tierno. Vila entrar en su casa, donde luego la conocí. Desde aquel día he andado inquietísimo porque me dé audiencia; hela dado música, escrito papeles, solicitado el servirla, dándoselo a entender por terceras; pero no ha sido posible que me quiera admitir, ni que responda a un papel mío siquiera despidiéndome en él. Es mujer moza y hermosa; la calidad es mediana; yo, viendo esta esquividad, presumí que no era posible sino que a alguno más dichoso que yo favoreciese; he andado con grande cuidado y desvelo por saber esto, y al fin he salido con saberlo, teniendo su empleo con muestras de grande amor en una persona que me habéis de perdonar el callarla, por no agraviar su flaqueza.

Yo le porfié en que no había de dejar el cuento destroncado, sino que había de acabarle, y tan importunado se vio de mí, que me dijo:

—Ya que tanto porfía v. m., habrá de saber que esta dama debe temer mucho dar cuidado a las comadres, y así gusta de entretenerse con quien le asegure de esto que, hablando con más claridad, es con un cantor de la iglesia mayor, capón, con perdón de vuesa merced. Tiene el mozo buena voz, y por allí ha entrado la afición, hasta llegar a lo que me ha asegurado de cierta criada que la ha servido y se salió de su casa porque la reprendió esto.

Comencéme a santiguar oyendo el mal gusto de la dama, admirándome de cuán estragada elección tenemos las mujeres.

—Si a v. m. se le ha dado parte del cuento —dijo don Jerónimo—, porque cese el hacerse cruces quiero leerla un romance que a propósito de esto la escribo, el cual he hecho esta mañana.

Yo le dije que me holgaría mucho de oírle, que siendo de su ingenio y con el picante de los celos, desde luego me prometía que sería bueno. Sacó el papel y leyó estos versos:

¡Qué mal gusto tienes, Laura,
en favorecer a Olimpo,
punto menos de ciclán
y punto más de lampiño!

Contentamientos menguados
hallarán tus incentivos;
quien despierta y no ve almuerzo
de balde está el apetito.
Expira el trato de amor
donde hay gasto sin recibo;
del debe el libro te muestra,
que del ha de haber no hay libro.
Con privilegio de Venus
no entra un capón en juicio,
que está de los sellos falto
y arrugado el pergamino.
Y en amorosas audiencias
no halla despacho cumplido,
viendo que sus escrituras
traen cancelados los signos.
En el juego del amor
es garitero contigo,
Laura, que saca y no pierde,
ley tirana del garito.
Extravagante es tu gusto
y singular tu capricho,
haber puesto tu afición
en quien tiene el sexo ambiguo.
Ya no dudo del empleo,
aunque lo dudé al principio,
ni que la vergüenza pierdas
con hombre que es tan raído.
A hacer de limpieza pruebas
hallará muchos testigos,
pues de barba y lo demás
a todos excede en limpio.
Si al uno añaden dos ceros
para ser ciento en guarismo,
uno solo apenas vale
el que sin ellos has visto.
"Más el ruido que las nueces"
solo por éste se dijo,
cuando tú estimaras, Laura,
más las nueces que el ruido.
Deja el mal gusto que tienes
con galán que es perseguido
de órganos de faltriquera
que se tocan con un silbo.

Excelente me pareció el satírico romance de don Jerónimo, y así lo celebré mucho y le rogué que no dejase de ponerle en manos de la dama, para que viendo que se sabía su mal gusto procurase dejarle.

—No sé qué me diera —dijo don Jerónimo— por verme vengado de este capón con una graciosa burla.

—¿Qué me daréis —dije yo— si se la hago de modo que esa dama le aborrezca, pena de ser ella una mentecata si no lo hiciere?

—Una cadena tiene mi señora doña Teresa —dijo él— si sale con lo que me promete.

—Pues acepto la oferta —dije yo—, y vuélvase por acá mañana; verá cómo la trazo, que es menester comunicarla con mi almohada.

—Bien me parece —dijo él—; yo me voy a hacer que este romance llegue a las manos desta señora capona, y en tanto, afile v. m. su ingenio, que de él me prometo todo feliz suceso.

Fuese don Jerónimo, y yo quedé pensando qué burla le haría, dándome un poco de desvelo aquella noche; mas entre varias máquinas que formó la idea, se ofreció una a propósito que no vía la hora de comunicarla con don Jerónimo. Volvió esotro día por la tarde a verme, diciéndome cómo sabía de cierto que el papel le tenía en las manos la viuda. Entonces me dijo que fue hija de un mercader que había sido allí muy rico y mujer de otro que la dejó también su hacienda.

Preguntéle cómo había pasado la noche. Díjome que desvelado, porque además de buscarla traza para dar el papel, le había quitado el sueño un romance que había hecho a un poeta amancebado con una vieja.

—Era destos que llaman cultos —me dijo— y hombre preciadísimo de escribir oscuro por imitar al Fénix de la cultura, don Luis de Góngora, compatriota suyo, ingenio que tanto celebró España y actualmente celebraba por sus versos, que los hizo elegantísimos, así en lo grave como en lo jocoso. Sobre el estar escribiendo unos versos y no quererse ir a acostar, hemos sabido que entre él y su anciana concubina hubo una gresca; a esto me han mandado escribir este romance, que ha de pasar por la aprobación de v. m. primero que llegue a las manos de quien me le ha pedido.

—Yo la daré con pasión —dije yo—, y así no será buen voto el mío; mas quien le tiene tan cierto de todos, seguro irá al juicio de los críticos.

El romance dice así:

A un poeta culterano
secuaz de la seta hereje,
antipático de Apolo
y de las hermanas nueve,
a un sujeto en embrión
que aún las facciones no adquiere,
a un genio crepusculante
si anochece o no anochece,
a un transpositor de frasis
de oscuridad tan rebelde

que no hay lince del Parnaso
que su sentido penetre,
rindióle el vendado amor
(culto por la vista) un viernes,
y de una ninfa cecial
es metrificado arenque.
Era, pues, la tal muchacha
(en edad de cinco veintes)
avestruz de muchos días,
tarasca de muchos meses.
Glotona de Navidades,
tantas devorar emprende,
que exceda en antigüedad
a treinta Matusalenes.
La viviente anatomía
con caracteres de pliegues
era la musa gozada
del párvulo jovenete.
Venganza de Apolo ha sido,
que de esta manera pene
quien afecta oscuridades
entre tan claras vejeces.
Que quiso el tirano amor
que en este manjar se cebe,
aunque banquete de tabas
más era para lebreles.
Cansado de ropa vieja
que al baratillo se vende,
con la nueva se acomoda
que le abrigue y que le alegre.
A unos ojos que en su casco
infinito azogue tienen,
para más enamorarles
hizo estos elogios breves.
"Gémina de Anarda luz,
finita no, sí perenne,
que ministrando esplendores
imperiosa rindes mente."
Con el hurto entre las manos
le cogió Sara Meléndez,
abismo de tantos siglos,
y con el culto arremete.
El delincuente pulgar
agarró para morderle
desde una boca Thebaida
un anacoreta diente.
Tal fuerza para su daño
hizo con el hueso fénix,
que en lugar de renovarse
fuera de su centro muere.

Sustituyó bien logrado
la venganza que pretende,
en faraonas encías
que magullando atormenten.
Tuvieron los mordiscones
correspondencia en cachetes;
que, con recíproco agravio,
menos el duelo se siente.
Rebeldías del disgusto
satisfacciones las vencen;
Sara perdona su agravio
y el culto lo mismo ofrece,
mostró enconado el pulgar,
y ella, que su daño siente,
para mitigar su encono
chupósele muchas veces.

Muchísimo le encarecí lo bien escrita que estaba la sátira, y cierto que le merecía su donaire, que le tenía grande en escribir jocosos. Díjome cuán gustoso estaba con mi aprobación, que la estimaba más que todas las de sus amigos. Dejamos esta plática y metímonos en la de la burla que había maquinado hacer al capón. Comunicuéla con don Jerónimo, y a él le pareció bien; yo le dije que a no estar de partida para Sevilla no me atreviera a emprender tal cosa, porque sabía cuán pesada le había de salir; pero que ése había de ser el dejo con que me despidiría de Córdoba.

Pesóle oír esto a don Jerónimo, y díjome que él alzaba la mano del concierto si eso había de costar la burla. Yo le dije que me burlaba; lo que había de hacer era procurar que el capón me viese en mi casa con fin de oírle cantar; ofrecióse a eso don Jerónimo, y encargó a un amigo suyo que me le trujese.

Hízolo esotro día, exagerándole mi buena voz. Entró el presumido castrado a verme, muy galán. Eralo cierto y no poco curioso; traía olorosos guantes de ámbar ruciente, hábito de gorguerán y bien aderezado cuello. Ofrecióseme por muy mío; estimé la merced que me hacía, y después que hubo un poco razonado, en que yo sazoné la conversación con gustosos cuentos, le puse una guitarra en las manos. Anduvo no poco galán, que tenía de músico esto de ser muy rogado; cantó un par de sonos con mucha destreza, y cierto que la voz era admirable.

Alabéselo todo con grandes encarecimientos, con que quedó desvanecido, y más como me oyese decir que no había en la corte quien le excediese, y que creyese esto de mí, que había oído todas las buenas voces de ella. Pidióme que cantase algo, y no me hice de rogar; procuré cantar con cuidado, y como me ayudaba la buena voz, que no era inferior a la suya, dile ocasión para corresponderme (habiéndome oído) en los encarecimientos; con esto le canté otros dos tonos de letras nuevas que él no había oído; pidiómelos, y yo le dije que le serviría con ellos y con los demás que supiese, que le advertía que eran de los mejores maestros de la corte; la música y la poesía de los mejores poetas que cursaban la Academia de Madrid. Supliquéle me viese en particular esotro día a solas, porque tenía un negocio que comunicar con él que le podría importar.

Algo se sospechó el presumido hombre sisado que era cosa de afición, y así me prometió venir y obedecerme; con esto se despidieron él y el amigo de don Jerónimo, que le llevó. Vino don Jerónimo esa noche a verme y a saber cómo me había ido con la visita; díjele lo que habíamos pasado en ella y cuán amigos quedábamos; que era esto el fundamento para la burla. Supo cómo le aguardaba esotro día, y fuese con esto animándome a que emprendiese la burla, que allí le tenía para defenderme de lo que me viniese.

No se descuidaba nuestro licenciado Capadocia, que a las dos de la tarde ya estaba en mi casa con diferente vestido que el del día pasado y muy en ello. Después que hubo un poco de conversación, haciendo yo mi labor de moños, que él celebró mucho, tomé de esta ocasión para decirle, hallándome a solas:

—Señor licenciado: ayer supliqué a v. m. me la hiciese de verme hoy para comunicarle un negocio que, si propuesto, no gustare v. m. de la ejecución, haga cuenta que no le he dicho nada. Yo, habiéndome considerado en la persona de v. m. tanta gala, tanta bizarría, tan buen entendimiento, tan dulce y extremada voz, acompañada con tanta destreza, me daba un pesar de que todo esto se hallase en sujeto en quien haya la falta que todos vemos, habiendo tanta sobra de gracias.

Comenzó a ponerse colorado y a morder de un guante, y yo le dije, conociendo que le comenzaba a pesar de la plática:

—Vuesa merced no ha de sentirse de lo que le voy diciendo, que es fuerza tener la plática este principio para el fin a que la enderezo —y así proseguí—: Pues, como digo, teniendo este sentimiento de que v. m. no sea muy cabal, he querido comunicarle una habilidad que tengo, que es, ya que lo más no se puede remediar, por lo menos encubrir lo que se ve, y que los que no conocen a v. m. no le tengan por falta de nada, y así hágole saber que yo hago una distilación por quintas esencias, tal, que con ella, lavando v. m. su rostro nueve noches cuando se fuere a acostar, quedará al cabo de estos días con barba. Este es remedio tan probado, que se hizo la experiencia en un criado mío que me sirve y le verá v. m. con mostachos.

Llamé luego a Hernando y viole, quedándose admirado de lo que oía y no poco contento en lo interior. Yo proseguí diciendo:

—Esta habilidad, señor mío, fuera muy bien premiada si como v. m. hubiera un millón de hombres en el mundo; mas todos los que padecen este defecto, o son pobres o religiosos, que se les da poco por encubrirle, ya que han sido conocidos; solo con un hijo de una señora he hecho esta experiencia, por quien se hubo de hacer la prueba en este mozo (que de agradecido desto me sirve habrá cuatro años), el cual me gratificó bien el dejarle con apariencia de hombre. No digo esto por encarecer la cura, que mi intención es de servir a vuesa merced y dejarle a su cortesía después el hacerme favor.

—Era el señor capón mollar de entendimiento, y cayó al punto en el garlito; creyendo lo que le decía yo, y alegre sobremanera, me dijo:

—Vuesa merced, señora mía, no debe de ser criatura mortal; ángel, sí, que ha venido a esta ciudad para mi consuelo; mil gracias doy a Dios por habérmela dado a conocer. Yo, señora, tengo la presencia que vuesa merced sabe, bastante, no solo a agradar con ella a

los hombres que trato familiarmente, mas a las mujeres, y certíficola que aun con mis tachas soy solicitado, más por mi talle y gala que por mi voz. Quiso mi corta dicha dárme una buena cuando niño, y un tío mío, tutor de una poca hacienda que me dejó mi padre, sin haber en mí rotura alguna, me hizo violentamente castrar, que cada vez que me acuerdo de esta inhumanidad pierdo el juicio. Hízolo con celo de que tuviese aumentos a costa de mis menguas. Téngolos, porque aquí me dan ochocientos ducados de renta y porque me hallo bien en esta ciudad, no estoy en Sevilla o en Toledo, que ya me han rogado con mayores partidos.

—Debe v. m. de tener aquí amores dije yo.

—Prometo a v. m. —dijo—, si lo hemos de decir todo, que no falta quien me favorezca, que todo se gasta en este mundo, y tal hay que con mis faltas me adora.

Conociendo la hilaza que descubría el licenciado, yo me di por victoriosa de la conquista que emprendía. Llegó a exagerarme tan por menudo sus perfecciones, que me dijo que calzaba solos siete puntos de zapato, cosa desusada en los que padecían su defecto, pues universalmente tenían todos grandes pies.

—Vamos a lo esencial —dije yo—. Vuesa merced ya ha visto este mozo; si quisiere enterarse más de que le trato verdad, yo le mandaré que se deje reconocer de vuesa merced, que no quiero que me tenga por embustera.

—¡Jesús, señora mía! ¿Había v. m. de tratar de cosa que después, no saliendo con ella, quedase en mala opinión? Yo la tengo creída, y así me pondré en sus manos, quedando muy satisfecho de que me deje tan bien barbado como a este galán.

—No quiero yo —le dije— que v. m. tenga zalea de barba; que eso en mi mano está; sola la suficiente a un hombre de su porte, y en las partes que se requiere la he de poner, dándole muy poblados bigotes y clavo.

—Pues ¿qué se ofrece para que comencemos esto? —dijo él—. Yo deseo verme en otro semblante.

—Que tenga v. m. paciencia —dije yo— y un poco de ánimo para darme dineros con que compre las raíces, gomas, piedras preciosas y perlas de que se ha de sacar esta agua, que de todo esto consta.

—¿Cuánto será menester?

—Hasta mil reales —dije yo— costará todo, que es cosa de estima, como v. m. ve.

—No me da cuidado aunque sean más; yo enviaré dos mil, para que v. m., a su gusto, compre cosa buena y que aproveche.

Con esto se despidió, diciéndome que otro día enviaría a un criado suyo con el dinero. Encarguéle mucho que no comunicase el secreto con nadie, aunque fuese con el dueño de su alma.

—Vuesa merced pierda cuidado —dijo él—, que antes quiero que de repente me vea más galán y con la perfección que me falta.

Con esto se despidió de mí, y me dejó admirada que tan fácilmente hubiese creído un disparate como aquél. Vino luego don Jerónimo, y díjele lo que pasaba, con que mostró el mayor contento del mundo, diciéndome que saldría con mi burla sin duda alguna, porque el sujeto era a propósito, faltándole entendimiento y sobrándole presunción.

El día siguiente no se descuidó el buen capón, que con dos criados me envió los dos mil reales y un presente de dulces por principio de paga.

Costóme la burla haber de desengastar unas piedras de unas sortijas que tenía, y en particular en una joya de diamantes que me dio mi esposo cuando me casé. Sin esto, por hacer más número, rogué a don Jerónimo me trujese otras si tenía algún lapidario conocido, que aunque no fuesen finas, el sujeto del capón era fácil de engañar, y quería que viese la prevención que hacía para su cura.

Hízolo así don Jerónimo, y en tanto que me las traía, yo me previne de cantidad de alambiques y de fornacha, poniendo en astillero la destilación para que la hiciese el licenciado. Hice traer también hierbas de la botica, y todo esto escribí en una larga receta para satisfacer al paciente.

Vino a verme aquella tarde, y hallóme cercada de alambiques de hierbas, de raíces y de cajuelas de piedras y perlas, con que quedó muy contento viendo que no me descuidaba. Prometíame montes de oro si le dejaba barbado; yo se lo aseguraba con tanta certeza como si ya lo estuviera, con que estaba loco de contento. Era mi ruiseñor aquellas tardes, y no había día que no me viese. Ya había puesto una alquitara con dos alambiques en un aposento encima de donde hacía labor, y dellos se destilaba una agua de la primera hierba olorosa que se me vino a la mano. Esta le daba a entender que había de ser destilada otras dos veces. No hacía sino preguntarme cuándo se acabaría la destilación, y yo le decía que presto, yéndole entreteniéndole porque continuase con los regalos que todos los días enviaba.

Pareciéndome que ya era bien concluir con este engaño y dar venganza a don Jerónimo, saqué una agua fuerte por la alquitara que, puesta en cualquier parte, abrasaba y dejaba señales. Désta llené una pequeña redomilla, que di al capón, diciéndole que con aquella agua se había de lavar muy bien y cubrirse lo lavado con un paño, y que aunque escociese lo sufriese con paciencia, que aquello era obrar la naturaleza para abrir las vías por donde había de barbar. Díjele que se había de lavar los dos lados, el bozo y barba.

El capón tomó su agua, y por principio de paga me dio una sortija con cinco diamantes, diciéndome que aquello no lo tuviese por paga, que con más me había de servir. El se fue, y yo quedé disponiendo mi mudanza a otra parte, porque sabía cómo había de quedar el enamorado capón. Hallóme don Jerónimo previniendo mis cosas, y pareciéndole que él era causa de mi mudanza, quiso que la hiciese a una casa de un tío suyo, canónigo de Sevilla, donde él asistía por su ausencia. Era fuera de la ciudad y con muy gran jardín; allí llevé mi ropa con ánimo de no salir donde me viese nadie, hasta partir de Córdoba.

Volvamos al capón, que llegada la hora del acostarse se lavó muy bien, guardando el orden que su médica le había dado, y poniéndose el paño se entró en la cama. Comenzó el agua a hacer su efecto, dando terribles dolores, que él sufrió por ver cuánto le importaba barbar. Fue bastante el lavatorio para no dormir en toda aquella noche. Levantóse a la mañana, y acercándose a un espejo se quitó el paño, viendo la más lastimosa labor, procedida del agua, que sus ojos habían visto. Todo el rostro tenía llagado, y no así como quiera (según supimos de los que le vieron), sino con heridas para curarse muchos días.

Envió luego a un criado a darme aviso de cómo estaba, y como viese mi casa cerrada y que los vecinos le informaron de mi mudanza, volvió a decírselo a su afligido señor, el cual se dio por engañado, congojándose de tal manera, que le sobrevino una calentura, con que tuvieron en que entender los médicos y un diestro cirujano. Corrió la voz por Córdoba de la burla de la Castellana, que así me llamaban todos, y hablaban de diversas maneras en ella.

Unos se holgaban del castigo del capón, enfadados de verle tan presumido, y otros decían que había sido inhumanidad tratarle de aquella manera. Más de un mes estuvo el desdichado en la cama, quedando de la refriega no solo con señales en el rostro, pero con muchas rugas, de suerte que estaba feísimo, con lo cual la viuda dio en aborrecerle, y se dejó la amistad.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

En que se refiere la sobreburla que se le hizo al licenciado, y cómo dejó Teresa a Córdoba y se fue a Málaga

Mientras pasó la borrasca del capón no salí de casa de don Jerónimo, llevándome él las nuevas de todo lo que pasaba, y asimismo de la figura con que quedó, que era motivo para mofar todos de él; no salía sino a la iglesia, a su coro, y luego se volvía a su posada. No quiso don Jerónimo, con haber logrado su venganza, dejar de pasar con la burla adelante, y así, con la ocasión de estar allí un autor de comedias, escribió un entremés, en que acomodó la burla. Diósele al autor, y él le repartió entre los compañeros y ensayó hasta saberlo muy bien.

Llegóse el día en que representaba, y éste me llevó don Jerónimo embozada a la comedia. Púseme un mantón de tres suelas y mi sombrerillo, y así, sin que nadie me conociese, pude estar en el teatro y ver representar el entremés, que por dármele después don Jerónimo y saberle de memoria, quiero que el lector se entretenga un rato. Era éste.

EL BARBADOR

FIGURAS.
PIRUÉTANO
CALVO
PESCAÑO
CAPÓN
LAMPÍÑO I.º

LAMPIÑO 2.º
MÚSICOS.

(Salen PIRUÉTANO y PESCAÑO.)

PIRUÉTANO.—
¿Te admiras?

PESCAÑO.—
Sí, que siento de que trates
emprender tan notables disparates.

PIRUÉTANO.—
Tú no sabes, Pescaño, a cuánto obliga
esta necesidad, fiera enemiga.
¿Pusiste ya los rótulos?

PESCAÑO.—
Sí, amigo;
ya los dejo en esquinas bien fijados,
y a todos sus lectores admirados.
En ellos dice que Ozmín Piruétano
de Bochinchina, de nación griego,
ha llegado del Asia a aquesta corte,
trayendo del Gran Turco pasaporte,
el cual, con cierta confección, se atreve,
a que, en espacio breve,
barbas hará nacer al más lampiño
y al que fuere castrado desde niño.
Item al que tuviere la mollera
más lisa que su loza en Talavera.
Esto, ¿podrás cumplirlo?

PIRUÉTANO.—
En ningún modo.
Mas con la industria yo saldré de todo.

PESCAÑO.—
El cielo me asegure los temores
de verdugo, borrico y chilladores.

PIRUÉTANO.—
¡Qué necio estás, Pescaño! Emprende osado
que al atrevido favorece el hado.
Dime, un amolador, ¿no se sustenta
echando aquí a perder toda herramienta?
Y con ver todos que hace aqueste daño,
no le falta que hacer en todo el año.
Yo vi un hombre en Madrid que se ofrecía,
con dos unturas, a dejar preñada,

dentro de un mes, la vieja más pasada.
Acudió a su posada mucha gente,
y el picarón, más cauto que inocente,
antes de ver del mes el día postrero
acogióse, y llevóles el dinero.
Como esas cosas en la Corte vemos
que se sufren y pasan; hoy tendremos,
Pescaño amigo, aquí moneda fresca,
y verás con el modo que se pesca.
¿Tienes todo recaudo prevenido?

PESCAÑO.—
Todo lo tengo aquí.

PIRUÉTANO.—
Dame el vestido

PESCAÑO.—
Póntele presto y toma este tocado.

PIRUÉTANO.—
Advierte que has de ser hoy mi criado.
¿Los músicos?

PESCAÑO.—
Ya quedan ahí fuera.

PIRUÉTANO.—
¿Dónde, Pescaño?

PESCAÑO.—
Al pie de la escalera.

PIRUÉTANO.—
¿Está buena la barba?

PESCAÑO.—
Está extremada.
¿Y yo?

PIRUÉTANO.—
Tienes rarísima fachada.
Mi intérprete has de ser; yo hablaré a bulto.

PESCAÑO.—
¿En qué lenguaje?

PIRUÉTANO.—
Bien pudiera en culto,
mas quiérole más claro.

PESCAÑO.—
¿De qué suerte?

PIRUÉTANO.—
Yo me daré a entender, atento advierte.
(Vístense como está dicho; entra el Lampiño I.º).

LAMPIÑO I.º.—
¿Está en casa el señor Ozmín Piruétano
de Bochinchina?

PESCAÑO.—
Aquí le veis presente.

LAMPIÑO I.º.—
El alto cielo su salud aumente.

PIRUÉTANO.—
¡Gorgotón!

PESCAÑO.—
Mi señor...

PIRUÉTANO.—
Mesques mescháfete.

PESCAÑO.—
Que se cubra usted dice.

LAMPIÑO I.º.—
¿Lo entiende?

PESCAÑO.—
Sí, aunque no hable español, mas ya lo aprende.

LAMPIÑO I.º.—
Seis años ha, señor, que soy casado
por mi desdicha, y como no he barbado
en todo aqueste tiempo, le prometo
que no me tiene mi mujer respeto;
ello lo manda todo, ella gobierna,
y yo lo sufro con paciencia eterna.
Barbas pide, señor, mi desventura.

PESCAÑO.—
¿Hasta dónde?

LAMPIÑO I.º.—

Hasta el pecho o la cintura,
que si en esto consiste el respetarme,
de una vez, no de dos, he de barbarme.

PIRUÉTANO.—
Brinche parchaz.

LAMPIÑO I.º.—
¿Qué dice?

PESCAÑO.—
Que un ducado
le dé primero y se verá barbado.

LAMPIÑO I.º.—
Aquí tiene un doblón.

PIRUÉTANO.—
A la capacha.

LAMPIÑO I.º.—
¡Que sea el ser lampiño tan gran tacha!

PIRUÉTANO.—
Achombo, achombo, achombo.

PESCAÑO.—
Llegue, encaje
el parche de barbar.

LAMPIÑO I.º.—
Eso deseo;
nunca hizo doblón tan buen empleo.
(Poníanle una barbilla colorada,
arrimóse a un lado, y salió el Calvo)

CALVO.—
Dios le prospere y guarde dos mil años
al gran reparador de ajenos daños.

PIRUÉTANO.—
Mosborotón, mosborotón.

CALVO.—
No entiendo.

PESCAÑO.—
Dice que es descortés, ¿entiende?

CALVO.—

Es cierto;
mas por ser calvo no me he descubierto;
ya mi defecto a vuesarced he dicho;
deseo que me cubra de pelusa,
que para vivir quieto no se excusa;
porque mi calva, viéndomela todos,
es el blanco a que tiran sus apodos.

PIRUÉTANO.—
Pitón bolee, pitón.

PESCAÑO.—
Con dos doblones
aliviara el buen calvo sus pasiones.

CALVO.—
Velos aquí y aun más si me pidiera,
a trueque de excusar la cabellera.

PIRUÉTANO.—
Casquilinguacoz.

PESCAÑO.—
Baje el casquete,
que le quieren poner un capacete.

CALVO.—
Esto sí que es echar por el atajo,
para no ser de niños espantajo.
(Pónenle un birrete colorado, arrímase
y sale el Capón, que le hacía una mujer.)

CAPÓN.—
¿Quién es aquí el señor Ozmín Piruétano?

PESCAÑO.—
El que ocupa esa silla.

CAPÓN.—
Dios le guarde.

PIRUÉTANO.—
Este para barbar ya llega tarde.

CAPÓN.—
Señor, yo fuera un hombre consumado
sí, con ser yo capón, fuera barbado.
Yo soy la alegría de las damas,
quien las divierte allá en sus soledades,
y, en fin, el rui señor de sus beldades.
Tengo buen talle, buena voz y cara,
escápome de ser un mentecato,

y calzo siete puntos de zapato.
Barbas pretendo, solo barbas quiero.

PIRUÉTANO.—
Este, con ser capón, es majadero.
Trexicoscón, trexicoscón.

CAPÓN.—
¿Qué dice?

PESCAÑO.—
Que con trescientos reales luego en plata,
le pondrá el barbacacho de escarlata.

CAPÓN.—
En este bolso ofrezco cuatrocientos,
y si me barba bien daré quinientos.

PIRUÉTANO.—
Achombo.

PESCAÑO.—
Llegue.

CAPÓN.—
Excuse la zalea.

PESCAÑO.—
Una barba tendrá como desea.
(Pónenle la barbilla colorada, arrímase
con los otros, y sale el Lampiño 2.º)

LAMPIÑO 2.º.—
¿Yace el barbador insigne
en esta mansión?

PESCAÑO.—
¿Qué quiere?

LAMPIÑO 2.º.—
Barbimostachar, señor.

PESCAÑO.—
Ahí le tiene presente.

LAMPIÑO 2.º.—
¡Oh, barbipleno diluvio;
cerdosísima torrente
de materia zaleosa,
archibarbado de réquiem;

refugio, asilo y amparo
de tanto lampiño estéril,
que se tuerce en profecía
lo que no palpa ni tuerce.

PIRUÉTANO.—

Costricón, costricón.

PESCAÑO.—

Dice

que se explique brevemente
sin preámbulos prolijos
lo que en su causa pretende.

LAMPIÑO 2.º.—

Que me place. Ha siete lustros,
o cinco si no son siete,
puede hacer que me engendró
mi padre Onofre Gutiérrez.
Preñada de mí mi madre,
dióle un mal de madre un viernes,
de comerse un melón de agua
que quiso todo comerle.
Dos médicos, no muy doctos,
la recetan que la echen,
para aplacársele el mal,
una ayuda de agua fuerte.
Recibióla, y yo que estaba
descuidado y en su vientre,
recibí el escopetazo
del jiringal pistolete.
Como era el séptimo mes
de su preñado, le vienen
al instante los dolores,
y nací en el mismo viernes
con la barba desollada.
Sané de ella en tiempo breve,
y al darme el bautismo santo
porque helarme no pudiese
el agua, mandó el padrino
mezclarla con más caliente;
echóse hirviendo en la pila,
chapuzóme el doctor Lesmes
abrasándose las manos
y yo de nuevo peléme.
Esta es la causa, señor,
de que mi barba remede
a un guijarro de Torote.
Si barbas como prometen
tus rótulos, dame barbas.

PIRUÉTANO.—
Quatri corchaz.

LAMPIÑO 2.º.—
Entendedle:
¿cuatri qué?

PESCAÑO.—
Dice que cuatro
cientos reales merece
por dejarle bien barbado.

LAMPIÑO 2.º.—
Soy poeta y no se entiende
con ellos que den moneda,
pues siempre de ella carecen.
Si cura pobres de balde
como los potreros, este
rostro me, pueble de barbas.

PIRUÉTANO.—
Zaramacotón.

PESCAÑO.—
Que llegue.
(Pónenle la barbilla colorada.)
De balde, encaje el poeta;
barbará, Deo volente,
más que un armenio bribón.
Baile y música comiencen.

LAMPIÑO I.º.—
¿Baile?

PESCAÑO.—
Es cosa inexcusable,
porque el ejercicio expele
porosidades cerdosas.

LAMPIÑO I.º.—
Nadie excusarse pretende.

CALVO.—
Ya mujeres han venido
para bailar.

LAMPIÑO I.º.—

Si hay mujeres,
en el baile me hago rajas;
toquen y canten voarcedes.
(Salgan mujeres y músicos, comienza el baile.)
A aumentar barbados
vino a aquesta corte
un maestro insigne
de lejas regiones;
a todo lampiño
de barba y bigote,
que no se le escapan
aunque sean capones.
Toda lisa barba
hace que se forre
de cabello espeso,
si el casquete coge.
Aquí ponen barbas,
llegad, mirones;
que en trayendo moneda,
todo se pone.

(Estando bailando vanse Piruétano y Pescaño.)

LAMPIÑO 2.º.—
¿Dónde se fue el barbador?

LAMPIÑO 1.º.—
Allá dentro.

LAMPIÑO 2.º.—
¿Si se fuese
y nos dejase burlados?

CALVO.—
Burlados no, que el casquete
me levanta ya el cabello.

CAPÓN.—
Veamos cómo encabelleces.
(Quítale el birrete y halla un papel.)
La calva está como de antes
y un papel sobre ella tienes.

CALVO.—
Veamos.

CAPÓN.—
Este es el papel.
Dice así, en razones breves:

"Quien de ligero se cree,
téngase la burla que le viniere".

CALVO.—
¡Por Dios que ha sido gran burla!

CAPÓN.—
¡Que cuatrocientos me cueste!

LAMPIÑO I.º.—
A mí un doblón.

CALVO.—
A mí cuatro.

MÚSICO.—
Con nosotros se consuelen,
que también nos ha estafado
en no pagarnos.

LAMPIÑO 2.º.—
Pues este
es daño general;
bailando y cantando pueden
entrarse con la letrilla
del barbador insolente:
"Aquí ponen barbas,
llegad, mirones;
que en trayendo moneda,
todo se pone".

Acabóse el entremés con este baile, dando grandísima risa a todos, con que se renovó la burla del desollado capón, con lo cual le obligó a irse de Córdoba, acomodándose en Jaén con menos partido, por huir de que no le corriesen por las calles.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO

Donde hace relación de el mayor de sus embustes en Málaga y lo que dél sucedió

Como estaba en resolución de irme de Córdoba, en aquel mes que estuve retirada en la casa de don Jerónimo maquiné uno de los mayores embustes que ha trazado mujer, deseando que tuviese buen efecto, para quedar dichosa por toda mi vida. En la historia que me contó el ermitaño de Sierra Morena, sucedida en Málaga, me acordé que me dijo que al tiempo de ejercer aquella inhumanidad con la muerte de la malograda doña Leonor la habían capturado los moros a su hija de cuatro o cinco años, que se llamaba Feliciano, y que desde entonces hasta ahora no se sabía nueva alguna della, ni la tenía el capitán, su padre. Pues antojóseme hacerme yo aquella niña robada, que, según el tiempo, tendría veinticuatro años, y de esa edad era yo. Esforzóme esto el saber que

Hernando, mi criado, había sido captivo cuatro años en Argel y estaba práctico en las cosas de aquella tierra, de donde había venido seis años había.

Era mozo de agudo entendimiento y presto para cualquier cosa; dile cuenta de mi intento, aprobóle y ofreció ayudarme en todo, instruyéndome en el tiempo de nuestro retiro en lo que había de decir de Argel, haciéndome nueva relación de sus cosas notables, de la condición y trato de los moros, de cómo se portaban con sus captivos, y en todo quedé muy enterada.

Con esto fui previniendo de secreto cuanto era necesario; vendí todo el menaje de mi casa; hícelo dinero; convertido en doblones y joyas, acomodé las monedas en una almilla mía y las joyas en una faja, y, con toda la prevención que fue menester, dispuse mi partida para Málaga. Tomamos mulas, y despidiéndome de mi protector don Jerónimo, me dio la prometida cadena por la burla del capón. Sintió que me ausentara, porque se juzgaba él causa de mi partida; pidióme que le avisase de donde estuviese, que él no sabía dónde era mi partida.

Salimos de Córdoba un lunes por la mañana y, sin sucedernos nada, llegamos media jornada antes de la ciudad de Málaga; era una aldea donde comimos aquel día. Allí determiné quedarme; pagué al mozo de mulas y él pasó a Málaga y de allí a Granada; aquella tarde salió Hernando a buscar si en aquel lugar hubiese un rocín de venta para nuestro propósito; hallóle como deseaba, y concertado con el dueño, se le pagó.

En éste salí el día siguiente a Málaga antes que amaneciese. A media legua de este lugar había un bosquecillo, adonde nos entramos; era el tiempo que comenzaba el alba a mostrar su luz; allí fue donde nos vestimos al modo que Hernando había ordenado.

Yo me vestí una almalafa de varios colores que había comprado en Córdoba, y encima de ella un alquicel blanco; calcéme al modo de Argel, que también el calzado vino hecho al propósito, muy al propio de aquella tierra; compuse de ajorcas de oro mis manos y con un hilo de perlas la garganta; el cabello llevé suelto y cosidos los dos lados con listones de nácar; buenas arracadas de perlas en las orejas y, después de la compostura, me cubrí el rostro con un volante de plata, largo.

Hernando se vistió una jaquetilla azul, calzones de anjeo, albornoz listado de negro y blanco, bonete colorado, medias blancas y alpargatas finas. Con esto y ser él moreno parecía propio captivo de los rescatados de Argel o Tetuán; al fin él hacía el papel como quien se había visto en otra representación como aquella, aunque más de veras.

Después que los dos nos vimos vestidos tuvimos grande risa con la novedad del hábito, diciéndome Hernando que me estaba de mora muy bien. Ya llevábamos hecha una certificacion que el mismo Hernando había escrito, en que daba razón dónde habíamos tomado puerto, que fingíamos habernos escapado del poder de moros; adelante se verá cómo la ordenó, que era el mozo sagacísimo y gallardo escribano.

En todo lo que duró el camino de allí a Málaga me fue instruyendo en cuanto había de decir de Argel y en algunos vocablos de la aljamía, que yo no sabía aunque me había enseñado de ella mucho desde que emprendí esta quimera.

Llegamos a aquella antigua ciudad, sepultura que fue de Florinda, perdición de España, y preguntando por las casas del capitán don Sancho de Mendoza, nos guiaron allá.

Era ya cerca de las oraciones, y, con ser a esta hora, la novedad de nuestro traje juntó a tantos muchachos y gente vulgar que nos seguía, que apenas podíamos andar por las calles. Llegamos a la casa de don Sancho, y, apeándome, Hernando dijo a un criado que dijese al capitán cómo estaba allí una mujer que le quería hablar a solas. El le respondió que su señor estaba recién convaleciente de una enfermedad de que aún no se había levantado, que no sabía si se le podría hablar. Oyó esto un capellán de casa y díjome:

—Suba vuestra merced, señora, que el capitán mi señor nunca estorba a nadie la entrada en su casa; vuestra merced e hablará.

Quedóse Hernando con el rocín y en guarda de una malea, y yo con más ánimo que el caso pedía subí acompañada leí capellán, que me llevó hasta una pieza antes donde tenía a cama el capitán; allí me dijo que aguardase y él se entró avisarle de mi venida.

Estaba entreteniéndose a los cientos, con otro caballero anciano; díjole cómo estaba allí y en qué hábito, cosa que le alborozó mucho, y mandó que entrase luego. Entré procurando que el despejo mío deshiciese cualquier sospecha, y halléme en la presencia de un venerable anciano, a quien ya como a padre que esperaba lo había de ser mío hice una gran cortesía, quitado el rebozo; él me respondió con otra y me mandó allegar una silla. Díjele que le quería hablar a solas, y respondióme:

Cualquier cosa que vuestra merced me pueda querer, no importa que esté presente el señor don Fernando, mi primo.

—Para lo que yo deseo hablar con vuestra merced no importa —dije yo—, y más siendo pariente, que tendrá parte de gusto en mi venida.

Dejáronnos solos a los tres, y yo, de una cajita de hojalata, saqué unos papeles, y de ellos escogí uno que puse en manos del capitán, suplicándole que leyese en alto; él se le dio a aquel caballero, y oyó él estas razones:

"Certifico yo, Galcerán Antonio, notario desta ciudad de Valencia, que a la playa de ella, en el lugar que llaman el Grao, arribó una barca con treinta y seis personas, que en ella dijeron haberse escapado tres días había de la ciudad de Argel, donde estaban captivos en poder de infieles, entre los cuales venía doña Feliciano de Mendoza y Guzmán, que dijo ser nacida en la ciudad de Málaga, hija del capitán don Sancho de Mendoza y de doña Leonor de Guzmán, adonde fue captiva de edad de cinco años con dos criadas de su madre, a petición de la cual, he dado esta certificadoria signada de mi signo y firmada de mi nombre, y asimismo comprobada por tres notarios de la misma ciudad, en que certifican mi legalidad".

Seguíase a esto la comprobación de los tres notarios.

Apenas el caballero leyó la certificación, cuando yo llegué, y puesta de rodillas, pedí al capitán la mano como hija suya, mostrando algunas lágrimas que me ocurrieron, que fueron de grande importancia. El capitán, bañado en ellas, me recibió entre sus brazos, dándome muchos besos en la frente y diciéndome entres sollozos:

—¡Ay, hija querida de mi alma, único consuelo mío y alegría de mi vejez! ¿Es posible que haya permitido el cielo, tras de tan largo tiempo, haberte traído a que me cierres los ojos y muera yo consolado?

No hacía sino abrazarme y yo besarle una mano, derramando también lágrimas. El caballero que estaba allí, no menos tierno que su primo, le dijo:

—Dejad, señor don Sancho, que todos participemos de ese contento, que sin pesar nos ha venido en la señora mi sobrina y vuestra hija.

Abrazóme echándome mil bendiciones y diciendo: — ¡Válgame Dios, lo que te pareces a tu desgraciada madre; hágate el cielo más dichosa que a ella!

A las voces que oyeron los criados entraron todos de tropel, y su dueño les dijo:

—Hijos míos, besad la mano a mi hija, que por milagro de los cielos ha venido a que la vean mis ojos antes de que me los cerrase la muerte.

Todos, locos de contento, llegaron a quererme besar las manos; yo los abrazaba con mucho gusto. Pasó luego la palabra por la ciudad, y en aquella noche no quedó caballero en ella ni señora que no fuesen a dar la norabuena al anciano don Sancho, holgándose mucho de la buena suerte que había tenido en ver a su hija en su casa cuando menos se pensaba.

Muchas lisonjas oí de aquellas damas, en particular de las parientes; hicieronmelas conocer a todas, teniendo yo mucho cuidado con saber de cada una quién fuese.

Dieron lugar para la cena; quedáronse a ella dos o tres señoras de las parientas más cercanas y sus maridos, y pusieron las mesas en el mismo aposento donde mi nuevo padre tenía la cama. En tanto que se prevenía, yo llamé a un criado y díjele si había visto al que me acompañaba. Preguntóme el capitán qué le decía, y le dije que le pedía por el hombre que había venido conmigo desde que desembarqué en Valencia, que era persona a quien, después de Dios, debí mi libertad, y a quien había de galardonar su fidelidad y amor.

—Es muy justo, hija mía —dijo él—; haced que le regalen.

—Ya está hecho, señor —dijo el criado—, y la cabalgadura puesta a recaudo.

—Pues suba acá ese hombre.

Hicieron subir a Hernando, el cual despejadamente habló en las cosas que de Argel se le preguntaron como quien las sabía razonablemente. Díjole el capitán cómo sabía de mí lo que había hecho en mi libertad, y que estuviese cierto que no dejaría sin premio lo que había hecho en orden a ella. El respondió que para él el mayor premio era haberme servido y desear continuarlo lo que tuviese de vida.

Con esto dio lugar a que nos sentásemos a cenar; sirvióse una espléndida cena de muchas ensaladas, platos y dulces. Alzáronse las mesas, y quiso el capitán que, en presencia de aquellos caballeros y damas, dijese el modo cómo me había venido de

Argel. Yo ya había prevenido este lance y traía pensada mi mentira, pues sabía que en ella se fundaba mi máquina; diéronme atención y comencé mi historia desta suerte:

Habiéndome captivado de esta tierra, como todos saben, juntamente con dos criadas, fui llevada de la barca a un bergantín, adonde me pasaron. Esto digo por habérselo oído, siendo mayor, referir a una de las dos criadas, que se llamaba María (también tomé el nombre de memoria de la relación del ermitaño, preguntándoselos todos después). Con esto llegamos a Argel, adonde me compró a mí y a esta criada Muley Cidan, un moro rico y administrador de la aduana y rentas que el gran señor tiene sobre ella; en su casa estuve hasta edad de veinte años, haciendo más de seis que era solicitada de Alí Cidan, hijo de mi patrón, para que dejase mi ley y que sería su esposa. Mas yo, bien instruida de la criada con quien fui captiva, resistía a sus importunaciones, desengañándole que antes perdería mil veces la vida que dejar mi religión.

Era grandísima la clausura nuestra, en particular cuando había redentores de las Ordenes de la Merced o la Trinidad, que ellos llaman Papaces, que entonces no nos dejaban ver la luz del sol, y así ha sido esta la causa para que no se supiese dónde estaba hasta ahora. En este tiempo murió Muley Cidan, y quedó su hijo Alí con la mayor parte de su hacienda y esclavos, que eran muchos; en particular, procuró que yo no saliese de su casa. Al principio tratóme bien, con intento de que yo renegase; mas como conociese mi perseverancia, echó la culpa desto a María, la criada que estaba en mi compañía, a la cual comenzó a tratar tan ásperamente, que esto la ocasionó una grave enfermedad, de la cual murió, con mucho arrepentimiento de sus pecados. Sentí en extremo su muerte, porque me amaba tiernamente y la tenía en lugar de madre. Dentro de pocos días supe la muerte de su compañera, que estaba en poder de otro moro rico.

Pensó Alí Cidan que faltándome del lado mi consejera yo vendría a condescender con su voluntad; mas hallóse engañado, porque vio mucho más valor en mí que hasta allí. Valiérase de la violencia si no fuera por su madre, que le iba a la mano, diciéndole que esperase en el tiempo, que él me haría mudar de opinión viendo estar dudoso mi rescate.

En este tiempo andaban ciertos captivos de un vecino de Alí Cidan, moro de cuenta, por huirse en una barca; dieron parte de su intento a este criado que viene conmigo, conociéndole práctico en tierra y que sabía bien la lengua; él los animó a la empresa y ofreció su ayuda, acompañándose de otros captivos compañeros suyos. Juntábanse las noches en un baño de Alí Cidan todos (que así se llaman las prisiones de los moros), adonde con más fundamento trataron su fuga.

Era Hernando muy conocido mío, y no quiso dejar de darme parte de lo que intentaban, persuadiéndome a que me fuese con ellos. Vi dificultosa la salida por el grande encerramiento en que estaba; mas con todo, dije que dilatasen la partida por ocho días, que en tanto abriría el cielo camino para que yo saliese de aquella opresión. Así le sirvió con sobrevenirle a Alí Cidan una grave enfermedad, con que era menos nuestro encerramiento, por faltar en esto su cuidado. Advertíselo a Hernando, con lo cual dio más prisa a la partida; previnieron una barca buena y señalaron la noche de la fuga, pues con este aviso todos estuvimos con cuidado, y a la media noche rompieron los captivos la puerta del baño y fueron por mí.

Con el desvelo que todos los de casa habían tenido las noches pasadas asistiendo al enfermo, estaban vencidos del sueño, y así pude, no solo salir de casa, pero tomar

algunas joyas y ropa de ella para pasarlo mejor. Salí donde me aguardaban los captivos; alegráronse con verme, y todos juntos nos fuimos quietamente hasta el muro, de donde nos descolgamos con cuerdas por estar las puertas cerradas.

Fue suerte no ser sentidos de los guardas de la ciudad, lo cual nos alentó para llegar presto a la marina. Sacaron aquellos captivos de entre unos árboles los remos para la barca que habían allí escondido, y con ellos entramos en ella, y encomendándonos a Dios, comenzamos nuestro viaje con viento próspero, que ayudaba a nuestra fuga. Mas la fortuna, que nunca permanece en un ser, torció el aire y comenzó a alterar el mar, de modo que comenzamos a padecer una áspera tormenta, en que nos vimos en grande aprieto, porque el viento era contrario, y temimos que nos volviera al peligro, dando con nosotros en la playa de Argel. Duró el temporal dos horas, al cabo de las cuales se sosegó el mar y pudimos volver al viaje, sirviéndose Dios de que arribásemos al Grao de Valencia, donde tomamos tierra, besándola no pocas veces y dándole gracias de las mercedes que nos había hecho.

Los captivos vendieron la barca; yo me vine a Valencia, donde tomé esta certificación después de habernos presentado al virrey, que me honró mucho, sabiendo quién era; de allí hemos venido por Murcia hasta la patria, acabándose mis desdichas con haber llegado a la casa de mis padres, donde nací.

Este discurso hice con tan buen despejo y significación de palabras, ya enterneciéndome, ya alegrándome en las ocasiones que lo pedía, que todos creyeron mi embeleco.

De nuevo me abrazó mi padre y aquellos señores deudos, y siendo hora de recogerse, se despidieron.

Lleváronme dos criadas ancianas de mi padre a un bien aderezado cuarto, adonde reposé aquella noche, aunque parte de ella di al desvelo, considerando cómo me había de portar hija de tal padre y tan estimado en la ciudad.

CAPÍTULO DECIMOCUARTO

Que prosigue con el engaño de ser hija del capitán, la estimación en que la tenían y cómo se vino a saber el embuste, hasta salir de Málaga.

El siguiente día mandó el capitán (que de aquí adelante llamaré con nombre de padre) sacarme vestidos costosísimos de casa de los mercaderes y que se hiciesen con brevedad. Presto me vi en otro hábito, y tan bizarra, que me daban todos el primer lugar de hermosa en la ciudad, con no poca envidia de las damas.

Tenía mi presencia hechizado a mi padre, que se andaba tras de mí embelesado. Luego no faltaron pretensores para ser yernos suyos, frecuentando la calle con paseos a pie y a caballo; algunos dellos me propusieron mis deudos, mas yo decía que harto moza era para casarme; que quería gozar un par de años de la compañía de mi padre; que después habría lugar para tratar de tomar estado con su licencia. Con esto le obligaba a quererme más; no había fiesta donde no me llevase, recreación que no viese, gala que no me sacase y, finalmente, era el dueño de su voluntad y hacienda. Mi criado Hernando

estaba ya en otro hábito, porque informando yo cómo era un hidalgo honrado de la montaña, quiso mi padre que sirviese en casa de gentilhomme, dándole dos vestidos negros, aderezo de espada y buena ropa blanca.

En este estado me puso mi industria, feliz si durara, pues no podía yo desear más que verme conocida por única heredera de un caballero de seis mil ducados de renta, querida de él, estimada de todos y pretendida de muchos para esposa. Mas la fortuna, que no da los contentos consumados, y éste, por el camino que había sido, tenía dudosa duración, permitió que al puerto de Málaga llegase un bergantín de Lisboa, del cual saltaron a tierra cuatro mujeres y tres hombres. Preguntaron por la casa del capitán don Sancho de Mendoza, y fueron guiados a ella. Venía una de las mujeres con un lucido vestido de camino, a quien el principal de los tres hombres llevaba de la mano, no menos lucido que ella.

Era un joven de veintiséis años, de gentil talle y gallarda disposición; los demás venían detrás como criados suyos. De esta forma entraron en casa de mi padre a hora que acabábamos de comer; dijeron que le querían hablar; retiréme una pieza más adentro, y de allí estuve con cuidado acechando lo que querían; tomaron asientos, y el caballero habló desta suerte:

—Ha sido, señor don Sancho, este día para mí el más feliz que podía esperar, por haber llegado a vuestra presencia en compañía desta señora, a quien después conoceréis, para lo cual es bien que primero leáis este papel, que importa.

Púsole a mi padre en las manos; sacó sus antojos, y leyéndole en alto pude oír que decía así:

"Certifico yo, Vasco de Gama, escribano real de Su Majestad en esta ciudad de Lisboa, cómo el Padre maestro Fray Antonio Mascareñas, de la Orden de la Santísima Trinidad, redentor que fue electo desta provincia para el rescate de los captivos cristianos que están en poder de moros en el reino de Marruecos, rescató, entre doscientas y trece personas que trajo de aquellas partes, a doña Feliciana de Mendoza y Guzmán, natural que dijo ser de la ciudad de Málaga, hija del capitán don Sancho de Mendoza y de doña Leonor de Guzmán, su mujer, la cual fue captiva en su patria de edad de cinco años, y por haber sido conocida por mujer noble costó su rescate ocho mil escudos, de los cuales pagó los seis don Duarte Coutiño, caballero desta ciudad, que se halló captivo asimismo con ella debajo del dominio de un dueño, con el cual se casó luego que desembarcaron en esta ciudad de Lisboa in facie Ecclesiae, de que yo asimismo doy fe, por haber estado presente a sus bodas, y así doy esta certificación signada y firmada de mi signo y nombre.—

VASCO DE GAMA".

Con este papel le mostró otro impreso y autorizado del provincial y redentor de la Santísima Trinidad, en que venían los nombres de los captivos que habían rescatado en aquella redención, entre los cuales estaban los desta dama y caballero; todo lo leyó el capitán, el cual, después de haberle leído, muy admirado, le dijo al caballero:

—Espantárase vuestra merced que con estos papeles no haga la demostración debida de levantarme a abrazar a esta señora como hija que piensa ser mía y a vuestra merced

como esposo suyo. Pues sepa que no es sin causa, porque habrá dos meses que llegó a esta casa otra señora con la misma certificación que vuestras mercedes y con señas tan bastantes de su captiverio y fuga, que hoy la tengo reconocida por mi hija, y así está en mi compañía querida y estimada de mí; hállome dudoso a cuál destas dos me crea, por parecerme haber traído bastantísimos papeles para certificarme la verdad.

Atajóle el discurso que iba a proseguir la dama, diciéndole:

—Vuesa merced, señor, no dé crédito a papeles; pero si acaso se acuerda desta reliquia que cuando nació me puso quitándola de su cuello, ella podrá hacer más fe que todo lo que ha visto.

Mostróle una pequeña cruz de oro de extraordinaria labor, que tenía en su hueco un pedazo del sacrosanto madero de nuestra Redención, la cual reconoció el capitán como quien la había traído de las Indias, y allí se la había dado su madre.

Con esta tan cierta seña abrazó a la dama y caballero, y llamando a sus criados les mandó que a mí me encerrasen en un aposento, dejando una criada conmigo que me hiciese guardia. Asimismo mandó hacer otro tanto de Hernando, lo cual se ejecutó al punto. Yo, al principio, visto aquello, comencé a mostrar valor quejándome que diese mi padre crédito a dos viandantes para tratarme de aquella suerte, que a Dios me quejaba de aquel agravio. No me valieron para dejar de ponerme a buen recaudo, con que me vi afligidísima y tan arrepentida de haber emprendido aquel embuste, que diera un brazo por verme libre dél.

El capitán no quiso que esto se supiese en la ciudad, y así mandó a los criados que ninguno hablase palabra hasta saber de mí cómo había intentado tal embeleco. Agasajó a la hija y yerno mucho, regalándolos con grande cuidado, y aquella noche se fue a ver conmigo, hallóme bañada en lágrimas, y algo enternecido me dijo el buen viejo estas razones:

—Los aumentos de mayor estado han disculpado muchas tiranías que se han ejecutado en el mundo, de que las historias están llenas, no perdonando los hijos a los padres ni los hermanos a sus hermanos; en éstos reinaba el de mayor poder, como en otros la sobra de sagacidad. He dicho esto porque no me admira que un hombre de mediano porte, por sus trazas llegue a verse en mayor altura, que virtud es, cuando no la emprenden con ruines medios. La desgracia del captiverio de mi hija y no haber sabido en tanto tiempo nueva de dónde estuviese, habrá dado a algunos intento de hacer lo que vos habíades conseguido, señora doncella, siendo reconocida de mí, por dar crédito a vuestros papeles y fe a vuestra bien estudiada relación; hubiérades sido muy dichosa si otra con más verdaderas señas no deshiciera vuestra máquina, que confieso traíades bien fundada. Otro quisiera que se castigara vuestro embeleco, para dar miedo a que no se atrevisen a usar tales stratagemas; mas mi clemencia y ver en vos buenas partes me hace que me contente con que me digáis vuestra patria, quién sois y cómo habéis hecho este enredo, o quién os indujo a él.

Aquí hizo pausa a su razonamiento, con que aguardó mi respuesta; yo, viendo estar descubierto mi embuste, le dije, puestos los ojos en tierra:

—No debe ser culpable en ningún mortal el deseo de anhelar a ser más, el procurar hacerse de más calificada sangre que la que tiene; supuesto lo cual, en mí no se me debe culpar lo que he hecho, puesto que fue con esta intención de valer más, y así, por la trágica muerte de mi señora doña Leonor de Guzmán, vuestra esposa, supe la desgracia de haber captivado a vuestra hija, con su nombre y el de sus criadas; a quien se la oí fue a un santo varón que, retirado del siglo, está en la soledad sirviendo a Dios con grandes penitencias y aprobación de quien le conoce su riguroso modo de vida. Es de esta ciudad, y caballero; su conocimiento fue en Sierra Morena, huyendo de la violencia de unos facinerosos salteadores que, tras de haberme despojado de cuanto llevaba hasta dejarme desnuda, querían hacer el último despojo en mi honestidad; libróme el cielo y mi valor, que le tuve en tan apretado lance. Allí, como digo, conocí a este varón del cielo que originó mi traza para hacerme vuestra hija, y cierto que iba enderezada más a hacerme de buena sangre con ser hija vuestra, que a las comodidades de hacienda, porque, aunque vago por el mundo, puedo asegurar que he guardado siempre los preceptos de la buena enseñanza y educación que tuve (quedando huérfana de mis padres) en casa de unas virtuosas mujeres vecinas suyas. Soy de Madrid, hija de un hidalgo de la montaña; hasta ahora me he sustentado de el trabajo de mis manos; por estar sin el cuidado de buscar hoy lo que tengo de comer mañana, quise de una vez verme en la alteza de ser vuestra hija; mas el cielo, que permite, pero no para siempre, ha declarado la verdad. A vuestros pies me postro para que hagáis en mí el castigo que tal delito merece, que bien sé que soy digna dél.

Aquí comencé a derramar abundancia de lágrimas, con que de nuevo enternecí al anciano caballero; él me consoló y dio su palabra que por haberme tenido aquel poco de tiempo por su hija de su casa no recibiría daño, antes todo favor y buen pasaje adonde determinase irme. Yo le agradecí la merced que me hacía, y quise besar una de sus manos; no me lo consintió, antes me abrazó. Preguntóme mi nombre, díjele el verdadero, con que me dejó.

Al tiempo de salirse de donde estaba le supliqué por Hernando que de su generosidad recibiese la misma merced y favor que yo. Prometiόμε hacerlo. Con esto se volvió adonde estaban su hija y yerno, y les dio cuenta de lo que había pasado conmigo; eran los dos de generosa sangre y piadosas entrañas, y aprobaron lo que había propuesto de hacer.

El día siguiente entregué las llaves de mis cofres donde tenía mis vestidos, habiendo sacado primero la almilla en que traía estofada mi moneda y la faja de mis joyas sin que nadie la viese. Esta entrega les volvió a enternecer, y, usando el capitán de su generosidad, me dio dos ricos vestidos de los que se me habían hecho, su hija una sortija y el yerno una vueltecilla de cadena.

No me prometí yo cuando se descubrió mi embuste tanto bien, que tomara salir de su casa con sólo el vestido que llevaba encima; hízolo el cielo mejor, que suele (para que conozcamos la bondad de su Criador) hacernos favor cuando merecemos pena y castigo.

A Hernando también le dejaron los dos vestidos que le habían dado, con harta pesadumbre de los criados de casa, que quisieran que se los quitaran por esperarlos heredar algunos. También le entregaron el rocín, en el cual, con harto sentimiento, me partí de Málaga aquella tarde, agradeciendo al buen capitán la merced que me hacía, que

si publicara mi enredo, toda la ciudad me apedrearía y saliera della por lo menos afrentada; quiso tener oculto el caso hasta verme fuera de la ciudad.

Tomamos el camino de Granada, adonde pensaba que me iría bien en mi oficio, y sin sucedernos nada llegamos a aquella antigua ciudad, madre de tanta nobleza africana y ahora patria de tantos católicos caballeros. Bien tuvimos que contar por el camino de lo pasado, dando cada instante gracias al cielo de la piedad que usó con nosotros en Málaga. Tomamos una buena posada, donde estuve ocho días mientras hallaba casa a propósito. En uno de éstos quise divertirme y ver una comedia, que tenía noticia estar allí una muy lucida compañía: Tomé lugar en el corral, adonde en el primer paso de la comedia se me ofreció a la vista el licenciado Sarabia, que hacía el primer papel en ella. Salió muy bizarro, y como tenía buen talle dábale realces el vestido.

Holguéme infinito de verle, y mucho más con su representación, que era entonces la persona que más fama tenía en la comedia. Él hizo extremadamente su papel, dejando al auditorio gustosísimo, y saliendo toda su gente diciendo mil alabanzas de lo bien que lo había hecho. Confieso que me renovó las antiguas heridas, viendo otro hombre en él, porque lucía, sin comparación, mucho sin el hábito de estudiante, y que esto me hizo desear manifestarme y que supiese que estaba allí. No lo dilaté para otro día, porque sabiendo su posada le hice llamar. Salió así como había representado donde yo estaba, y llegándose a mí, me dijo, con el sombrero en la mano:

—¿Es v. m., señora mía, quien ha preguntado por mí?

Yo, disimulando la habla, le dije que sí, y que se sirviese de seguirme, que tenía un negocio que tratar con él en mi posada. Bien se pensó él que ya yo venía rendida, y así dijo que guiase, que él me iría acompañando con mucho gusto. Fuimos hablando por el camino en la comedia y en lo bien que él había representado en ella. Estimó las alabanzas que oía de mi boca, con que llegamos a mi posada. Entré en ella sin descubrirme hasta que entré en mi aposento, adonde, quitado el manto, él se quedó admirado cuando me conoció. No pudo abstenerse de no abrazarme; correspondíle, y tomando asientos nos dimos cuenta el uno al otro de nuestras vidas. Él me dijo de la suya que luego que yo falté de Madrid había muerto su padre muy pobre, con lo cual él dejó los hábitos de estudiante, y en una buena compañía de representantes se acomodó, que salía de la corte a la Andalucía, donde hizo segundos papeles con tanta aprobación del auditorio, que acabó el año haciendo los primeros, y que así lo había continuado hasta allí, ganando treinta reales de ración y representación cada día, siendo rogado de todos los autores y persuadido de los señores de la corte, que son los que patrocinan la comedia y hacen las compañías.

Preguntéle si se había casado; díjome que no, porque se hallaba mejor soltero, aunque otros tenían por razón de estado casarse con mujeres celebradas en la comedia, teniendo galas y que gastar por ellas; pero que él estaba entonces fuera de verse en eso. Dile yo cuenta de mi vida sin tocar en lo de Málaga, que dejaba tan reciente, porque no me tuviese por embustera. Aquella noche quise que cenase conmigo, y después de la cena se fue a su posada, pidiéndole que me viese cada día. Prometió hacerlo así, pues tan bien le estaba el visitar a persona a quien tanto había querido y deseado servir.

En que da cuenta de su casamiento con Sarabia, y cómo se entró a comedianta, con lo más que le pasó hasta salir de Granada.

Con la continuación de visitarme Sarabia tan galán y verle yo representar, se me abrieron las antiguas heridas del pasado amor, y paró todo en matrimonio, persuadiéndome él a que nos casásemos, que con mi buena voz ganaría muy buen partido en la compañía, que junto con el suyo sería suficiente para pasarlo bien los dos. Tanto me dijo, que me determiné a seguir aquella profesión, a que yo siempre fui muy inclinada desde niña, de suerte que todas las veces que veía comedia envidiaba notablemente a aquellas mujeres della y a las galas que traían.

Tenía el autor necesidad de una voz como la mía para tener una consumada música en la compañía, y así, habiéndole dado cuenta de su empleo Sarabia, lo aprobó y ofreció ayudarle en cuanto se le ofreciese, prometiéndole dineros adelantados si los hubiese menester. Fuémelo a decir Sarabia; mas yo le dije que no embarazase al autor en aquello, que yo me hallaba con trecientos escudos y dos ricos vestidos (que eran los de Málaga) para poder pasar sin entrar en deudas con el autor.

Holgóse Sarabia de oír esto, y tratóse luego de hacer las amonestaciones, las cuales, hechas en un sábado que holgaba la compañía, nos desposamos y velamos, acudiendo toda ella muy de gala a la boda, siendo el autor padrino, y una mujer de la comedia que hacía los primeros papeles, la madrina. Hubo aquella tarde mucha fiesta en la posada del autor, adonde comimos aquel día. Esa noche me ensayaron en un tono; con que esotro día (que era domingo) me planté en el tablado a cantar, que a la novedad de la recién venida a la compañía hubo mucha gente. Parecí a todos bien, según dijeron, y quise revalidar las aprobaciones cantando sola en la tercera jornada, donde en un tono nuevo que yo sabía diestramente hice alarde de mi buena voz y destreza, de modo que dejé admirado al auditorio, diciendo que con mi persona había el autor hecho la mejor compañía de España. El estaba loco de contento, y mucho más mi esposo, que se juzgó con mi compañía el más feliz hombre del orbe.

A la fama de mi voz, que corrió por la ciudad, se dobló el auditorio en la comedia, y aunque ella fuese de las que atraen silbatos y castra puercos, se salvaba por mí. Esto conocía bien el autor, y así me regalaba con grande cuidado; hacía algunos papeles pequeños, en que di muestras de que representaría bien. Presto lo vio con claras experiencias, sucediendo caer enferma la mujer que hacía los primeros papeles de las damas, por lo cual se me dio uno de una comedia que habíamos de estrenar de allí a seis días. Para éstas hice hacerme un bizarrísimo vestido con mucha plata. Llegóse la ocasión y di tan buena cuenta de mi persona, que excedí con grandes ventajas a la compañera enferma, diciendo todos que haría el autor muy mal en quitarme los primeros papeles.

Toda la compañía quedó admirada de ver cuán bien había representado, y que por esto había durado la comedia ocho días.

Había en Granada algunos señores que estaban pleiteando en aquella Real Chancillería; uno dellos, caballero mozo, rico y lucido, dio en festejarme y comenzar a hacerme regalos de dulces y de meriendas, y acudía las noches a mi posada. Daba Sarabia lugar, con irse de casa, a que hablásemos a solas, cosa con que yo me ofendía mucho, porque

aunque en los de aquella profesión sea estilos, yo quería bien a mi esposo, y no gustaba de aquellas conversaciones que estimaran mis compañeras ver en sus casas, teniendo no poca envidia de mí.

Murió la enferma compañera, con que yo quedé heredera de sus papeles, con mucho gusto del autor. Acrecentóme el partido, de suerte que con los dos ganábamos cincuenta y cuatro reales cada día, con que lo pasáramos bien, si Sarabia no se comenzara a distraer con darse al juego, de modo que cuanto ganábamos estaba jugando esotro día y se buscaba para la comida. Al principio lo comencé a llevar con paciencia; mas después fue tanto lo que me desabrí, que no traía gusto conmigo.

Era el autor viudo, y muriósele su dama en la compañera que faltó; quiso que como le sucedí en los papeles le sucediera en el amor, yo no estaba dese parecer, ni era como las otras, que le obligaban con sus cuerpos porque no faltase moneda en sus bolsas, digo la ración y representación cierta. Yo me tenía mi dinerillo, que ocultaba de Sarabia, y no sabía de él sino Hernando, que todavía asistía a mi servicio. Con esto no había menester dar gusto al autor ni aun al príncipe aficionado mío, y así me esquivaba de todos.

Llegó la rotura de Sarabia en el juego a tanto, que comenzó a empeñarme los vestidos con que me había de lucir. Con esto no teníamos hora de paz, atreviéndome a ponerme las manos. Vino su desvergüenza a tales términos, que me comenzó á decir que bien podía no ser singular en la comedia, sino admitir conversaciones de quien me quería bien, que otras alzarán las manos al cielo de tener las ocasiones que yo para mayores aumentos. Finalmente, él me dio a entender que no le pesaría de verme empleada en el príncipe que me pretendía, con lo cual vía abierta permisión a toda rotura, y en él dispuesto sufrimiento para todo.

Una de las cosas que mas hacen perder el amor que tienen las mujeres a los hombres es el verse desestimadas de ellos, y en particular ser tratadas como mujeres comunes y de precio. Visto lo que Sarabia me había dicho, desde aquel punto se me borró el amor que le tenía, como si no fuera mi esposo y le hubiera amado tanto.

Diome la ocasión, y yo no la dejé pasar; así que comencé más afable a dar audiencia al príncipe, el cual comenzó a cuidar de mí por lo mayor, gastando conmigo largamente en galas, pues me daba cuantas se ofrecían al propósito de las representaciones. Podíase hacer otra historia de los papeles con que le daba los buenos días mi criado Hernando, que eran a este modo:

"De aquí a seis días, estrenamos una comedia nueva, en que salgo vestida la primera jornada de labradora; la segunda, de hombre, y la tercera, de dama. V. S. se sirva que con su cuidado no desdiga de mi lucimiento; éste espero de su generosa mano, y véngaseme por acá, que se deja ver a deseo".

De este género tenía cada vez que había comedia nueva papeles. Queríame bien, y no reparaba en gastar cuanto le pedía, aunque fuesen impertinencias, como tal vez se ofrecía para el vestido de ángel, ya el de mora, ya el de bandolero, ya el de india, de suerte que él era el obligado a adornar todas mis transformaciones a costa de su moneda, que gastaba conmigo sin duelo. Harto se daban al diablo sus criados; pero él hacía su gusto.

Como Sarabia me vio en el empleo que deseaba, cursó el juego con más asistencia, y traíale tan fuera de sí, que por el desvelo de jugar erraba algunos papeles, y dábale al diablo el autor no aprovechando el reñirle para que se enmendase. Ya yo no hacía caso de él; daba cuenta de lo que me tocaba, y no me metía en más. Con todo, me pidió el autor que por orden de aquel señor que me festeaba se le diese una mano; parecióme que le sería de enmienda, y así, un día le di cuenta del distraimiento de mi marido, y cómo llegaba a tanto, que lo pagaban mis galas vendiéndomelas o empeñándolas. Sintiólo mucho por ser contra su hacienda, pues faltándome, era cierto acudir yo a él, y así le cogió un día y le puso de vuelta y memoria, amenazándole que si sabía que jugaba me había de apartar de su compañía, y a él le había de hacer castigar de modo que no fuese hombre en toda su vida. Amedrentóse con esto; consideró lo que perdía y su poca seguridad si se resolvía a castigarle, y así no trató de jugar más que para sólo divertirse una cosa moderada.

Con esto volvimos a tener paz; acabó el autor sus representaciones, y así salió de Granada para Sevilla. Asistía allí el príncipe con su casa, y sintió en extremo que el pleito le embarazase de modo que no pudiese irse a Sevilla en mi seguimiento; pero consolóse en que esperaba presto la sentencia, y que luego se vendría de propósito, porque sabía que habíamos de estar allí por lo menos un año.

El día que partió la compañía se me tomó litera en que fuese sola, y un criado suyo en una mula fue a mi lado acompañándome y con dinero para regalarme por el camino y orden de asistirme en Sevilla, así para mi regalo como para mi guarda, que temía no hiciese empleo. Diome cien escudos para cintas, y salimos con eso de Granada sin sucedernos nada.

CAPÍTULO DECIMOSEXTO

De lo que le sucedió en Sevilla; cómo hizo una burla unos médicos, que fue ocasión de enviudar

Desde Granada hasta Sevilla volvió el autor a darme nuevos tientos en su pretensión: miren qué lindo para quien tenía mucho dinero y el gusto hecho a tratar con un señor pródigo y enamorado. Halló en mí la misma resistencia que antes; de suerte que desistió de la pretensión algo corrido, redundando desto querer vengarse de mí, como adelante diré.

Comenzamos en Sevilla a representar con tanta aprobación del auditorio y alabanzas tuyas, que todos decían no haber tales dos personas como Sarabia y yo en toda España. Cada día acudía más gente a nuestro corral, faltándole al autor del otro con echar cada día comedia nueva y ser buena la compañía. Mas estaba yo tan señora de mi representación y acciones, que eso y la buena voz traía la gente a oírme de los más remotos barrios de la ciudad, estando a la una del día el teatro que no cabía de gente.

Sucedió enviarnos de Madrid una comedia escrita por tres poetas de los mejores que se conocían entonces. Era la comedia de aparato, galas y grandes tramoyas; el papel primero parece que se había cortado para mi representación; éste me quitó el autor por vengarse de mi desprecio, y se le dio a la compañera, que hacía los segundos papeles.

Sentílo con extremo; pero no me di por entendida, sino tomé el papel que se me repartió, viendo que el autor, por su tema, se hacía a sí mismo la befa.

Con todo, no quise dejar de vengarme de aquel agravio que confesaba toda la compañía haberseme hecho, y así, habiendo tres días antes prevenido y convidado al pueblo con esta comedia, exagerando su bondad y las galas que se habían de sacar en ella, aquella mañana que habíamos de hacer el último ensayo della para hacerse a la tarde, me fingí enferma de un grave dolor en el estómago y vientre, de que mostraba faltarme la respiración; di parte de mi embuste a mi marido y a Hernando; vino el autor, diciéndome que me animase, que bien podía ir a ensayar.

Yo le dije que mi vida la estimaba en mucho y que no podía hacer lo que mandaba ni aun hablar, quejándome con grandes gritos. Comenzó, a afligirse, diciendo ser el más desgraciado del mundo en que esto le sucediese cuando toda la ciudad estaba convocada para aquella comedia, puestos carteles y compuesto uno de los mayores teatros que se habían visto en el mundo. Yo le signifiqué mi pesar, y que quisiera estar para representar; mas el dolor que padecía era intolerable.

Llamaron dos médicos que acertaron a pasar por la calle; entonces subieron a verme en presencia del autor, y, tomándome el pulso, dijeron me comenzaba la accesión; quisieron ver la orina, y para que la tomase, dieron lugar, saliéndose otra pieza más afuera. No me hallé con disposición de tomarla, y así, Hernando, en su lugar, echó un poco de vino blanco en un orinal que les mostró a los doctores. Pasó plaza de orina para con ellos, que no tenían mucho de Galeno, pues eran de los que se convidaban con sus personas por las calles, no de los que por su buena fama son buscados en sus casas. Vieron, como digo, la orina, sin desengañarles el olor del vino, y dijeron mil desatinos sobre ella. Acordaron que me sangrasen de los dos tudillos luego, y que a la tarde se me echase una ayuda, con que se fueron cuidadosos de volver a verme.

Costosos remedios eran para mí los recetados, no me estando bien el hacerlos. Salió Hernando fuera y trujo sangre del rastro, que pasó plaza, en cuatro escudillas, de ser mía, y el clistel dijo haberseme echado. Cuando los médicos volvieron a verme tocaron el pulso y dijeron que me hallaban aliviada, si bien no libre del todo de la calentura. Yo me quejaba menos como no estaba allí mi autor; diles ocho reales, con que fueron contentísimos, que quizá no habían ganado otro tanto en toda aquella semana, y yo quedé con escarmiento de no curarme con semejante gente.

Acudió mucha gente a la fama de la comedia; disculpóse el autor de no la hacer por mi enfermedad; conoció allí la falta que hacía, pues sin mí no hubo sosiego en el auditorio, estando todos desazonados.

Esotro día tampoco quise que representase, pasando con mi mal adelante, con que se desesperaba el autor. Al fin al tercero día se hizo la deseada comedia, en la cual la dama compañera erró el papel y dio que notar al auditorio y decir que se me había hecho agravio en quitármele, por lo cual no se le lució bien la comedia: contra sí hizo y a dinero pagó su tema. No le sucedió más, aunque vio siempre en mí resistencia a su gusto. Era rectísima guarda el criado del señor conmigo; pero no por eso dejaba de admitir visitas de otros señores, si bien no le perdí la lealtad al que dejaba en Granada con esperanzas de verle presto en Sevilla.

De la burla que hice a los médicos (que después supo el autor, para que se enmendase en no tomar temas conmigo) tuvo motivo Sarabia para escribir un entremés. Era pública la burla por Sevilla, y así cayó más en gracia cuando se representó, si bien al poeta y a mí nos estuvo mal. He querido ponerla aquí por divertir un rato al lector y mostrar la habilidad de mi esposo. El entremés es éste:

LA PRUEBA DE LOS DOCTORES

FIGURAS:

TRUCHADO

GINÉS

BRÍGIDA

DOCTOR RIBETE

DOCTOR MATANGA

DOCTOR REBENQUE

MÚSICOS.

(Salen GINÉS y TRUCHADO, su amigo).

GINÉS.—

Ya os he dicho, Truchado, que es mi gusto.

TRUCHADO.—

Vuestro gusto será, mas es injusto.

GINÉS.—

He de experimentar su amor en Brígida.

TRUCHADO.—

¿Su amor? Ved que os adora.

GINÉS.—

No confío,
que de amor de mujer siempre me río.

TRUCHADO.—

Ahora lo veréis con experiencia.

GINÉS.—

Y con ese veré la oculta ciencia
de los anti-sculapios de este tiempo,
por quien un gran poeta de retruécanos
y coplas revoltosas cobró fama,
haciendo este satírico epigrama:

*De médicos está lleno,
malos, el mundo, y por Dios,*

*que diera Galeno, el bueno,
heno a más de veintidós
que visten veintidoseno".*

TRUCHADO.—
Es extremado.

GINÉS.—
Va de burla, amigo;
ya me empiezo a quejar.

(Sale BRÍGIDA).

TRUCHADO.—
Señora Brígida.

BRÍGIDA.—
Quién llama?

GINÉS.—
Yo, mujer, que vengo malo.

BRÍGIDA.—
¿Es de veras, marido, o es regalo?

GINÉS.—
Tal regalo os dé Dios.
¡Ay, que me muero sin remisión!

TRUCHADO.—
Hacedle que se acueste.

BRIGIDA.—
¿Qué tenéis?

GINÉS.—
Si os alegra, tengo peste.

BRIGIDA.—
¿Peste, señor Truchado?

TRUCHADO.—
No, señora;
un vahído le dio; no será nada.

BRÍGIDA.—
Más valiera ser peste confirmada.

GINÉS.—
Los médicos llamad, que este es mi gusto.

TRUCHADO.—
No os asustéis, señora.

BRÍGIDA.—
No me asusto.

(Vase BRÍGIDA.)

TRUCHADO.—
Brígida se lastima ya de veros.

GINÉS.—
Mejor la pongan en un fuego en cueros.
En la cama me zampo de repente,
quiero hacer del quejoso y del doliente.

(Entrase así vestido en una cama, y sale BRÍGIDA
con tres médicos: RIBETE, MATANGA y REBENQUE.)

BRÍGIDA.—
Aquí están, marido mío,
el señor doctor Ribete,
el señor doctor Matanga
y el señor doctor Rebenque.

GINÉS.—
Lleguen en buen hora todos.

RIBETE.—
Dios guarde a vuestras mercedes.
¿Qué es esto, señor enfermo?

GINÉS.—
Señor, un grave accidente
que me inquieta los sentidos.

RIBETE.—
Dios querrá que se remedie.
Déme ese pulso derecho,
y veré de qué procede.
Ya que el pulso le he tomado,
vuestras mercedes se enteren,
que él después informará
de su mal.

MATANGA.—
Bien me parece.
(Tómanle el pulso.)

TRUCHADO.—

¿Juntar a tantos galenos
tan presto? Brígida quiere,
cansada de su marido
las reverendas ponerse.

RIBETE.—

Pues hemos tomado el pulso,
el enfermo ahora puede
informarnos de su achaque.

GINÉS.—

De buena gana; escúchenme.
Trajéronme ayer, señores,
para fiesta de un banquete
del vino más estimado
siete frascos de Torrente.
Púselos sobre una mesa,
y una mona (que quien tiene
mona sin vino es un asno)
quebrómelos todos siete.
Diome del susto (¡ay de mí,
que del pesar me desfallece!
¡No más monas en mi casa!)
un dolor tan vehemente,
que del fin de los zancajos,
tan ofensivo se atreve
a trepar por las canillas
como si fuera grumete.
Hace asiento en las rodillas,
y, con cólera valiente,
por las dos tablas muslares
a las ijadas se viene.
Malo fuera para atún;
nadie quisiera comerme,
mejor fuera en lo sensible
para mula de alquileres.
El punzativo contagio
hace de su daño asperges;
por la ventrícula playa
mondonguero es de mi vientre.
Al estómago se sube,
y de su alcoba se extiende
hasta escalarme el gazonate,
la boca, muelas y dientes,
narices, ojos y cejas;
aposéntase en la frente,
dominando imperioso
del colodrillo a las sienas.
Este es mi accidente en suma.

RIBETE.—

¿Reconcéntrase en las renes
esa intención dolencial?

GINÉS.—

Y tan pulmónicamente,
que es ya mi riñonícida:
tanto me aprieta y ofende.

REBENQUE.—

¿No tranquiliza el tesón?

GINÉS.—

No lo entiendo.

REBENQUE.—

¿No lo entiende?
Digo, si lo vigoroso
suele estar intercadente.

GINÉS.—

Menos lo llevo a entender.

MATANGA.—

Si lo sensible padece
opresión universal,
sin darle lugar al requies.

GINÉS.—

No puedo hacer responsión
si clara no me hablan mente.

RIBETE.—

¿Dicen si el mal le estimula
ad invicem, o si tiene
impírica posesión
en el cuerpo permanente?

REBENQUE.—

¿Si ofende o no a todas horas?

GINÉS.—

A todas horas me ofende.

RIBETE.—

Menester es ver la orina.
(Sacan un orinal con vino.)

TRUCHADO.—

Aquí está.

RIBETE.—

Galeno, in Verrem,
y Rasis en su Thebaida,
este color aborrecen.

MATANGA.—

Hipócrates, en su Eneida,
dice que el peligro teme
del enfermo que esta orina
ex corpore suo expelet.

GINÉS.—

¡Buenos andan los galenos!, Truchado,
Y es un vinillo de Yepes
trasladado al orinal.

TRUCHADO.—

Di, ¿qué pretendes
Ginés, con aquesta burla?

GINÉS.—

Que las cabezas se quiebren
mientras que de ellos me río.

TRUCHADO.—

¿No ves a Brígida Pérez
cómo atenta les escucha
lo que entre los tres confieren?

GINÉS.—

Debe importarla que hagan
los disparates que suelen
hasta dar fin con mi vida,
que mudar de estado quiere.

MATANGA.—

Ginés, el mal es tan grave,
que retirarnos conviene
a hacer los tres una junta
sobre lo que hacer se debe;
que la orina nos indica
estar el cuerpo doliente
de grave morbo.

GINÉS.—

En buen hora;
hacerla allá fuera pueden.

RIBETE.—

Déjenos solos aquí.

GINÉS.—

Solos a los tres los dejen.
Mujer, retiraos allá.

BRÍGIDA.—

¿Quién habrá que me consuele?
¡Ay, marido de mi vida,
que te mueres, que te mueres!

(Vase.)

GINÉS.—

Mejor te coja una tapia,
y a quien a ti te creyere.
¡Mal haya el hombre que fía
en vuestro llanto, mujeres!
Pues allá se han retirado,
quiero escuchar lo que quieren
hacer estos tres alfanjes,
o montantes de la muerte.

(Levántase cubierto con una manta.)

REBENQUE.—

¿Tiene muchos sufragáneos
el señor doctor Ribete
en quien su ciencia se ocupe?

RIBETE.—

Tendré como diez y nueve.
¿Y vuestra merced, señor?

REBENQUE.—

En mi lista doce o trece.
¿Y en la del doctor Mortaja?

RIBETE.—

Diez y ocho, que está ausente.
¿Y vuesa merced, señor doctor?

MATANGA.—

El primer enfermo es este
que en este mes me ha venido.

RIBETE.—

¿Y en el pasado?

MATANGA.—

Hasta veinte
encaminé a la otra vida.

GINÉS.—
¡Malos garfios te desuellen
hasta verse las entrañas!
¿Tú eres médico? Eres peste
y contagio universal.

RIBETE.—
Pues sin curar, ¿en qué entiende?

MATANGA.—
Tomo liciones de esgrima.

GINÉS.—
Del fiero homicidio quiere
ser graduado in utroque;
él saldrá muy eminente.

RIBETE.—
¿Qué tiempo tiene su mula?

MATANGA.—
Tendrá como treinta meses.

RIBETE.—
¿Es mansa?

MATANGA.—
Como una onza
cuando sus cachorros pierde.

RIBETE.—
¿Es suelta de pies y manos?

MATANGA.—
Y tan resuelta, que puede
dar a la Tabla redonda
más pares que ella se tiene.

GINÉS.—
Para tus muelas, doctor.

MATANGA.—
De las cosquillas procede
el ser algo juguetona.

GINÉS.—

Reniego de sus juguetes
si no son contra su amo.

MATANGA.—

Esa vuestra me parece
que no es del todo muy sana.

RIBETE.—

A dar mordiscos puede
apostárselas a todas.
Sabe curar diestramente
todo mal de lobanillos,
por lo diestro con que muerde.

GINÉS.—

A Genebra con la cura
y a Lucifer que la piense;
al fin, tal como su amo,
que todos resabios tienen.

RIBETE.—

La mía, a dar cabezadas
ninguna puede excederle,
que ha muerto cuatro doctores.

GINÉS.—

Y cuando al quinto le entierren,
ganará mucho la corte
con el sujeto que pierde.
Avisón, mirones míos,
quien cayere malo aceche;
que esto hacen los idiotas,
pero no los eminentes.

RIBETE.—

¿Qué sentís de aqueste enfermo?

REBENQUE.—

Que está peligroso, y puede
darle este mal en modorra
si al pelicranio le vence.
Y para que se descargue
el humor de que procede,
he de echarle cien ventosas
fajadas.

GINÉS.—

Mejor te tuesten,
ministro de Satanás.
¿Fajadas? Este pretende

como a tafetán o raso
escaramuzado verme.

RIBETE.—

Yo le echaré doce ayudas
de resina y agua fuerte
para evacuarle el humor.

GINÉS.—

Mejor de un rollo te cuelguen.

MATANGA.—

Pues yo, tras los dos remedios,
le purgaré doce veces.

GINÉS.—

Purgas malas te dé Dios
que del cuerpo no las echés
y si las echares salgan
como mangas de cohetes

RIBETE.—

Volvamos a visitarle
y déjenme vuesarcedes,
que yo le he entendido el mal
y haré lo que conviniere.

(Vuélvese GINÉS a la cama y llegan los doctores.)

Señor Ginés, su dolor,
que por los talones viene,
comenzó por sabañones,
intruso ya en los juanetes;
en las rodillas es gota,
ijada en la finbria ventris,
ceática en las caderas,
mal de que tantos tollecen.
Llamárale mal de madre
o torzón al atreverse
al vientre, mas no es mujer,
ni rocín.

TODOS.—

Es evidente.

RIBETE.—

Mal de estómago es en él,
garrotillo en el gollete,
mal de muelas en la boca
y jaqueca en las dos sienas.

El es mal muy peligroso;
paciencia, Ginés, apreste,
que un sacrificio le aguarda.
Llamar seis barberos pueden
con otros seis boticarios,
porque han de hacerme presente
con ayudas y ventosas
que la cura se comience,
que esto nos dice la orina.

GINÉS.—
¡Juro a Dios que ella les miente,
o que ellos están sin seso,
pues que de orinas no entienden!
¿Es esta que tengo aquí?

(Muéstrasela.)

RIBETE.—
La misma.

GINÉS.—
Pues ella vuelve
al cuerpo de quien salió.

MATANGA.—
¿Está loco?

REBENQUE.—
El se la bebe.

(Bebe el vino.)

GINÉS.—
Señores protoidiotas:
esta orina orinó en Yepes
el cuerpo de una tinaja,
y cada cuartillo puede
resucitar cuatro muertos;
yo examiné sus caletres
tan doctos, que es compasión
que a galeras no los echen.
Brígida bien deseara
que mi dolencia creciese
para ser en tierna edad
otra viuda de Gelves.

REBENQUE.—
Por Dios que me he avergonzado.

RIBETE.—

¿Y el señor doctor Ribete
monda nísperos acaso?

REBENQUE.—

¿Y yo?

GINÉS.—

La fiesta comiencen.

TRUCHADO.—

Las vecinas se han juntado;
todos a Ginés alegren.

GINÉS.—

Y a estos señores doctores
que su ciencia lo merece.
(Salieron músicos y mujeres y hicieron este baile.)

*"Legos de la medicina,
atended despacio al baile,
que contra los desaciertos
ha de servir de vejamen.
Oigan y callen
y quien más los celebra,
dellos se guarde.
Doctores hay pistoletes
que al primer recipe parte
el enfermo a la otra vida,
sin que remedios le basten.
Oigan y callen, etcétera.
Doctores hay almaradas,
que sacando poca sangre,
al que cogen de antuvión
no hay miedo que se escape.
Oigan y callen, etcétera.
Doctores hay carniceros
que tronchan, cortan y raen,
y éstos por lo criminal
son de la muerte montantes.
Oigan y callen, etcétera.
El doctor y el albéitar
siempre compiten
en quien mata más hombres
o más rocines.
En sus recipes funda
su ciencia el doctor,
más en lo que recibe
que en lo que ordenó.
Las navajas parecen*

*a los doctores,
que lo agudo nos muestran
y el filo esconden."*

Acabóse el entremés con este lucido baile, que fue muy celebrado de toda Sevilla, si no de los agraviados, que se la guardaron a Sarabia, sabiendo ser el poeta, y con cuatro amigos le cogieron una noche y le dieron muchos talegazos, con que le pusieron tal, que en seis días le llevo Dios.

Quedé viuda, aunque bien puesta, con que fue más fácil de llevar la pena que si quedara pobre; el señor que me asistía se quedó en Granada a aguardar la sentencia de su pleito; el criado, por orden suya, me dejó de acudir, que todo cansa, y más a él, que le iban ya a la mano en estos gastos.

Sobreviniéronle al autor dos ejecuciones de mil quinientos ducados; pusieronle en la cárcel, cerca de Cuaresma, y con esto desbaratóse la compañía. Persuadíanme los compañeros que me fuese a Madrid a entrar en otra, y el huésped de mi posada en que me casase con él. No me había ido tan bien con Sarabia que desease segundo matrimonio, y así quíseme quedar en Sevilla en hábito de viuda.

No faltaban galanes que me deseaban servir, aficionados a la moza; pero yo, con mucha severidad los despedía a todos, deseando huir de empeños, y más de amor. Salí de la posada en que estaba y puse casa en los barrios del Duque, donde, con el dinero que tenía, pude tener una criada de labor y otra para salir de casa; así me pasé más de medio año, hasta que con la venida de la flota vino a ser vecino mío un perulero.

Viome un día en la iglesia, adonde le parecí bien, según me dijo; deseó mucho hablarme, y para eso puso todos los medios posibles. Conocí su afición, y, porque cayese el pez con más deseo del cebo, neguéle una y muchas súplicas que me hizo de quererme visitar, y asimismo dejéme ver poco en la iglesia, con lo cual andaba el buen perulero bebiendo los aires por mí.

Era hombre de cincuenta años, entrecano, enjuto de rostro; buena estatura y andaba lucido, aunque no tanto como pudiera con más de cincuenta mil ducados que había traído de Lima. Su familia eran dos criados de espada, tres negros y una negra, que le guisaba de comer. No tenía coche, sino andaba en un macho regalado, acompañándole dos negros.

La perseverancia acaba muchas cosas y pocas son las que se le resisten. Como le vi con ella, procuré que un amigo de mi marido, letrado, le hablase como que era acaso y que le informase de mis partes, a quien yo instruí en lo que había de decirle acerca de mi persona. Acudió el tal letrado a mi casa dos o tres días, a quien vio entrar en ella el perulero, y pareciéndole que sería persona muy familiar mío, pues tanto frecuentaba mi casa, viose con él y pidióle que le dijese quién era yo.

Deseaba darme gusto el jurista, y díjole ser hija de un caballero de Castilla, muy calificado, el cual había venido a Sevilla en busca de un hermano suyo que estaba en Indias y le esperaba en la pasada flota. Díjole cómo había muerto allí y dejádome en Sevilla viuda y moza, esperando a mi tío. Preguntó el indiano en qué parte de las Indias estaba; díjole que en las Filipinas, donde había pasado en compañía de don Alonso

Fajardo, gobernador que fue a aquellas partes. Diole crédito a todo el indiano y túvome en más estima de allí adelante, informado de mi calidad, con lo cual, de allí a quince días no solo declaró su afición al letrado, pero le hizo su casamentero. Púsole duda; salió con la empresa respecto de que yo no dispondría de mí menos que supiera el beneplácito de mi tío; esto le dijo por darle más deseo de efectuar el negocio.

Vino en este tiempo a Sevilla una hermana del perulero, natural de Navarra, a quien había dejado niña y en poder de su madre cuando pasó a las Indias. Con la venida de esta dama se alegró mucho mi amante, y a cuatro días que había llegado le dio cuenta de su afición, rogándola que me fuese a ver. Hízolo con mucho gusto; acepté su visita y tuve muy buena tarde con ella, porque era doña Leonor (que este nombre tenía) muy discreta y entretenida. En el discurso de nuestra visita me trató del deseo que tenía su hermano de verme, y que si le daba licencia vendría aquella tarde allí. Parecióme que con la presencia de la hermana me estaba bien concederle lo que pedía, y así la dije:

—Muchos días ha que el señor don Alvaro (que así se llamaba mi amante) desea hacerme merced, y no he dado lugar a visitarme, así por mi estado como porque no querría que con su venida mi tío hallase nuevas de poco recato en mi persona; mas ahora, con vuestra amistad, podrá favorecerme visitándome.

Gustó mucho doña Leonor de tener mi beneplácito, y así pasó un criado a avisarle que podía pasar a mi casa. Vino luego, muy cuidadoso de su persona, efectos del amor aun en los que tienen mayor edad; en presencia de su hermana me manifestó cuánto deseaba merecerme y que yo honrase su casa. Yo me excusé con el no tener licencia de mi tío, a que él accedió, que cuando los casamientos se hacían con personas de calidad y de hacienda pocas veces se recibían mal de si por medio no había empeñada palabra. Finalmente, por no cansar al lector con las demandas y respuestas que en esto hubo, digo que yo me determiné a lo que deseaba más que el mismo don Alvaro.

Atrevimiento grande fue casarme en lugar donde había sido conocida en la comedia; pero tales ocasiones no se ofrecen cada día. Yo deseaba mi quietud y descanso, y el cielo me le había ofrecido con este consorcio. No quise dejar pasar tan buen lance y perderle, y así mis bodas se hicieron con mucha solemnidad, hallándose a ellas muchos amigos del indiano. En cuanto a galas y joyas, gastó liberalmente, con no lo ser, porque era la misma miseria, plaga que traen todos los que pasan de España a ganar hacienda a las Indias, que como allá les cuesta trabajo el adquirirla, así la guardan. Gastó, como he dicho, don Alvaro espléndidamente: que el gasto del mísero, cuando se hace, es mayor que el del liberal. Aquellos días lucí en Sevilla con mis galas, puso coche y en él me dejé ver en todas fiestas, sin haber reparado en mí los que me conocieron dama de la comedia; tales cosas encubre un gran lugar como Sevilla.

CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO

En que cuenta su tercero casamiento con un caballero del Pirú, y cómo enviudó brevemente dél por un extraño suceso, con otros que le sucedieron

Ya, señor lector, me ve vuesa merced otra vez casada, estando bien ajena de verme la tercera en aquel estado, y así nadie diga mal del día hasta que pase. Escapé de un celoso; di en un jugador, y en el tercer empleo hallé un indiano que, si no fue jugador,

era la suma miseria y los mismos celos. A tres meses que se acabó el pan de la boda, comenzó a descubrir la hilaza de sus defectos. No me puedo persuadir que tenga amor quien es corto de ánimo, que el tal le tiene encogido en regalar y servir a quien bien le quiere. En cuanto a los celos, los hay de dos maneras: unos, nacidos de la sospecha, temiendo perder la cosa amada, y otros, de hallarse el que la posee con menos partes para tener dominio en aquella posesión juzgábase mi indiano ya en mayor edad, no suficiente para los deleites del consorcio, y a mí, moza, y que esto me había de cansar y buscar nuevo empleo, con lo cual hizo prevenciones para guardarme y no me perder de vista, aun con mayor extremo que el primer dueño que tuve. Las ventanas habían de estar siempre cerradas; el salir había de ser en el coche y corridas las cortinas de él; la asistencia de casa era casi siempre, menos desde las diez de la mañana hasta casi el mediodía, que esto era en la lonja y casa de contratación; amigo ninguno no le había de entrar en casa, ni visitarme, ni tampoco lo consentía aun a mis amigas. Con todo, lo pasaba mejor que con Lupercio de Saldaña, que buen siglo goce, porque la compañía de su hermana de don Alvaro me era de grande alivio, pues con ella pasaba mejor mi clausura. No era la que menos de las dos sentía estos extremos de su hermano, y decía (indignada con él) que si supiera que tenía tal condición no la trujeran de Navarra por ningún caso.

Hubo una fiesta en Sevilla en la Iglesia Mayor, templo célebre de nuestra Europa, cuyo suntuoso edificio aventaja a muchos; para ella nos dio licencia don Alvaro a mí y a su hermana que la fuésemos a ver, cosa que pareció milagro. Madrugamos por ir, primero a la calle de Francos a comprar algunas cosas necesarias, que es allí lo que la calle Mayor de Madrid. Paró el coche en una tienda, donde nos apeamos las dos, yendo de embozo, dejando bien ocupado a don Alvaro buscando unos papeles de importancia.

Sucedió, pues, que entrando en esta tienda se llegaron a ella dos caballeros mozos; el uno, primo del Asistente, y el otro, amigo suyo. Eran los dos recién venidos a Sevilla a holgarse; pues como nos viesen, comenzaron a trabar conversación, toda en orden a que nos descubriésemos y tomásemos lo que fuese de nuestro gusto en la tienda.

Una y otra excusamos por grande rato; mas fue tanta su porfía, que doña Leonor les quiso dar gusto, y así se descubrió al caballero con quien hablaba. Tenía buena cara y era entendida, con lo cual el caballero quedó muy aficionado suyo.

El que hablaba conmigo estaba deseosísimo de verme, habiéndome ya oído que procuré en lo razonado no parecer menos que mi compañera. Pues como viese que había descubierto el rostro a su amigo, instó con más veras a que hiciese yo lo mismo, pidiéndomelo con muchas súplicas. Para conmigo alcanza mucho un término cortés; este vi en don Sancho (que así se llamaba el que me festejaba), y hube de hacer lo que doña Leonor.

No quedó menos pagado de mí que el compañero de mi cuñada; así me lo dio a entender, preguntando por mi casa. Yo le dije que de donde la tenía me mudaba a otros barrios, que eran a la puerta de Carmona, y que por eso no se la decía. Quiso saber cuándo era mi mudanza; pero yo concluí la plática con decirle mi estado, sin nombrar a mi dueño, y que no sabía cuándo nos pasaríamos a la nueva posada. Con esto se remitió a hacer seguir el coche. Ofreciéronos todo lo que fuese de nuestro gusto en la tienda: mas ninguna cosa aceptamos, no comprando nada por no obligarnos.

Con esto nos despedimos y fuimos a la fiesta de la Iglesia Mayor; ellos siguieron el coche y allá nos volvieron a hablar, aunque no a su gusto, por el cuidado que tienen los celadores de que en aquella santa iglesia no hablen los hombres con mujeres, cosa tan cuerdamente advertida como bien ejecutada, y que se había de usar en todos los templos donde hay concurso de gente.

De la plática de doña Leonor y don Diego (que este era el nombre del que la habló) quedó ella muy su aficionada; era moza y hermosa y poco cursada en tales lances; no me admiré de que se aficionase, que el caballero tenía buen talle y era muy discreto. Con él se declaró más que yo con don Sancho, y así supo della nuestra casa, la calidad de mi esposo, y asimismo nuestro encerramiento. Con esto y ser acabada la fiesta, nos venimos a casa, donde don Alvaro nos hizo varias preguntas de lo que habíamos visto, y al escudero otras tantas; pero él estaba tan de nuestra parte, que no diferenció en nada de lo que nos oyó decirle.

La continuación de los dos caballeros en nuestra calle fue grande, y diera que sospechar a mi dueño si en ella no hubiera dos damas cortesananas, donde entraban por dislumbrar a los curiosos, y con esto no maliciaban en lo verdadero.

Por la orden del escudero nos escribíamos, y don Sancho instaba en sus papeles mucho que le enviase un retrato mío, que éste le sería su consuelo, pues no le podía tener con mi vista. Tanto porfió, que hube en dos veces que faltó de casa don Alvaro de hacer que un pintor nos retratase a mí y a doña Leonor, con que los caballeros quedaron contentos. No estaba yo menos aficionada de mi galán que doña Leonor del suyo, y así sentía notablemente la reclusión en que nos tenía mi esposo por carecer de su vista, pues aun a ponerme a una ventana, en tiempo que estaba en casa, no me atrevía.

Mudamos de barrio, yéndonos a vivir cerca de San Agustín y de la puerta de Carmona. Supieron los dos amigos nuestra mudanza, y acudieron luego a la calle, aunque con más moderación que antes, porque en ella no había persona alguna de sospecha por quien se pudiese pensar que pasaban. Acudían a la iglesia, y allí nos veíamos y tal vez había lugar de hablarnos. Sucedió, pues, que habiéndole pedido yo a don Sancho que me diese un retrato suyo, él me le llevó a la iglesia un día de fiesta que en ella estábamos doña Leonor y yo oyendo misa, en la cual, con disimulación, me lo dio envuelto en un papel suyo; yo con la misma le metí en la manga, sin que lo pudiese notar nadie. Volvimos a casa, y acabándome de quitar el manto, se llegó mi esposo a mí a hacerme caricias, cosa poco usada dél. Con ellas, no advertí lo que debiera, y así pudo, en la una de las mangas de mi ropa, ver el papel, y como era tan celoso, luego al instante metió la mano y pudo sacármele, cosa con que quedé fuera de mí, y lo echara de ver, si no se ocupara en ver el retrato y leer el papel, cuya persona no conocía. Yo, en tanto, pude cobrarme de mi susto y llegar a él, diciéndole muy despejadamente:

—¿Qué miráis, señor? Ese papel y retrato hallé en la iglesia, caído en el suelo, y no viendo por allí quién le hubiese echado menos, le guardé.

Reparó don Alvaro en mi poca turbación; pero con todo eso, me tomó de una mano y me encerró en un aposento, dejándome en él bien cuidadosa de mi vida; otro tanto hizo con su hermana, que la cerró en otro.

En tanto que él se ocupaba en esto, yo, por una ventana que caía al patio, llamé al escudero, a quien di dos reales de a ocho, y le dije que luego al punto buscase un pregonero y le hiciese pregonar un retrato que se había perdido por toda aquella calle. Era solícito, aunque viejo, y conoció en mí no poca aflicción; y así no fue perezoso en hacer la diligencia. Halló el pregonero; pagóle bien, y él vino en altas voces diciendo que a quien hubiese hallado un retrato perdido desde las nueve del día le daría buen hallazgo. Esto pregonó tres veces en mi calle, y fue en ocasión que habiendo don Alvaro vuelto a leer el papel y hallado en él muchas finezas y amores cortesanamente dichos, trataba de averiguar con violencia la verdad del caso. Pues como oyese las altas voces del pregonero (que como bien pagado las ponía en el cielo), se sosegó y llamó al escudero con mucha prisa, diciéndole:

—Briones, tomad este retrato con este papel y dadle a aquel pregonero, de quien cobraréis el hallazgo que promete y aprovechaos de él.

Tomó el escudero el retrato y fue a buscar al pregonero, a lo menos lo dio a entender a su celoso dueño, el cual, asegurado con aquello de que en su esposa no había la culpa que él la imputaba, abrió el aposento donde me había encerrado, y con los brazos abiertos para abrazarme, entró diciéndome:

—Amiga y señora mía, hoy pensé que fuera el último día de vuestra vida: a tal os tenía condenada el haberos hallado aquel retrato y papel en la manga. Mas volviendo el cielo por vuestra inocencia, ha permitido sacarme de una vil sospecha y restituirme en mi sosiego. Yo os confieso, señora, que en mi pensamiento estabais culpada, y que como a tal os fulminaba la sentencia de vuestra muerte. Del susto que os he dado con la violencia de cerraros en este aposento os pido perdón; abrazadme.

Como yo conociese cuán bien había salido de aquel aprieto, quise con enojarme dar a entender a mi esposo que por mi información debía ser creída, y que de no lo haber sido tenía justísima queja, y así le dije:

—En bien diferente opinión juzgué, señor, que estaba para con vos; pues conociendo aun antes de darme la mano el recato con que vivía y el que he conservado hasta ahora, os había de disuadir de cualquier sospecha que en ofensa de mi reputación tuviéades. ¿Parceos que soy tan necia, que a ser de galán mío el papel y retrato que me hallaste en la manga le había de tener a tan mal recaudo que tan fácil le pudiéades hallar para verme en la aflicción en que me habéis puesto? Sed servido de hacer más confianza de mí, pues os la merezco, y creed que los celos no sirven de otra cosa que de despertar ánimos dormidos. El mío lo está para todos, sino es para con vos; bien conocéis mi amor y la estimación que de vos hago y he hecho, pues si no la hiciera; primero viera la cara mi ausente tío en España que os diera la mano de esposa. Yo os perdono el agravio que me habéis hecho (si le puede haber entre marido y mujer), y os suplico que de aquí en adelante no os atribulen sospechas ni os desvelen recelos, considerando la mujer que tenéis, que en amaros no dará ventajas a ninguna del orbe.

Abrazóme con esto apretadamente, si bien yo, con la medalla de la enojada, severamente le abracé. No hallaba modos el engañado indiano con que disculparse. Atajó sus razones con mandar abrir el aposento donde había hecho encerrar a su hermana, la cual no había tenido menos temores que yo. Parece que yo la había ensayado mi papel, y así también se le mostró ofendida y quejosa.

Quiso aquella tarde deshacer las quejas con llevarnos al Alcázar, recreación que su hermana no había visto, adonde pasamos aquel día alegremente con muy buena merienda, celebrando doña Leonor y yo lo bien que me salió la traza, de todo lo cual dimos aviso a nuestros amantes, encargándoles mucho que se moderasen en pasar por nuestra calle.

En todo el tiempo que nuestros galanes habían cursado el festejo nunca habían visto a don Alvaro, cosa que parecía imposible, porque ellos le guardaban la cara y nunca tuvieron aun curiosidad para conocerle desde lejos. Sucedió, pues, que a don Sancho le vino una letra de Madrid, remitida a mi esposo; ésta le envió un grande amigo de don Alvaro, con quien había tenido en Indias estrecha amistad. Buscóle don Sancho en la casa dula contratación, adonde se le mostraron, que aún no sabía de mí cómo se llamaba mi dueño; mostróle la letra, y aunque venía el plazo de la paga de ella a diez días vista, él se la pagó luego sin ir a casa, cosa que estimó en mucho don Sancho, y desde allí quedaron muy grandes amigos, encomendando don Sancho por el que le envió la letra, y así pocos días se pasaban sin verse, sin haber sabido don Sancho que don Alvaro fuese mi esposo, como he dicho. Su condición era afable con todos, si bien el llevar a casa a nadie no lo hacía, que, como era hombre de mayor edad, los celos no le daban lugar a hacer tales confianzas de nadie, por amigo que fuese, y así los que lo eran suyos, conociéndole su condición, le buscaban fuera de su casa, en las partes que sabían acudía, y no en ella, porque lo recibía mal. Así don Sancho llevó adelante la amistad de don Alvaro, estimando tenerle por amigo para lo que se le ofreciese.

Con el recato con que nos tenía mi esposo a su hermana y a mí no teníamos lugar de vernos con los dos amigos si no era en la iglesia donde acudíamos a misa, y así lo pasábamos consolándonos con escribirnos, aguardando que se ofreciese ocasión en que nos pudiésemos ver libres del temor de don Alvaro.

Tuve un día licencia suya para salir a la calle de Francos y a la Alcaicería a comprar ciertas cosas que había menester, y así la noche antes con Briones di aviso a don Sancho que don Diego no estaba en Sevilla. El estimó que hubiese ocasión, y aquella misma noche me escribió avisándome que me aguardaba en su posada. Llegóse la hora de ir, y mi cuñada y yo, con mantos de anascote y sombreretes al uso de Sevilla, nos pusimos de embozo y fuimos a la posada de don Sancho, a quien hallamos vistiéndose. Recibiéronos con mucho gusto, y habiendo hecho despejar el cuarto y dado orden para que nos trujesen de almorzar, se volvió a nuestra conversación.

Apenas me había tomado una mano cuando llamaron a la puerta del aposento donde estábamos. Entrámonos en una alcoba donde estaba la cama de don Sancho. Abrió la puerta; quien llamaba era un criado suyo, que le dijo le llamaban de parte del Asistente, su deudo. Estaba cerca de su casa, y por no faltar a cosa tan precisa quiso atreverse a dejarnos, con pensamiento de que el Asistente le despacharía en breve, y así nos lo dijo, con lo cual nos dejó cerradas en su aposento.

Fuese a casa del Asistente, a quien halló ocupado en un negocio grave; dijéronle cómo estaba allí don Sancho, y él le envió a decir que se aguardase, cosa que él sintió sumamente por perder la ocasión que le estaba aguardando. Dilatóse el negocio del Asistente tanto, que cuando don Sancho le entró a hablar era muy cerca del mediodía; quien estaba con el Asistente era don Alvaro, al cual le había llamado para que entrase en unos asientos con otros peruleros, en razón del desempeño de la ciudad. Pues como

don Alvaro saliese de estar con el Asistente y don Sancho entrase, juzgando que le detendría de modo que no pudiese gozar de la ocasión que le estaba aguardando, dijo a don Alvaro:

—Señor mío, por la verdadera amistad que entre los dos hay, os suplico me hagáis un favor sacándome de un empeño en que me hallo.

Ofrecióse don Alvaro a servirle con mucho gusto, y así le dijo:

—De vos fío una flaqueza mía que aún no ha llegado a podersele dar este nombre porque la causa della no es persona a quien haya conocido. Ha venido cierta dama a mi cuarto a verse conmigo, y juzgando que el señor Asistente (que me envió a llamar) me despacharía con brevedad, no ha sucedido así, con lo cual estoy desesperado, así por perder el empleo que tanto he deseado como por el disgusto con que juzgo que estará la dama por la falta que hará en su casa, que es mujer principal. Debajo desta llave está cerrada; de vos la fío para que la saquéis de allí, ya que me ha faltado un criado mío que vino conmigo. Perdonad la llaneza de amigo.

Ofrecióse don Alvaro a servirle, y así como quien había estado algunas veces en su posada, fue con presteza a ella, y entrándose en el cuarto sin haber encontrado con criado ninguno, abrió el aposento donde estábamos, tan a mal tiempo, que doña Leonor se estaba componiendo el pelo a un espejo y yo echada en la cama de don Sancho, pesarosa con el disgusto de ver la tardanza.

Con el divertimento, doña Leonor no reparó en esconderse del que abría la puerta, juzgando también que sería el esperado don Sancho; mas sucedióle al revés, porque habiéndola visto don Alvaro sacó (indignado de verla allí) la daga, y, embistiendo con doña Leonor, la dio tres o cuatro puñaladas, a cuyos gritos yo reparé en el daño que había hecho, y con el miedo de no verme en otro tanto me dejé caer detrás de la cama.

Bien se pensó don Alvaro que dejaba muerta a su hermana, y así, volviendo a cerrar el aposento, se fue con mucha priesa, como lo pedía el daño que dejaba hecho. En breve vino don Sancho, al tiempo que yo, habiendo salido de donde estaba, tenía a mi cuñada en mis faldas vertiendo sangre de las heridas y yo puesta en notable confusión, porque si daba voces era deshonorarnos, y si callaba era acabar la vida la pobre dama. Mas este pesar me alivió la venida de don Sancho, el cual, como hallase cerrada la puerta de su aposento y sintiese que dentro lloraba yo y se quejaba doña Leonor, dijo a voces que le abriésemos.

Yo le dije en breves razones el daño que estaba hecho, y cómo don Alvaro (que era mi esposo) nos dejó cerradas. No aguardó a más don Sancho, porque tomando vuelo, de dos puntapiés derribó el pestillo de la cerradura y entró, hallando el estrago que habéis oído, y su aposento regado con la sangre de la pobre doña Leonor. Quedóse como difunto, ni hacer más movimiento que un mármol, y como el mismo, helado. Yo le referí de nuevo el caso, culpándole no haber tenido curiosidad de haber siquiera conocido a mi esposo. Llamó de secreto a un cirujano que tomase la sangre a mi cuñada, y él, en tanto, hizo que un fiel criado que tenía fuese a mi posada y supiese si había acudido a ella don Alvaro. En breve volvió, con respuesta de que mi esposo no había acudido a casa, con lo cual me hizo poner en su coche, y cubiertas las cortinas dél, me dejó en mi casa, diciéndome que yo por mí me disculpase con don Alvaro, diciéndole

haberme dejado su hermana, que él tendría gente en la calle por si volvía a casa para estar alerta de lo que sucediese; pero que presumía que no volvería a ella, según lo que dejaba hecho. Con esto se fue, dejándome con no poca pena y en compañía de los de casa, que cada uno me preguntaba por doña Leonor.

Lo bueno que tuvo esto fue que como don Alvaro saliese de casa antes que nosotras, no pudo saber con certeza si yo había salido, o su hermana, y así no buscó por el aposento más gente después de haber hecho aquel cruel sacrificio en ella.

El se retiró a un convento de frailes Jerónimos, donde estuvo secretamente; yo, indignada del caso, di cuenta al Asistente dello, y él de secreto le hizo buscar por todos los conventos de la ciudad, con lo cual don Alvaro se fue a San Lúcar, donde, con la pena que llevaba, cayó enfermo, de suerte que en seis días acabó con su vida.

Era su forzosa heredera su hermana, la cual ya estaba en casa curándose. Yo, que supe esta nueva, fiándome del escudero, recogí todo el dinero que había en ella, que serían muy bien ocho mil escudos, y púselos en seguro lugar. Supo doña Leonor la muerte de su hermano, y con la hacienda grande que dél heredaba fue mejorando cada día, hasta que se restituyó en su primera salud.

Yo, viuda ya de tres maridos, en florida edad, podía echar por el cuarto, con la buena hacienda que tenía adquirida, más con fuerza de industria que por buenos medios. Estábame en compañía de mi cuñada, que me amaba como si fuera su verdadera hermana.

Con la fama del dote que ella tenía había muchos pretendientes; pero no olvidada de la afición de don Diego, fue a él a quien guardó el primer decoro, de manera que le estuvo muy a cuento casarse con ella y entrar en su casa tanta cantidad de hacienda. Hiciéronse las bodas con grandes banquetes, máscaras y regocijos, y acudía don Sancho a frecuentar mi festejo; si bien sólo le daba lugar a hablarme, mas no pasaba de allí, porque también me tenía mis humos de que se casaría conmigo, y estaba engañada; que de liberarse una mujer casada a hablar a un hombre soltero, cierra la puerta a que él no confíe della y la elija por mujer, haciéndose cuenta que quien se olvidó del honor de su marido para admitirle por galán, después haría lo mismo. Sea este aviso para las mujeres casadas, y no se determinen a ser livianas para perder el crédito de fieles, como yo le perdí con don Sancho. Esto mismo le obligó a don Diego para no me mirar con buenos ojos, recelándose de mí y temiendo no diese algún dañoso consejo a doña Leonor, la cual le quería con grande extremo, y así deseaba que se ofreciese ocasión en que apartarme de su compañía.

Quiso la fortuna darle este gusto, y a mí pesar, con una ocasión que se ofreció, y fue que saliendo un día a la feria (que así llaman un puesto, donde se hace en Sevilla todos los jueves, como en otros lugares los que llaman mercados), íbamos las dos en el coche con don Diego; ofrecióse salir de él a comprar ciertas cosas, y don Diego nos seguía. En la feria acertó a estar un hombre que había sido compañero de Sarabia, mi marido segundo, en la comedia, y entonces estaba acomodado en una buena compañía que representaba en Sevilla. Este, pues, como me viese el rostro, emparejó con la parte donde estaba, y díjome:

—Guarde Dios a v. m., seora Teresa de Manzanedo. Volví el rostro hacia él, y prosiguió diciendo:

—Al fin voarcé arrimó la farsa y hásenos retirado con buen compás de pies. Atlante debe de haber que sustenta ese Cielo. No hace mal, que la comedia está tan trabajosa con estos calamitosos tiempos, que es cuerdo el que puede vivir sin ella, aprovechando el tiempo. Vuesa merced no le desperdicia, y así juzgo en la medra del habito que le habrá aprovechado bien y con persona de su gusto.

Esto dijo acercándoseme mucho. Cuál yo quedé de haber visto al que tan bien me conocía, puede el lector considerar, pues hallándome en astillero de señora, viuda de un caballero, cuñada de otro, tenida por mujer principal y con otro apellido del que el farsante me daba, que era el de Mendoza (con licencia del duque del Infantado), eran cosas las que me dijo para afrentarme, y así, haciendo valor, me descubrí del todo y le dije:

—Hidalgo, ¿conóceme por dicha, que me habla con tanta llaneza, o parézcome a otra persona conocida suya?

—¡Bueno, por Dios! —dijo el cómico—. Basta que hace voarcé la vista gorda, habiendo comido conmigo más veces que pelos tengo en las barbas. Pues Teresa, ¿tú te me empinas con el nuevo hábito? Ea, cada uno se conozca, y si es menester callar por algún respeto, lo haré.

Con esto quiso asirme de la barba; yo, viendo esto, retiré pasos y díjele:

—Descomedido y vil hombre, vos no sabéis con quién os burláis. Yo pasaba por el engaño que habéis tenido pensando ser yo otra; mas ya que os afirmáis en ello con tanta llaneza que llega a ser atrevimiento, quiero que entendáis que yo me llamo doña Teresa de Mendoza, viuda de don Alvaro Osorio.

—Y de Agustín de Sarabia, cómico —dijo el atrevido farsante.

—En eso mentís —dije yo—; y si os afirmáis en ello, sabré llamar dos lacayos que os maten a palos.

—¿Sirve de eso Hernandillo —dijo él— aquel mozo de ható que tenía?

Volví en esto el rostro, y hallé a mi lado a don Diego, con cuya presencia me animé, y díjele:

—Señor mío, este hombre, engañado con mi rostro, da en decir que soy una tal Teresa que él conoce en la comedia, y porfía en ello con llanezas no usadas conmigo. Vuesa merced le desengañe y le diga mi calidad.

Con esto pasamos adelante doña Leonor y yo. Ya a don Diego le habían dicho algunos amigos lo que yo me parecía a la cómica que ellos habían visto lucir tanto en Sevilla, y con lo que el farsante había dicho confirmósele una sospecha de si era yo la que decía, y así quedóse con él, diciéndole:

—Señor galán, esta señora no es quien piensa; es persona principal, viuda de un caballero que murió poco ha, y así, antes de conocer a las personas no se arroje a llanezas, que le pueden costar caro.

Era despejado el cómico, hombre de buenas manos, que no se embarazaba con nadie, y pareciéndole que en quererle deslumbrar con la verdad le engañaban, se volvió a afirmar en lo dicho, diciendo:

—No puedo negar, señor mío, que muchos rostros hay conformes a otros; pero en la estatura o en el habla suelen tener diferencia. En esta señora lo hallo todo tan parecido (dejando la verdad en su lugar), que eso me ha hecho hablar así, y porque pienso que no se me antoja, traeré tres compañeros míos (que lo han sido suyos en la comedia, de un autor que se perdió aquí) que dirán lo mismo que yo en viéndola. Ya la advertí que si la importaba callar lo haría, que hombre soy que sé dejar mi capa para cubrir defectos, y lo hiciera con ella mejor porque fui muy amigo de su marido; mas hame tratado tan mal, que he querido desquitarme con decir que es ella la misma Teresica de Manzanedo, asombro de Sevilla y gala del tablado, muy conocida en esta ciudad, y porque puede ser que yo me engañe, en la mejilla izquierda tiene una señal de una bofetada que le dio su marido por haber errado un papel, y acertó a traer una sortija con un diamante, con que vino a ser bofetón y cuchillada todo de un golpe. Si éste tiene habré dicho verdad, y si no, me engañé.

Quiso saber don Diego los compañeros que me conocían; nombróselos, y juntamente dijo virtudes mías, que no me canonizara por ellas ningún pontífice. Con la afirmativa del representante y las señas, se despidió dél don Diego con más viva sospecha de que yo era la que decía, esforzándole a tenerla el haber sabido mi porte antes de casarme con don Alvaro y la incierta venida del tío que esperaba de las Filipinas, que todo lo atribuyó a embeleco, y el empleo de don Alvaro más a ser por afición que por calidad que yo tuviese.

Dios me libre de hombre de un negocio y que siempre trate dél, que saldrá con su intento con brevedad. Tomó don Diego tan a pechos éste, que llegando a casa las dos procuró verse conmigo, y con atención me miró la señal de la mejilla, que estaba más patente que yo quisiera. Tratábamos del atrevimiento del farsante, y él decíame cómo le había puesto en razón y desengañádole.

Mientras esto me decía, no quitaba los ojos de la señal de mi rostro. Yo, que lo noté, le pregunté qué era lo que me miraba con tanta atención. El me dijo:

—Advierto en v. m. esa señal de la mejilla, cosa que hasta ahora no había reparado.

—Esta —dije yo, descuidada de lo que me podía decir— tengo desde niña.

—No puede ser —replicó él—, porque las señales que recibimos desde pequeños se suben hacia arriba al paso que crece el rostro, y esa se está en ese lugar desde el día que su esposo de v. m. le dio una bofetada trayendo un diamante.

No puedo negar que mi turbación fue grande, de suerte que al responderle me faltaron concertadas razones; mas con las que se me ofrecieron, medio balbuciente le dije:

—Don Alvaro, que esté en el cielo, nunca se me atrevió al rostro ni aun se me descompuso con la menor palabra del mundo.

—Sería el primer marido —dijo don Diego.

—Ni el primero tampoco —dije yo—, que era un caballero muy honrado y que me estimaba en mucho.

—Yo me debo de engañar —dijo él—; sólo veo que la señal se está ahí y que fue con diamante.

Con esto me dejó, volviendo las espaldas con una falsa risa, con que me dejó abrasadas las entrañas, echando de ver que el atrevido farsante había sido quien le había revelado el suceso, y desde luego me temí ser del todo conocida. Sucedió así, porque don Diego, como estaba mal conmigo y deseaba apartarme de la compañía de su esposa, fue en busca de los comediantes y trújolos a su casa, diciéndoles ser llamados por mí.

Todos vinieron con mucho alborozo por verme. Estaba doña Leonor ocupada con ciertas conservas que se hacían y yo sola haciendo labor en el estrado, cuando entró la tropa de los cómicos. Todos me hablaron con la certidumbre de conocerme como a sí mismos. Yo me extrañé con ellos, y ellos se ofendieron de que hiciese burla de ellos, habiéndoles enviado a llamar. Entró don Diego en este tiempo, que fue darme de lanzadas, y dijo:

—Señora Teresa de Manzanedo, esposa que fue de Sarabia, el cómico, conozca a los amigos y no se extrañe con ellos, que yo he deseado este suceso para que luego me desembarace esta casa de su persona y deje la compañía de mi esposa, para que la tenga con sus iguales.

Con esto se entró allá dentro, cerrándosela puerta tras sí. Yo me vi tan perdida, que no hallé otro alivio a mi pena sino resolverla en lágrimas. Los farsantes me consolaban, y yo todavía me estaba en mis trece de decirles que no les conocía, con que se enfadaron del todo, y diciéndome cada uno su pesadumbre, se fueron, dejándome allí hecha un mar de lágrimas. Salió una dueña y diome un recaudo de don Diego, en que me pedía que luego al punto me fuese de su casa, que allí se me entregaría la ropa que era mía y todo lo demás que allí tuviese.

Prevíneme el coche, y sin darme lugar a que me pudiese despedir de doña Leonor (a quien ya había dado parte del negocio), me entré en él y me fui en casa de una beata, muy grande amiga mía, con la cual busqué casa en Sevilla por un mes, pasando a ella todos mis muebles, que no eran pocos, y asimismo mi dinero, que eso era lo que me consolaba en mis trabajos.

CAPÍTULO DECIMOCTAVO

En que da cuenta cómo salió de Sevilla con su casa y llegó a Toledo, donde estando allí de asiento tuvo cierto empleo, y de una burla que hizo a dos enamorados, con lo demás que sucedió

Corrió la voz en Sevilla (aunque grande ciudad) del empleo que había hecho don Alvaro sin conocerme, cosa que alentó más mi fama, pues en lugar donde tan conocida fui con varios papeles que había representado en sus teatros, supe hacer tan bien el papel de la honrada, que merecí por s esposa un principal hidalgo de lo mejor de Navarra sin que nadie me conociese, que no fue el menor embuste mío publicar estimación donde no la había para pescar aquel novio. No soy la primera que desta estratagemas se ha valido, ni seré la postrera, pues se debe agradecer en cualquier persona el anhelar a ser más, como vituperar el que se abate a cosas inferiores a su calidad y nobleza.

Parecióme hacer mudanza de Sevilla y acercarme a Madrid, aunque no entrar en él, y así dispuse mi viaje a Toledo, imperial ciudad, y una jornada de la corte de España. Vendí los muebles que me podían ser de embarazo, y del dinero que hice de ellos compré dos esclavas blanca para mi servicio, mujeres en quien conocí habilidad para cualquier embuste, y aunque no la tuvieran, yo me prometía que de mi escuela saliesen capaces para todo enredo. Con ellas y el escudero que me servía, llamado Briones, salí de Sevilla en una noche y en un carro que nos seguía con la ropa y ajuares de casa.

No nos sucedió cosa en el camino que sea de contar, y así llegamos a Toledo un viernes por la tarde. Tomamos casa cerca de la plaza de Zocodover, era autorizada y con dos puertas que salían a dos calles. Aquí hice alto, portándome con mucha autoridad. Mudé el apellido, pareciéndome cosa importante, y el nombre, llamándome doña Laura de Cisneros. Desearon algunos vecinos conocer a la recién venida, curiosidad que en cada lugar pienso que se practica en particular de la gente ociosa. Entre los que más diligencia hicieron para saberlo fue uno, un caballero de aquella ciudad, de hábito largo. Era galán y mozo, y había poco que vino de Roma con algunos beneficios simples, con que tenía cuatro mil ducados de renta. Portábase lucidamente, tenía coche y gran familia de criados.

Este caballero (que se llamaba don Esteban) se atrevió a hacerme una visita estimulado de un criado suyo, qué habiéndome visto le alabó mi rostro mucho, con lo cual quiso verme con achaque de ser vecino y ofrecérseme como tal. No pude excusar la visita, y así hube de recibirla. Entró el señor don Esteban muy oloroso de guantes, muy galán de hábito, en efeto muy en ello. Recibíle en mi estrado con toda la autoridad que pude, sirviendo entonces la una esclava de dueña, encubriendo una florecilla que tenía en la frente con un parche; que la otra tenía mejor cara, y por estar sin hierros guardábala yo para alguna tramoya, que siempre me valí de prevenciones.

Habló el galán de lo de a veinticinco ducados la onza, muy meditado en sus razones, muy ceñido en los discursos y muy grande tahúr del vocablo, cosa que marea a la más cursada en estos coloquios: ¿qué hará a las que no lo estuvieren? Exageró mucho la dicha de que a su calle hubiese venido a vivir y la ventura que desto se le seguía. Finalmente, las lisonjas no holgaron en aquel rato que estuvo de visita, todas en orden a favorecerme. Yo le agradecí la merced que me hacía, y por los ofrecimientos que me hizo le di las gracias, con que se acabó la visita, y él se despidió muy aficionado a la viuda, según después se vio.

Apenas había salido de casa cuando Briones subió a decirme (informado de sus criados) la renta que poseía el señor don Esteban, su liberalidad y cuán gran servidor era de damas. Parecióme buen sujeto para hacerle alguna estafa, ya que el fundamento de ella

estaba hecho, que era el ir aficionado de mi persona, según los intérpretes del alma (que son los ojos) me dijeron, que no los apartó de mi rostro en cuanto duró la visita.

No dijo don Esteban a nadie que me había visto, porque como iba con deseo de ser mi galán, no le estaban bien compañeros en la pretensión.

No era eso lo que yo intentaba, sino ser conocida para que con la emulación lloviesen presentes en mi casa, y para que no todos penasen por la viuda me pareció poner en astillero de hermana mía, doncella, a Emerenciana, la otra esclava, que tenía muy buena cara y no poco despejo. Vestíla con los mejores vestidos que tenía, no con poca envidia de la compañera, a quien manifesté mi intento, dándole esperanzas así de su medra como de su libertad, con que se consoló de la pena que había recibido de ver a Emerenciana tan bizarra. Ensayéles los papeles que habían de hacer las dos esclavas y el escudero, con que me pude prometer una razonable conquista.

Hacíase una fiesta en la Iglesia Mayor, a que acudió toda la ciudad. Parecióme ser esta ocasión para mostrar el aparador de mis gracias y las de mi esclava, y así, haciéndola aliñar bien, y yo no descuidándome de mi rostro ni talle, aunque en traje de viuda de las consoladas y que desean echar lo funesto a una parte, me planté entre los dos coros de aquella célebre iglesia, tan alabada, y con razón, en España.

Aunque Toledo es gran ciudad, no lo es tanto como Sevilla, y así cualquiera forastero que a ella viene es notado. Yo lo fui luego que dejé ver mi rostro con un cuidadoso descuido, y a mi imitación hizo lo mismo Emerenciana. Tomamos asiento cerca de un pilar de aquellos de la iglesia, adonde acudieron luego galanes como las moscas a la miel. Dímonos con algunos ciertos toques de razonado, con que no echaron menos el buen lenguaje de sus damas, que tan celebrado es en toda España. La novedad causó séquito, y así, en los puestos que se nos ofreció mudar éramos luego cercadas, ya de lindos que, narcisos de sí mismos, se les pasaba el tiempo en mirar su compostura, ya de confiados que ponían su felicidad en hablar muy culto, ya de bravos que por el bizarro talle y población de mostachos pensaban allanar toda empinada hermosura.

Cuando yo considero la diferencia de hombres que por tantos caminos desean enamorar, juzgo que es como ensalada de todas hierbas un concurso dellos, si bien cada uno se piensa que trae la sazón consigo, ya en su talle, ya en su habla o ya en sus muchas acciones, que hay hasta amantes de señas que con lo mudo piensan que han de enamorar, como si las damas conociesen interioridades.

Uno entre otros caballeros fue quien más perseveró en seguirnos, inclinado a Emerenciana, cosa que yo deseaba mucho, porque con su cebo pensaba hacer alguna tramoya que redundase en provecho mío y de la esclava. Este caballero se llamaba don Leonardo de Rivera, de las nobles familias de aquella ciudad. Pues como nos fuese siguiendo cuando volvimos a casa, advirtiéndome dello Briones. Yo me volví a él, diciéndole:

—Suplico a v. m., señor caballero, se sirva de no seguirnos los pasos, que con eso da que notar a los que lo ven.

Mudó el caballero colores, porque tenía poca experiencia de tales lances; pero lo que me dijo fue:

—Vuesa merced perdone mi afecto, pues lleva consigo la causa que me obliga a no apartarla de mis ojos pena de sentir su ausencia como se debe a tal pérdida si la aparto dellos, y por no andar ciego a inquirir el dichoso albergue que encierra tal beldad, la voy siguiendo; discúlpeme la afición con que lo hago, que con ella no es más en mi mano.

Dijo estas razones con alguna turbación, mas con tantas muestras de que le salían del alma, que yo se lo conocí por los ojos, y ya le tenía lástima; mas con severo rostro le dije:

—Ya v. m. nos ha dicho su pensamiento; para la ejecución dél bastaba un criado, sin venir en persona, que con él no se diera nota, y así se da. Yo soy forastera y esta dama lo es, y mi sobrina, para servir a vuesa merced. No querría de primera entrada que nos tuviesen por ligeras en esta ciudad, y así, quien por su presencia da muestras de su ilustre sangre, conozcamos en su cortesía este saber, que ocasión habrá en que le recibamos en nuestra posada.

—Con esa esperanza quedo muy contento —dijo él—, y así, para conocer donde vuestas mercedes posan, irá un paje mío, quedándome yo aquí, bien contra mi voluntad, porque no puedo más conmigo; pero he de sacrificarme en obedeceros, que me mandáis esto con tanta cortesía, que esa obliga a no salir de vuestro gusto.

Con eso se quedó y envió el paje tras de nosotras, el cual, después que nos vio entrar en casa, me dio en el zaguán de ella un recaudo de parte de su señor, pidiéndome que le diese licencia para verme. Díselo para el siguiente día en la tarde, con que partió muy contento. Informéme del paje cómo se llamaba su señor, y supe su nombre y ser primogénito de un caballero muy rico y heredero de un cuantioso mayorazgo. Sin esta información hizo otra Briones, y halló que era persona que manejaba dinero, cosa que me sonó bien, porque lo de hijo de familia me había helado, que sé lo mucho que prometen caballeros por heredar y lo poco que dan.

Vino esotro día y llegóse la hora tan deseada de don Leonardo para su visita. Yo prevíneme también (sabiendo que no había de faltar) de que Emerenciana estuviese muy bizarra; púsose un vestido mío de lama azul con mucha guarnición de plata, y con la buena cara que tenía parecía una gran señora. Hubo como en el estrado, compostura de dueña y puntualidad de escudero en el recibimiento, y desta suerte nos halló el aficionado don Leonardo cuando vino. Estuvo de visita bien dos horas, en las cuales se hablaron varias materias. Supo allí cómo veníamos de Sevilla, y yo le dije que a cierto pleito a Madrid con un caballero de las Indias, el cual era sobre una gruesa hacienda que había de heredar doña Emerenciana, y que el haber hecho alto en aquella ciudad había sido por esperar a un hermano mío y tío de aquella niña, que vendría en breve.

Todo lo creyó don Leonardo, y no era mucho, porque el desenfado con que yo mentí y asimismo el vernos con tan honrado porte en nuestra casa se le debía dar entero crédito. Sucedió, pues, que al fin de la visita, cuando don Leonardo me acababa de manifestar el amor que tenía a Emerenciana, y asimismo de hacer sus grandes ofrecimientos en lo que fuere de nuestro gusto, entró el señor don Esteban, vecino nuestro, el cual, habiendo visto desde su casa entrar en la mía a don Leonardo y estar de visita tanto tiempo, tuvo sospecha que por mí sería su venida, y con su reconcomio de celos no se le sufrió el corazón hasta pasar a verme, por certificarse de su sospecha. Hízolo así, y a los principios en la conversación mostró inquietud (no obstante que era muy amigo de don

Leonardo); mas después que conoció en sus razones y en algunas demostraciones que se inclinaba a Emerenciana, se sosegó, y pasándose a mi lado, a dos coros se dilató la visita hasta la noche, diciéndome cuánto se holgaba que don Leonardo se hubiese conocido con nosotras, sin estorbo de sus pretensiones, para que juntos la prosiguiesen. Nos pidió licencia y se despidieron los dos, con la que a don Esteban le di. Comunicaron sus intentos los dos amigos, que está fácil de conocer; serían en orden a no dejar sus pretensiones sin conquistar; pero yo estaba de otro intento, que era hacerles andar embelesados y sacar de ellos cuanto pudiese sin que consiguiesen sus deseos.

Desde aquel día a porfía comenzaron a llover presentes en casa; pero yo bien quisiera que se redujeran a mayores dádivas que cosas de regalo, que se pierden cuando son en exceso y lo demás se puede guardar. Comenzó don Leonardo a entrar sirviendo con cosas de consideración, y dio un rico vestido a Emerenciana de tabí encarnado y flores de plata con grande guarnición de alamares y pasamanos. Don Esteban no quiso ser menos que él, y por tener yo hábito que no podía dárseme lo mismo, me envió dos sortijas de diamantes que valían trecientos escudos; todo fue recibido con mucho gusto, con lo cual tenían entrada y algunos lícitos favores, no pasando desto, porque así se lo había mandado a Emerenciana, la cual la conocí picada de don Leonardo; mas con mi precepto estuvo a raya, por no perder mi gracia y el provecho que se le seguía de andar como sobrina mía, bizarra y compuesta, cosa con que la compañera se desesperaba, no obstante que tenía sus provechos de los caballeros, porque la ofrecían lindos doblones, y no menos al escudero, con lo cual pasaba, aunque mal, contenta.

Ofreciósele ir a don Esteban a un negocio a Madrid, y quisiera antes de la partida que yo le favoreciera del todo. Resistí la plática, mas no le dejé sin esperanzas de que a la vuelta se vería su negocio más en su favor, con lo cual partió, dejando a un criado suyo cuidado de que me regalase todos los días. Solo don Leonardo quedó en la estacada muy perdido por Emerenciana, apretando cada día la dificultad de que le diese entrada una noche. Ella (con orden mía) se resolvió a que no había de hacer cosa sin mi consentimiento, con lo cual todas las lisonjas y todos los mimos se me hacían a mí en orden a conseguir su deseo y alcanzar beneplácito mío para ello, con que pasados algunos días que anduvo en esto, se me declaró.

Yo al principio recibí la plática ásperamente; mas con una joya que él dio a Emerenciana (que valdría más de seiscientos escudos) me humané, y así le dije que en breve tendría buen despacho de su pretensión, con el recato que a mi casa debía y con el silencio que esperaba tendría un caballero tan principal como él por el riesgo que corría la reputación de su casa. Así lo prometió; señaléle entrada para dentro de tres días.

Estaba el amante caballero loco de contento con la tal promesa, y no menos Emerenciana, pensando que mi consentimiento había de tener efecto, que era la moza liviana, al fin como nacida en Grecia, aunque criada en Sevilla. Ya tenía prevenido, cuando llegó la noche, lo que se había de hacer, que era lo siguiente.

Briones, mi anciano escudero, en su mocedad había sido hombre de gracioso humor, y en la que gozaba aún mostraba con él su buen gusto; entre otras habilidades que tenía era una el fingirse mortal de un repentino accidente, con mudanza de semblante, con vuelta de ojos y con traspillar los dientes. Esta habilidad quise que mostrase aquella noche a la hora que, había de venir don Leonardo a casa.

Echóse en la cama, y en viendo que llamaba a la puerta, las dos esclavas y yo nos fuimos a su aposento, donde estuvimos un rato sin abrirle, y él muy asistente a la puerta llamando. Al fin Marcela, la otra esclava, le bajó a abrir a oscuras; entró don Leonardo, y ella, fingiendo un funesto llanto, le dijo en el estado que teníamos al escudero y cuán desconsolada estaba yo de verle en el último término de su vida. Entró en el aposento donde estábamos, hallándonos con los lienzos en la mano y los ojos encarnizados, más a puros pellizcos que no de llorar. Puso los ojos en el fingido enfermo, el cual hacía tan bien el papel de estarse acabando, que a cualquiera engañaba, como lo había hecho a otros más bellacos que don Leonardo. Allí le signifiqué con cuánta pena estábamos Emerenciana y yo por ser Briones la persona que más habíamos estimado en nuestra vida después de nuestros padres, y que él lo había sido de las dos, naciendo en sus brazos, con cuya muerte perdíamos el gobierno de la casa y un venerable compañero y buen consejero. Preguntó don Leonardo si le habían dado los Sacramentos; díjele que ya habían ido por el confesor y a avisar en la parroquia. Llegóse a Briones y díjole:

—Señor Briones, este es término a que todos hemos de llegar, tarde o temprano; su prudencia y cordura sé que le tendrán prevenido: que de su buena vida se infiere. Lo que de ella le falta aprovéchelo bien.

Aquí nuestro Briones, medio incorporado en la cama y con unos ojos que espantaba, le comenzó a hacer un sermón, con que no hubo menester más el aficionado caballero por aquella noche para dejar aparte la garzonería y deseos. Yo le dije que ya vía cuán ajeno era quel paso del que quería representar; que por aquella noche se fuese, que otras habría. Obedecióme y fuese, considerando tener yo razón, pues en tal aflicción como estaba no era justo tratar de sus placeres. Apenas hubo salido de los umbrales de casa cuando Briones dio dos cabriolas sobre la cama, levantándose, y nosotras le dimos mil vítores por lo bien que había fingido su medio tránsito. Dímosle honoríficamente de cenar, y cenamos todas con mucha risa de ver cuán atribulado se había ido don Leonardo.

Quise que pasase la burla adelante y que no llegase el plazo que él deseaba, y así, a la mañana madrugué mucho y fui a un hospital de los muchos que tiene Toledo, donde, hallando a un hombre que acababa de expirar, fingiendo ser mi conocido, le hice llevar a casa, breve y ocultamente, diciendo que no quería que se enterrase en el sepulcro común de los pobres, sino darle yo sepultura como merecía un hombre que se había visto en mucha honra. Todos alabaron mi intento, y el administrador mucho más, edificado de mi caridad.

Puesto el difunto en casa, le hice amortajar y que pasase plaza de ser Briones; el cual estaba escondido en unos cuartos altos de casa.

Llamóse a la clerecía de la parroquia, y hízosele al difunto un honrado entierro; a que asistió don Leonardo (que quise gastar mi dinero en él para esforzar más mi burla).

Con el sentimiento que fingí en la supuesta muerte de Briones no se me atrevió don Leonardo a decir su pensamiento de que había quedado doblada la hoja. Mas pasados cosa de ocho días, viéndome algo consolada, tornó a su tema; vio en mí poco cariño para darle otro consentimiento como el pasado, y quiso comprarle otra joya, dándole a Emerenciana una cadena de peso de trecientos escudos, con que fue la blandura para mi rebeldía, y así hube de señalarle hora para la futura noche, que era a las once y media.

Llegóse el término tan deseado del aficionado galán, y prevenido de su broquel, espada y cualquier pistola, se fue a casa. Ya estaba. Marcela avisada de lo que le había de decir, y así, luego que le abrió la puerta, le dijo en el zaguán cómo había venido aquella noche un tío mío que pasaba a Madrid esotro día, y que así tenía orden mía de tenerle allí en una sala encerrado hasta que se durmiese.

Consintió en esto don Leonardo, y dejóse llevar a la estancia, que se le señaló con mucho silencio por no hacer rumor; allí le dejó a oscuras la esclava, diciéndole que se esperase, que, aunque fuese tarde, vendría allí la señora doña Emerenciana. Sentase nuestro caballero en una silla, y allí, fatigado de deseos y rodeado de pensamientos, oyó las doce y la una, desesperándose con la tardanza. Oía asimismo que hablábamos en la sala de afuera, aunque no podía percibir lo que decíamos.

Cerca de las dos volvió a él Marcela, y le dijo que ya el tío quería reposar, que tuviese paciencia, porque luego le pondría con sus señoras. Por todo pasó el buen caballero, a trueque de gozar su deseada Emerenciana, y así se tornó a su asiento, dejándole Marcela en él. Ya estaba prevenida la tramoya, y fue que vestimos a Briones con una sábana como amortajado y cubierta la cara con un barniz blanco como difunto; le rodeamos con una gruesa cadena de cárcel el cuerpo.

Adornado así, tomó una hacha en la mano; y desta suerte (habiendo crujido los hierros de la cadena gran rato antes) entró en la sala donde aguardaba el caballero el fruto de sus pretensiones. La luz de la hacha manifestó la horrenda figura de Briones, el cual entró con lento paso, crujendo los hierros y arrastrando parte de la cadena por el suelo a ofrecerse a la vista de don Leonardo, poniendo en él unos ojos espantables. Era Briones hombre de sesenta y cuatro años, enjuto de rostro, ojos grandes, muy calvo y con la barba larga y el barniz que ayudaba a su fealdad. Todo esto atemorizó de tal suerte a don Leonardo, que desde que entró por la puerta, de la sala comenzó a temblar y a hacerse cruces, sin poder moverse de donde estaba: tan cortado le tenía el miedo.

Emparejó Briones con él, y asestándole los ojos dio un suspiro muy doloroso, y tras él le dijo:

—¡Ay de ti, pobre don Leonardo! ¡Si te atreves a infamar esta casa, qué castigo se te espera!

Con esto y otro gemido que dio más doloroso que el primero, le volvió las espaldas y se entró por donde había venido. Quedó don Leonardo casi para expirar, porque como él tenía por muerto al viejo y había estado en su entierro, viendo ahora su misma figura y en aquel hábito cargado de cadenas, sin duda se pensó que allí fuera el fin de sus días. No se le olvidaron las palabras del fingido difunto, que iban en orden a la conservación de la honra de aquella casa amenazándole si trataba de menoscabarla, y así, temiendo un castigo del cielo, con diferente propósito del que había traído, trataba de buscar a oscuras la puerta para irse, cuando volvió Marcela a decirle que Emerenciana le aguardaba, que se viniese con ella.

—No estoy para verme en su presencia —dijo el atemorizado caballero.

—¿Por qué? —replicó Marcela.

—Porque después que me dejaste me ha dado un accidente tal, que me estorba gozar el favor que me ofrece, y así la diréis de mi parte cómo estoy, y que el verme tan afligido me priva del bien que esperaba.

Quiso darle una conserva Marcela y un trago de vino; mas él, no queriendo recibir nada, la pidió que le guiasa a la puerta de la calle, que quería irse. No le replicó en nada Marcela; solo le dijo cuánto sentiría su señora así el no verle como saber que iba en aquel nuevo accidente. Casi sin palabras se despidió don Leonardo de Marcela y se fue a su posada, que no fue poco acertar a ella.

Abrió una puerta falsa; entró en su cuarto perdido el aliento; despertó a un criado y díjole que venía malo; acostóse, y en toda la noche no pudo sosegar. Vino el día, y sabiendo sus padres su indisposición bajaron a su aposento, y hallaron a su hijo fatigado. Llamáronse los médicos, y tocándole los pulsos, dijeron tener una gran calentura. Esta se le continuó por algunos días, con que llegó a estar muy al cabo de sus días, sin querer decir el origen de su dolencia. Trataron de extinguirle la calentura, y conseguido esto, se fue mejorando, aunque siempre perdido de color, y con una grande melancolía que no se le apartaba.

Vino nuestro don Esteban de Madrid, y la primera visita que hizo fue en mi casa. Recibíle con mucho gusto, y después de haber hablado en varias materias, preguntó por don Leonardo y si iba adelante con los amores de Emerenciana. Yo le dije cómo una noche que se le había dado entrada en casa habiendo aguardado sazón para gozar su empleo, salió de ella con un accidente, del cual le había procedido una grave enfermedad, de que (aunque estaba convaleciente) le quedó una gran melancolía. Fue de allí a verle el canónigo, sintiendo mucho haber sabido cómo estaba. Entre muchas cosas que pasaron en orden a tratar de nosotras, fue decirle don Leonardo lo que le había pasado con el difunto escudero, de lo cual hizo grande burla don Esteban, diciéndole que sería ilusión que le pasaría por la cabeza.

Afirmaba don Leonardo con solemnes juramentos ser verdad cuanto le decía, aún no perdido el temor de aquella azarosa noche; pero de todo se reía el amigo. Mas, por no dejar de dar crédito a don Leonardo, no quiso apretarle más en aquel caso, y así se despidió de él, yendo con alguna sospecha de que había sido miedo del joven caballero, que, como poco experimentado en tales casos, le habría parecido ser hora extraordinaria para el logro de sus deseos, y peligrosa para salir después de nuestras casas.

Vino esotro día a la mía y contóme todo el caso con mucho donaire, haciéndole de la pusilanimidad de don Leonardo. Yo le oí con mucha atención, y después de haberme referido lo que don Leonardo le había contado, me mesuré un poco, y arqueando las cejas (señal de admiración), le dije:

—Verdaderamente, señor don Esteban, que ahora veo que debo dar crédito a lo que me ha dicho una dueña mía, y es que ella ha sentido cerca de su aposento ruido de cadenas todas estas noches, cosa que le había dado no pequeño susto, por lo cual ha mudado su cama a otro aposento. Yo he hecho burla de ello y atribuídolo a poco ánimo suyo: mas con la que vuesa merced me dice, veo que debe ser verdad; pero no creo que era el ánimo de mi buen escudero Briones, porque su vida era tal, que no tendrá cargo que venir a revelar a ninguno de esta casa, fuera de que mi cuidado ha sido tal en hacerle

decir misas, que pienso que han sido en cantidad, pagándole con esto el amor que siempre le debí, que fue mucho, pues hago cuenta que nací en sus brazos.

Hice mi poco de sentimiento, y saqué el lienzo para que hiciese también su figura, ayudando a lo lamentable. Dejó pasar don Esteban aquella platica, y mudando otra alegre, guió su intención a la que le convenía, que fue a decirme que cuándo me determinaba a favorecerle. Yo (mesurándome) le respondí que por ahora no tratase de aquellas cosas; que estaba tan lastimada de la muerte de mi Briones, que no me determinaba a tratar de cosas de divertimento; mas él, que era cuerdo y sabía que el atajo de aquellos rodeos eran las dádivas, con achaque de que había ganado al juego una gran cantidad de dinero, la tarde siguiente me dio doscientos escudos en un bolsillo de ámbar bordado, esto por barato, y a Emerenciana cincuenta, no olvidándose de Marcela. Con esto vi que no podía negarle la entrada, pues tan liberal andaba conmigo, y así le dije que para de aquí a dos noches, a las once en punto, viniese solo, que con la seña de un silbo le abriría Marcela.

Con esto fue muy contento, esperando que se llegase el plazo que tanto se había deseado. Yo no me descuidando de lo que había de prevenir, compuse mis tramoyas en la forma que había de estar, y aguardé a mi enamorado amante, el cual, con el cuidado y deseo con que estaba, en oyendo las once, tomó su espada y broquel y vino a mi casa, donde con la seña del silbo le abrieron la puerta luego, llevándole Marcela sin luz a un aposento, y le dijo que allí había de venir yo, luego que el escudero se acostase, que estaba dándome cuenta del gasto de aquel mes. Allí aguardó don Esteban en compañía de Marcela, y mientras se llegaba el tiempo que él deseaba, la astuta esclava le entretuvo con graciosos chistes. Entre ellos vino a hacer burla del miedo de don Leonardo don Esteban, a lo cual la fingida dueña le dijo que en aquello no la hablase, porque allí le estaban temblando las carnes de pavor, porque ella había sentido ruido cerca de su aposento más de diez noches.

—¿Eso es cierto? —dijo don Esteban.

—¿Y cómo si es cierto? —dijo ella—. ¡Cuitada de la que lo oía sin dormir en todas aquellas noches sueño, hasta que mudé la cama a otra pieza cerca de mi señora! Y aun ahora —prosiguió— no hago poco en estar aquí acompañando a v. m. en este aposento, por ser en el que murió nuestro Briones.

—¿Que aquí murió? —dijo él.

—Aquí —replicó ella— dio el alma a su Criador y le debe de haber dado el purgatorio en esta casa.

—Reíos de eso —dijo don Esteban—, que ese ruido sería en la vecindad, y vos con el temor se os antojaría ser del muerto.

—¿De muchos no se sabe —dijo ella— que han vuelto al mundo a manifestar sus deudas o a descargar sus conciencias con sus hijos, padres o testamentarios?

—Así es verdad —dijo él—; pero quíteseos de la imaginación esa fantasía, que Briones ni tendrá cosa que le obligase a decirla ni aun que penar, que era la misma sinceridad.

—En la apariencia decís bien, que a todos engañara; pero en lo interior era el mayor bellaco del orbe.

Ellos, que estaban en esta plática, oyeron un ceceo de Emerenciana, con el cual Marcela dijo a don Esteban:

—Paréceme que me han hecho seña. Voy a ver qué me quiere mi señora; sin duda sospecho que deja en quietud su gente y quiere que os lleve a su cuarto. Aguardad un poco, que luego vuelvo, y perdonad el dejaros sin luz, que el recato de mi señora lo pide, pues no se ha visto en estos lances hasta ahora, cosa que debéis estimarla en mucho.

—Así lo creo —dijo él—, que me favorece con extremo. Fuese Marcela y quedóse don Esteban solo por espacio de un cuarto de hora. Al cabo de él comenzaron a sonar los eslabones de la pesada cadena que tanto atribuló a don Leonardo, yéndose Briones con el mismo disfraz acercando al aposento donde el enamorado caballero estaba. El, que sintió el ruido, comenzó a pensar si sería la visión que a don Leonardo apartó del amor de Emerenciana.

Era de mayor ánimo don Esteban, y así, desnuda la espada y embrazado el broquel, aguardó a ver en qué pararía aquel ruido. Presto salió de este cuidado, poniéndole en otro mayor el ver entrar por otra puerta de enfrente de aquella por donde había entrado a Briones en la forma dicha y con la hacha en la mano; dio dos pasos dentro del aposento, acompañándolos con cuatro dolorosos gemidos. Paróse luego, y poniendo los ojos en don Esteban sin hablarle palabra, le llamó con la mano derecha por dos veces. Ya nuestro valiente no estaba con tantos bríos como hasta allí, viendo aquella horrible figura en su presencia. Rehusó el ir con él, y así se estuvo quedo. De nuevo le volvió a llamar por señas Briones, mas no le obedeció quien estaba ya medio apoderado del temor.

Como vio esto Briones, dijo con voz trémula y dolorosa:

—Señor don Esteban, venid, venid conmigo, y veréis el desengaño de las cosas deste mundo.

Cobró un poco de ánimo don Esteban (cosa que le puso en cuidado al supuesto difunto), y partió prevenido de su espada y broquel adonde estaba. Por si llegaba a estos términos le tenía trazado un engaño de burla pesada, y fue que habiendo hecho desolar un pedazo del aposento que caía sobre el zaguán de la puerta falsa de casa, cubría esto una alfombra clavada con unos clavos. Pues como partiese contra el fingido difunto y pusiese los pies en la alfombra, desclavándose, dio con su cuerpo en el zaguán, cayendo sobre unos colchones que estaban prevenidos; pero la caída fue tal, que quedó sin sentido, como ignorante del caso.

Había avisado ya a dos conocidos míos, y aun pagándoselo muy bien, que en viendo caído al galán le tomasen en brazos y le sacasen de casa. Hízose con brevedad, dejando al pobre caballero aporreado puesto más de treinta pasos de mi puerta, adonde le dejaron al sereno y sin sentido por más de una hora que no volvió en sí. Pero cuando cobró aliento y vio en la parte que estaba fuera de mi casa, a él le pareció que aquel espíritu le había puesto allí, sacándole de mi casa porque no ofendiese mi honra. Con

este pensamiento aprehendido se fue a su posada, determinando no volver más a la mía, como lo hizo, ni aun pasar por mi puerta. Viose con don Leonardo, a quien dio cuenta de lo que le había sucedido, y pidió perdón de haber hecho burla de lo que le había dicho. Con esto se afirmó más en su propósito de no verme, que era lo que yo quería, después de haber dejado su moneda y joyas.

Quiso mi mala suerte que Briones se descuidase en su encerramiento y fuese visto de un criado de don Esteban, el cual luego se lo fue a decir a su señor. El, admirándose, le dijo que sin duda era el espíritu de mi escudero. Mas el criado (que era grande socarrón) le replicó que bien podía ser cierto todo lo que le decía; pero que él era de diferente parecer, teniéndole de que había sido engañado por mí.

No se podía persuadir a tal con la certificación de don Leonardo en que había visto enterrar a Briones; mas, con todo, el criado porfiaba en que Briones vivía y en que él le había visto muy alegre y riéndose a la ventana. Era así como lo decía, porque el escudero era muy burlón y siempre estaba de chacota con la gente de casa. Con lo que el criado instaba en que no era nuestro Briones, se determinó a saberlo con certeza, y así, una noche rigurosa del invierno se disfrazó en hábito de pobre andrajoso, y tomando dos muletas, al anochecer se entró en el zaguán de mi posada.

No le conocimos ninguna de las tres, y habiéndole yo dado limosna, me pidió que por aquella noche le diese algún lugar donde durmiese, aunque fuese en la caballeriza. Compadecíme de su desnudez y miseria, y con beneplácito mío se quedó en el zaguán, hasta que después de cena fuese acomodado de cama. El, con el curioso cuidado de averiguar la muerte de Briones si era cierta, tuvo paciencia y se aguardó al pie de una escalera, adonde estuvo hasta que cenamos. Bajóle Marcela alguna cosa que cenar, y díjole que de allí a media hora sería acomodado de cama. Venía el disfrazado pobre con dos parches en el rostro y un paño sucio por la frente, que nadie le conociera si no pusiera mucho cuidado en ello, con ser de los que más frecuentaba el visitarme de parte de su amo. Pues como se llegase la hora de recogernos, teniendo bien cerradas las puertas de casa, mandé a Briones que bajase abajo una manta y un traspontín en que acomodase al pobre por aquella noche, dándole por albergue un aposentillo bajo cerca del zaguán. Bajó el escudero con el recaudo de dormir para el pobre y con una luz; acomodó la ropa en el aposento dicho, y desde él llamó al pobre que se viniese a acostar, el cual lo hizo, muy informado con la presencia de Briones de saber que fue embeleco el haberse hecho muerto.

Advirtió con cuidado el anciano en la persona del fingido pobre, y conocióle, pesándole en extremo de verle allí. Dejóle en su cama, y para remediar esto cerróle la puerta por defuera, subiendo luego a decirme lo que pasaba, cosa que me puso en cuidado, porque averiguada la verdad de mi cuento, les había de provocar a la venganza a don Leonardo y a don Esteban, y se habían de vengar de mí. Pedíle a Briones consejo sobre lo que se haría, y el que me dio fue que aquella noche dispusiésemos de nuestra ropa, poniéndola en tercios, para que a la mañana, antes de ser bien de día, nos partiésemos a Madrid.

Parecióme bien su acuerdo, porque quedar en Toledo era dar motivo a que los ofendidos hiciesen suertes en mí, y así nos dispusimos el escudero, las dos esclavas y yo a no dormir en toda la noche por salir esotro día de la ciudad con toda la priesa posible. Toda la noche se nos pasó en componer la ropa, y poco antes de amanecer salí con Marcela de

embozo, y a los Mesones de la Sangre hallamos un carro manchego en que poder irnos a Madrid.

El medio año de la casa estaba pasado, y no había deuda que estorbase nuestra partida, con la cual, habiendo acomodado el menaje de casa en el carro, antes de ser bien de día ya estábamos fuera de los muros de Toledo, dejando cerrado al criado de don Esteban en el aposento, el cual creo yo que daría voces hasta ser abierto por algún vecino, y daría luego las nuevas de nuestra partida a su amo.

Ninguna destas cosas supe, porque no me importaban; solo lo que me convenía era salir de Toledo y no ser vista de los dos burlados galanes, los cuales quedaron estafados y sin alcanzar el premio de sus deseos.

CAPÍTULO DECIMONOVENO

En que da cuenta la entrada en Madrid, y lo que allí le sucedió, con un hurto que la hicieron, por donde se, fue a Alcalá y se casó cuarta vez

Al cabo de los años mil vuelven las aguas por do solían ir, se dice comúnmente. Nací en la corte y volvíme a mi centro, con algún caudal granjeado, no puedo decir que con buenos modos, porque el lector sabe cómo han sido en el largo discurso de mi vida, de que podía temer su poca duración, pues lo mal ganado ni llega a colmo ni se conserva. Con todo mi carruaje y familia entré en aquel piélago de gentes, abismo de novedades, mar de peligrasas sirtes y, finalmente, hospicio de todas naciones.

Recibíome como madre, y yo, como hija suya, alegréme de ver sus costosos edificios, sus nuevas fábricas, ocasión para aumentar cada día más vecindad a costa de las ciudades y villas de España, pues lo que aquí sobra de moradores viene a hacer falta en ellas, despoblándose por poblar la corte, hechizo que hace con todo género de gente.

Tomé casa en los barrios de San Sebastián, alegres por su sana vivienda como por estar cerca de los dos teatros de las comedias; y porque cerca dellos viven los representantes y las damas de la corte, se llaman comúnmente los barrios del placer. Allí alquilé una casa sola, bastante para mi corta familia, que eran dos esclavas, la una en astillero de sobrina mía y la otra de dueña; el venerable Briones, escudero y comprador, y una mozueta que sirviese en la cocina. Adorné las paredes, compuse mi estrado y compré lo que me faltaba para tener una casa aseada y que pareciese de mujer principal.

Mi primera salida fue a una fiesta que se hacía en la Victoria, donde manifestándonos a la juventud no faltaron galanes ventores de la corte que, conociendo las nuevas caras, nos cercaron y comenzaron a trabar plática con las dos. Cúpome un caballero, hijo de un rico genovés, y a Emerenciana un amigo suyo de su misma edad y tierra. No eran de los más entendidos del mundo, y así se lo conocí a pocas razones.

Parecióme el que se me inclinó que, si la finca era abonada de dinero, el entendimiento era mollar y ocasionado para cualquier burla y estafa; hubo su poco de acompañamiento, y visto que carecíamos de coche, también hubo oferta dél, que no se desestimó, antes se admitió como cosa la más concerniente a nuestra autoridad. Nuestra venida a la corte quisieron saber, y se les satisfizo con la misma mentira que a don

Esteban en Toledo; continuaron en visitarme, pero no en comenzar la empresa regalando, con que me comenzaron a dar temblores de frío desahuciándome de poder sacar jugo de la tal gente.

Quien hubiere ofendido, guárdese; que el que ofende escribe su daño en papel, y el que recibe ofensa, en bronce, que tiene más duración. Así lo hicieron don Esteban y don Leonardo, que, habiendo salido el criado que dejamos cerrado de su encerramiento (siendo abierto por un vecino de pared enmedio), fue a dar cuenta a su amo de haber visto con vida a Briones y asimismo de nuestra fuga a Madrid. Picáronse los dos, y más don Leonardo, por haberle costado el espanto una enfermedad, y conformes en vengarse de mí y de Emerenciana, se partieron a Madrid con mucho secreto, llevando ya ordenado lo que habían de hacer conmigo. El criado que encerramos tomó a su cargo el saber de nosotras, el cual, vestido de seglar (que era estudiante), se puso unos antojos, con que se desconoció, y así, en dos días supo nuestra casa.

Con esto se mudaron los dos amigos de la suya, que estaban a la plazuela de la Cebada, y se vinieron a nuestros barrios con todo el embozo posible. Traían para autor desta burla un conocido suyo, hombre, aunque anciano, de lindo humor. Este acudió el primer día de fiesta a San Sebastián a misa, adonde sabía que íbamos Emerenciana y yo en el coche del enamorado genovés. Procuró tomar asiento cerca de Emerenciana, y en el discurso de la misma todo se le fue en encarecerla su hermosura, mostrándose sumamente aficionado della, y asimismo en ofrecérsele por su servidor. Oí la plática, y mirando yo la persona del fingido enamorado, no me desagradó el verle de edad, que cuando en un anciano se apodera el amor es difícil el quitársele, porque no se sabe divertir como el joven y variar de gusto.

Acabóse la misa, llegó a hablarme y a ofrecérseme de nuevo, alabándome segunda vez las partes de mi esclava. Yo le agradecí con las mejores razones que pude el favor que la hacía, y queriendo acompañarnos, no di lugar a ello por ver que a la puerta de la iglesia estaban nuestros galanes, los cuales aún no habían visto lo que entre Emerenciana y el viejo había pasado, que a verlo fuera cierto haber celuchos y aun quejas. Hizo el anciano su papel de fino enamorado, siguiéndonos por darnos a entender que quería saber la casa, y no se fue de la calle hasta vernos dentro.

Esa tarde me envió un criado, pidiéndome licencia para visitarme. Parecióme que la afición iba en aumento, y así se la di por saber de su boca qué porte de hombre era. Vino el astuto viejo, y después de haber preguntado por nuestras saludes y la causa de nuestra asistencia en Madrid, me dijo estas razones:

—Yo, señora mía, antes que v. m. me pregunte quién sea, se lo quiero decir yo. Me llamo don Jorge de Miranda, de la calificada casa de los Mirandas de Asturias. Pasé muchacho al Pirú, y ha sido tal mi buena suerte, que, arrimado a un virrey que entonces lo iba a ser a Lima, fui su favorecido de suerte que, en cuarenta años que estuve en aquellas partes he traído a España cien mil ducados en barra y pesos. Fui casado en Indias; murió mi esposa; dejóme un hijo, que se murió cerca de la Habana, de edad de veinticinco años, el más gallardo mozo del orbe: he quedado señor de toda esta hacienda, y estoy dispuesto a casarme segunda vez, aunque en madura edad, por si el cielo se sirviese darme sucesores que heredasen esta hacienda. Trato aquí de algunos empleos, mas ninguno me satisface; he visto en mi señora doña Emerenciana partes para

ser amada, y así, con vuestro gusto (que sin él no quiero nada), he de servirla y regalarla con mucho cuidado, porque su hermosura pide que todo el mundo la estime y agasaje.

A otra más astuta que yo engañaran las comedidas razones del fingido indiano, cuanto más a mí, que en sonándome Indias pensaba, con el talle y cara de la esclava, que habían de llover reales de a ocho en mi casa. Estiméle la merced que nos hacía, y de parte de Emerenciana le agradecí los favores que había recibido de él aquella tarde, con que se remató la visita, manifestando el socarrón ir muy prendado por la moza. Continuó algunos días el vernos, sin enviar cosa alguna, si bien se disculpó en no haberle llegado la ropa de Sevilla. Era bien recibido de mí con grandes esperanzas de ser muy rica por su causa. Emerenciana más se inclinaba al galán genovés por ser más mozo: yo, que se lo entendí, la di un jabón, de modo que tuvo por bien de seguir mi gusto.

Sucedió, pues, que un día que estábamos Emerenciana y yo en una fiesta en el coche del caballero genovés, vino aquella tarde a vernos el viejo indiano, y quiso mi mala suerte que le abriese Marcela, con quien estuvo de visita aquella tarde, y della supo ser Emerenciana esclava y compañera suya. Esto lo dijo con el sentimiento que tenía de verla hacer papeles de señora y ella de criada, cosa que nunca la pudo digerir.

Parecióle al socarrón del fingido don Jorge que le estaba de perlas aquella moza, y que era más conquistable siendo esclava para lograr un intento que de nuevo se le ofreció con lo que le dijo Marcela. No dijo nada desto a don Esteban ni a don Leonardo, sino trató de escribir un papel á Emerenciana, el cual le llevó un criado de don Leonardo, que le servía en cuanto duraba la burla; éste halló buena ocasión en que pudo verse a solas con Emerenciana, y así le dio un papel, y ella lo recibió con mucho gusto, el cual contenía estas razones:

"Señora mía, sabiendo vuestra calidad y partes, me aficioné a esa beldad, con intento de serviros, no con el fin que ahora determino, que es de teneros por esposa; esto sé que no será con gusto de vuestra tía, porque pretende serlo mía y quitaros a vos este empleo; si os determináis a dejar esa casa e iros conmigo a Sevilla, os doy mi palabra en dotaros de veinte mil pesos ensayados y teneros por mi esposa y dueño de mi alma. Si esto os pareciere a propósito, la breve resolución importa, guardándoos de que lo sepa vuestra tía, no os lo estorbe, que lo hará a saberlo. Sea yo avisado de todo, y el cielo os guarde como deseo.—

DON JORGE DE MIRANDA".

Leyó el papel Emerenciana, y entrando en consejo consigo misma, echó de ver cuán bien la estaba este empleo. Pues con él salía de esclava y era señora, gozando una gran dotación, y mientras su esposo viviese una grande hacienda; esto creyendo lo que había dicho el mentido indiano. Pues como se resolviese a elegirle por esposo a hurto de su tía, quiso no dejarla sin que se acordase della con lágrimas, y así como quien tenía debajo de su llave sus joyas y vestidos, a ellas acomodó en un pequeño envoltorio y a ellos en otro algo mayor, y con esto respondió al papel de esta suerte:

"Aunque no haya partes en mí para mereceros, acepto la estimación que hacéis de mi persona con las condiciones dichas, y por no sentir el estorbo que a nuestro intento puede hacer mi tía, me determino salir de su casa e ir a la vuestra la noche que viene, no

olvidándome de las joyas que en casa hay mías y tuyas. Aguardaréisme a nuestra puerta al punto que anochezca, que yo lo tendré dispuesto todo; el cielo os guarde para que seáis mi dueño.—

DOÑA EMERENCIANA".

No deseaba el indiano otra cosa ni enderezaba la proa de su cautela a otro fin, sino al de persuadir a Emerenciana que robase a su tía cuando no saliese ella a ello, pensando que era cierto lo de su riqueza; mas viendo que sin haberlo dado intención para esto ella se determinaba, se alegró sumamente.

Llegóse el término señalado y, sin dar parte a nadie, el viejo aguardó a la descendiente de Agar a la puerta de nuestra posada. No se había descuidado la moza, que dejándonos a mí y a Marcela entretenidas bajó cargada con dos líos de ropa y joyas. Halló a la puerta a su enamorado viejo, y tomándole el envoltorio de los vestidos caminaron juntos a cierta casa en los barrios de Santa Bárbara, adonde el viejo tenía dispuesto llevarla.

Era la casa de otro tan grande bellaco como él, y quisieron que por aquella noche pasase la mentira del fingido indiano, llamándole siempre y con respeto el señor don Jorge de Miranda. No faltaron sirvientes que les asistieran a la cena, pasando plaza de criados del indiano. Cenóse alegremente, no lo estando menos Emerenciana, juzgándose mujer de un caballero rico y principal. Acabada la cena, les tenían prevenida una blanda y limpia cama, donde se acostaron los dos, y aunque sin bendiciones, Berenguel (que así se llamaba el viejo) gozó el fruto de sus deseos.

Aquella noche, echando menos a Emerenciana, la busqué por toda la casa, y asimismo por las de los vecinos; pero no fue hallada. Acudí a mis cofres, y vi faltar dellos los vestidos que eran míos y ella traía. Eché luego menos las joyas, que valían muchos ducados, y callando que me había robado la perra esclava, me quedé sin sentido tendida en un estrado; acudió Marcela a mi remedio con agua, y al cabo de un rato volví en mí bañada en lágrimas, sin haber razones con que me poder consolar. Marcela me decía que yo me tenía la culpa con que estaba, pues había dado alas a la hormiga para volar; esto era haber puesto en astillero de dama a quien era esclava. Veía que tenía razón y callaba, ocupada solo en llorar.

Desta suerte se me pasó la noche. Por la mañana acudí a la justicia, dándoles cuenta del hurto y de ser esclava la que le había hecho; ofrecí dineros y mayor paga si parecía; hízose la diligencia, pero todo fue en balde, porque el astuto viejo se puso en cobro con su compañera. Ausentóse esotro día de Madrid, y escribió una carta a don Esteban y a don Leopardo, avisándoles cómo se llevaba a Emerenciana con mis joyas.

Ellos, vista la burla, en algo vengados de mí, quisieron hacerme una visita aquel día, y sin pedir licencia se subieron a mi cuarto, encontrándose con Briones en la escalera, con cuyo encuentro quisiera antes ser muerto que habérseles ofrecido a la vista. No hicieron caso dél; antes, subiéndose a la sala, me hallaron en el estrado, que acababa de abrir un escritorio, donde estaba el dinero, por ver si le había abierto con llaves falsas, y fue dicha que no se le pusiese en la cabeza que lo hiciera, según era atrevida la Emerenciana. Con la vista de los dos caballeros confieso que me turbé mucho, y ellos me lo conocieron; tomaron sillas, y habiéndome preguntado por mi salud, les dije no la tener buena.

—En los ojos se le echa de ver a v. m. —dijo don Esteban— que parece que son los que más han padecido en el accidente, y ha sido grosero en atreverse a tanta hermosura.

Yo callé a esto, y luego don Leonardo me dijo muy falso:

—Admirarás v. m., mi señora doña Laura, de nuestra venida a Madrid juntos, y no dejará de estimarla, pues ha sido solo a darla a v. m. la norabuena de la resurrección de Briones, el gobierno desta casa, cosa que supimos en Toledo, por haber faltado el cuerpo del sepulcro, y así lo atribuimos a uno de sus milagros de vuesa merced, y como el de resucitar a un muerto sea tan admirable, no quisimos dejar de ver a la causa de tan extraordinario portento, que es v. m. Viva mil años para que se ocupe en actos de tanta caridad que lo fue para el escudero, sino para nuestras bolsas; pero gracias a Dios que el indiano ha dado venganza a todos, aunque nos quedemos sin lo que hemos gastado; déjeme hemos recibido este papel, que con su licencia de vuesa merced hemos de leersele.

Yo estaba tal, que no pude responder palabra, y así di con esto lugar a que me leyese el papel del fugitivo ladrón de mi esclava y joyas, que decía así:

"El vengador de vs. ms. halló más fácil el imposible de Emerenciana que el señor don Leonardo; pues habiendo sabido ser esclava de la que se fingía su tía, me pareció hacerla mi esposa, supliendo las sobras de su hermosura, las faltas de su limpieza; si no la hay en ella, la habrá en los cofres de mi señora doña Laura, de quien faltan las joyas que vs. ms. contribuyeron y otras que las acompañan porque no sientan el venir solas. Con ellas nos remediamos dos, y se vengán dos a costa de una agraviada; y así, dejando a Madrid, ojos que nos vieron ir, no nos verán más en él. Cristo con todos".

Luego don Esteban prosiguió diciendo:

—Para estos trances es el valor, mi señora doña Laura, que, por faltarle al señor don Leopardo con el difunto Briones, cayó enfermo.

Aquí cobró colores el picado galán, y con mayores figas prosiguieron el cordelejo, hasta que ya, viendo que estaban pesados, les dije:

—Señores míos, basta; basta tanto apretar a una afligida mujer; a los afligidos no se les ha de dar más aflicción. Ya vs. ms. están vengados de mí; pero no me podrán negar que valiera más tener en mi poder lo que me han llevado, que no en el de un pícaro y una esclava, que tiempo viniera en que vs. ms. hallaran recompensa en mí.

—No la queremos —dijo don Leonardo— ahora ni nunca, sino que v. m. tome este consejo de mí, y es que mire con quién se burla de aquí adelante, porque hallará quien no sepa llevar en risa lo que se le castiga en la bolsa por vía de engaño.

Con esto dejaron sus asientos, y despidiéndose cortésmente, me dijeron al salir:

—Pésanos que Emerenciana cobrase su libertad con tan mal empleo, que si ella se esperara, cara tenía para más de cuatro engaños. Vuesa merced tenga paciencia, que con ella se ganó el caudal y quiso pagarse de su mano.

Fuéronse y dejáronme abrasada; llamé luego a Briones y a Marcela, y quise averiguar de los dos cuál había dicho ser esclava Emerenciana, pues solos ellos lo sabían Entrambos negaron, y porque estaba dudosa a la averiguación, quise que pagasen la pena igualmente, y así esa noche pagué a Briones y le despedí, y a Marcela la vendí esotro día en lo que me quisieron dar por ella, escarmentando a no servirme más de esclavas.

Mudando de familia quise buscar en Madrid a Teodora, en cuya casa me crié, y acudiendo a los barrios donde había habitado, supe haberse casado en Alcalá de Henares con un mercader, con razonable hacienda, el cual se había aficionado a la moza. Parecióme hacer mudanza de Madrid y irme a Alcalá, adonde estaba mi amiga, y así la dispuse brevemente, considerando que de asistir en Madrid y estar allí don Esteban y don Leonardo, mis contrarios, podría perder por ellos con la juventud de los caballeros, a quien yo había menester para usar de mis embustes.

Esto, pues, me obligó a dejar la corte y la comenzada conquista del caballero genovés, mi amante, que frecuentaba mi calle mucho. Prevenido todo el menaje de mi casa, que ocupó un carro, yo me entré en un coche y en él me fui a Alcalá, adonde hallé a mi amiga Teodora muy contenta, y rica y con dos hijos.

Recibióme alegremente, diciéndole a su marido quién yo era, de quien en ocasiones habían tratado largamente los dos, exagerando lo mucho que me quería. Estuve en su casa cuatro días, y en tanto me buscaron casa; el dinero que traía, que serían hasta dos mil escudos en oro y plata, puse en trato con el mercader. Súpolo esto un primo suyo, viudo, y pareciéndole que le estaba bien ser señor de aquel dinero, para aumento de su caudal, que también era mercader de sedas, trató con Teodora de que se supiese de mí si quería casarme.

Ella, que deseaba tenerme siempre cerca de sí, aunque contra voluntad de su marido, por ver que le había de quitar el dinero del trato, concertó mi boda con el tal mercader. Hubo en ella gran fiesta; pero duró poco, porque yo me emplée en el hombre más civil y miserable que crío la naturaleza.

Era hombre de cincuenta años, con dos hijos y una hija tan míseros como su padre: al fin criados en tal escuela. Las cosas de su miseria piden nuevo volumen, que en éste sería alargarme mucho, y así, convidó al señor lector, para él en mi segunda parte, diciéndole que del mercader tuve tres hijos y una hija. Todos salieron al padre en las costumbres; sola la hija imitó las mías. Para la segunda parte remito contar las vidas de todos, con nombre de La congregación de la miseria, libro que será de su gusto, cuyo volumen promete el autor de éste dar a luz con la historia de Los amantes andaluces y Fiestas del jardín, siendo Dios servido.

Laus Deo, honor et gloria.